

Había una vez una escuela...

Los años del colegio en la literatura

Ysabel Gracida y Carlos Lomas
(compiladores)

CROMA

PAIDÓS

HABÍA UNA VEZ UNA ESCUELA...

PAIDÓS CROMA / 32

Títulos publicados:

1. Marta Torres Falcón, *La violencia en casa*
2. Víctor Roura, *Cultura, ética y prensa*
4. Fátima Fernández Christlieb, *La responsabilidad de los medios de comunicación*
5. Carlos Mondragón (coord.), *Concepciones de ser humano*
6. Rodolfo Castro, *La intuición de leer, la intención de narrar*
7. S. Hernández Padilla, *Retratos literarios*
8. María Teresa Forero, *Escribir televisión*
9. Sergio de Régules, *Las orejas de Saturno*
10. Juan Domingo Argüelles, *¿Qué leen los que no leen?*
11. Xabier Lizarraga Cruchaga, *Una historia sociocultural de la homosexualidad*
12. Marcela Guijosa y Berta Hiriart, *Taller de escritura creativa*
13. Luis González de Alba, *La orientación sexual*
14. Rodolfo Castro (coord.), *Las otras lecturas*
15. Naief Yehya, *Guerra y propaganda*
16. Fedro Carlos Guillén, *Crónica alfabética del nuevo milenio*
17. George Pigueron, *Encontrar trabajo en tiempos difíciles*
18. Adriana Morales Valle, *Trabajo y vida en equilibrio*
19. Susana Biro, *Caja de herramientas para hacer astronomía*
20. Norma Lazo, *El horror en el cine y en la literatura*
21. Edmée Pardo, *Leer cuento y novela*
22. Martín Bonfil Olivera, *La ciencia por gusto*
23. Fernando Escalante Gonzalbo (coord.), *Otro sueño americano*
24. Berta Hiriart, *Escribir para niñas y niños*
25. Marcela Guijosa, *Escribir nuestra vida*
26. Juan Domingo Argüelles, *Leer es un camino*
27. Carlos López Beltrán, *La ciencia como cultura*
28. José Felipe Coria, *Iluminaciones del inestable cinema mexicano*
29. Sergio de Régules, *¡Qué científica es la ciencia!*
30. Edmée Pardo, *Escribir cuento y novela*
31. Juan Domingo Argüelles, *Historias de lecturas y lectores*
32. Ysabel Gracida y Carlos Lomas (comps.), *Había una vez una escuela...*
33. Eduardo Monteverde, *Los fantasmas de la mente*

Ysabel Gracida y Carlos Lomas
(compiladores)

Había una vez una escuela...

Los años del colegio en la literatura



La editorial y los compiladores agradecen a los autores (o a sus derechohabientes) por la generosa autorización para publicar sus escritos en este libro, y a aquellos con quienes no lograron comunicarse les ruegan que se dignen aceptar sus excusas.

Cubierta: Joan Batallè

1ª edición, 2005

ISBN: 968-853-614-8

Página web: www.paidos.com

Impreso en México - Printed in Mexico

Índice

Prólogo

La escuela, como un microcosmos significativo de las sociedades, es una invención más o menos reciente para contener desórdenes, caos o simples travesuras, para aplacar ansias y transgresiones que de otra forma quizá se verían desbordadas, generando el desconcierto o quizá la tentación represora. Así, la escuela poco a poco se ha ido configurando como algo ajeno a la cotidianidad, aunque es una experiencia diaria; como algo encerrado entre cuatro paredes, aunque esté a la vista de todos.

Y dentro de esa geografía escolar, con espacios delimitados y zonas secretas, a diario se asoman las vocaciones profundas, los abusos de poder, las dichas y desdichas amorosas, las lealtades y las traiciones, los deberes y los placeres, los héroes y las personas de carne y hueso, las guerras colectivas y personales, las justicias posibles y los ajustes de cuentas. El matrimonio del cielo y del infierno con asientos poco confortables para muchos purgatorios. Los sueños, los insomnios, el deseo, el sexo, es decir, las mil y una formas de la felicidad pero también de la infelicidad. La escuela como un recurso que detiene el tiempo y anula espacios, extiende la memoria y la imaginación y salda cuentas pendientes.

La literatura y la memoria son dos formas de conjuro a las que acudimos de modo constante para liberarnos de toda clase de asechanzas. La escuela es, en la vida de infinidad de seres humanos (no de todos, por desgracia), el espacio que guarda historias de cada uno y de todos, que poco a poco salen o se escapan, quizá como en un juego o en una catarsis, de la pluma, del cerebro, del ser todo de

escritoras y escritores que en algún momento nos hacen partícipes de sus añoranzas y de sus invenciones o reinvenciones de un lugar y una época que ya habitan en la nostalgia.

La mirada de escritoras y escritores reúne aquí, en una especie de rompecabezas, una colección de piezas, retazos y fragmentos para componer un todo en la memoria, que nos invita a participar en los múltiples desafíos que aparecen de nuevo, como en una banda sin fin, en el imaginario social de quienes se miran otra vez en la desolación o en el apego de un fragmento de vida que, en retrospectiva, recupera los usos escolares, las rutinas o las fascinaciones variadas que por lo general fueron las relaciones profundamente asimétricas a diario repetidas por la institución escolar.

Los conflictos entre lo obligatorio y lo electivo son la base constante y repetida de la vida en la escuela, una vida que hace posible una casi infinita diversidad de prácticas de todo signo que acompañaron, en mayor o menor medida, la existencia de quienes, insertándose en una sociedad, lo harán con una identidad más o menos sumisa, más o menos crítica, más o menos democrática, es decir, con una forma de ser y de mirar el mundo gestada y conseguida, en alguna medida, en el tránsito por las aulas.

El sentido de la vida y de las cosas sólo se encuentra en la historia que entreteje recuerdos: sólo allí se puede dar forma a un presente que muy pronto será ya pasado. La escritura de mujeres y de hombres que han realizado distintas clases de exorcismos, algunos vitalmente placenteros y otros muy dolorosos, para ir al encuentro con la memoria no es un simple acto de nostalgia. Recordar, rememorar, reinventar, construir o reconstruir el tránsito por las aulas, la estancia escolar con sus horarios, sus muros y sus techumbres, sus mapas y sus atlas en las paredes, sus pupitres y sus cuadernos, la hora del recreo y la camaradería en los baños, los premios y los castigos, los abusos y los maltratos, pero también el cariño y la sabiduría, es sin duda recuperar a quienes dotaban de esencia y de sentido a ese mundo: maestras y maestros, ordenanzas, directivos, capataces, tutores, prefectos, vigilantes, conserjes, e incluso madres y padres que tendían puentes con la institución, ya fuera para apoyar al profesorado, ya fuera para desautorizarlo. Y es recuperar, sobre todo, la mirada de la inocencia, del miedo, del placer y del disfrute de quienes han dado y siguen dando su razón de ser a ese ámbito: niñas y niños, adolescentes y jóvenes.

Un paseo por las aulas, en la inestimable compañía de la escritu-

ra literaria, es un viaje por las diversas concepciones de la educación, por las historias que ilustran con detalle o desdibujadamente las formas de ejercer el oficio de educar, por las maneras de entender ese «contrato didáctico» que podía reprimir o liberar delineando entre estos dos polos múltiples matices, luces y sombras. Participar en las «lecciones de la vida» que proponen escritoras y escritores como lectura de la escuela equivale a internarse en una multiplicidad de miradas donde, si bien hay coincidencias y algunas afinidades, ninguno (ninguna) es la medida del otro (de la otra).

La selección de textos sobre los contextos escolares que ahora presentamos no es resultado de un acto estéril de nostalgia, no es un ejercicio insustancial o gratuito de recuperación de otras voces y de otros ámbitos, no es un regreso a la idea inmovilista de rescate del tiempo pasado imaginándolo como mejor. Es más bien una invitación a distintas formas de restauración de otros momentos y de otros lugares para hacerlos nuestros desde la diversidad, desde la pluralidad; es una convocatoria para realizar un viaje por las ideologías, por las sugerencias estéticas, por la angulación de las miradas que escudriñan las cosas a tientas o que se abren para inundar a los lectores con una cascada de agua fresca o de rencor, de afecto o de rechazo, de ternura o de terror.

En este libro no encontraremos el reembolso de «Mi mamá me mima» que se consigna en cuadernos de infancia, silabarios, cartillas o tratados de urbanidad, sino la creatividad, la inventiva, la ficcionalidad del espacio escolar, concebido en estas páginas como una *poética*. Quienes ahora ofrecemos este trabajo tuvimos que enfrentarnos a una elección principal, la que dota a este libro de gran parte de su identidad: hacer una selección de escritores y escritoras que hubieran escrito en algún momento de sus vidas acerca de la escuela y lo hubieran hecho en lengua española, lo cual no excluye alguna que otra traducción de autores que escriben en otras lenguas de la península Ibérica y han sido traducidos al español.

América Latina y España son los territorios de donde proceden (casi a partes iguales) los textos sobre la vida escolar que hemos escogido y que comparten una lengua común. De América Latina excluimos los textos en portugués, francés, inglés, creole y en las distintas lenguas indígenas porque no nos era posible ampliar el universo de autores y autoras, aunque de ninguna manera ello signifique (antes al contrario) menosprecio o ignorancia de la importancia y de la riqueza de esas expresiones literarias.

Quisimos también que en este trabajo fuera evidente que la elección de los textos respondía a un eje temporal: la casi totalidad de las autoras y de los autores que habitan en estas páginas escribieron y publicaron su obra en el siglo XX, aunque haya algunos del siglo XIX y quizá algún otro ya del siglo XXI. Sin embargo, no quisimos dejar fuera de este volumen a dos seres que iluminan cualquier espacio literario: Sor Juana Inés de la Cruz y Francisco de Quevedo, quienes dan lustre al Barroco y a la lengua española y comparten con nuestro tiempo enseñanzas y visiones deslumbrantes del mundo.

Las virtudes públicas y los vicios privados que se entrecruzan en la vida escolar adquieren concreción aquí en poemas, en cuentos, en las páginas de algunas novelas, en las memorias. Son estos géneros los que elegimos como una forma de dar un hilo conductor a historias que organizan la memoria escolar, que la ven con ilusión o con rabia, como sueño posible o como pesadilla recurrente, como perpetuadora de estereotipos o como liberadora, todo ello para ser leído desde el presente implacable de los pizarrones de castigo que llena un día sí y otro también el bueno de Bart Simpson como reflejo cotidiano (y divertido) de esa infancia salvaje, de esa *piel dura,* a decir de François Truffaut.

No hay aquí, sin embargo, una guía de lectura canónica, un itinerario lector de obligado tránsito, una cartografía con instrucciones inamovibles, sino una selección de textos confeccionada con gustos personales compartidos por quienes hicimos el libro. Hay autoras y autores que interesan a todo público como una forma de reconocerse en sus textos, en el tejido que los forman. Hay textos ya clásicos y otros que apenas ahora empiezan a caminar en el mundo de las letras. Conviven, así, hombres y mujeres ya inscritos en alguna forma de tradición literaria con otros y otras que empiezan a fincar con su palabra y su imaginación el horizonte de una memoria del futuro.

De cualquier forma, y al margen de nuestra invitación a un acercamiento libre a los textos desde cualquier flanco, el libro tiene una organización temática que agrupa los mil y un trazos de esta *poética escolar* que ahora ofrecemos. Por ello, esta obra está dividida en diez capítulos que incluyen, *grosso modo,* los asuntos más recurrentes relacionados con el ámbito escolar: *Infancia y escuela, Adolescencia y escuela, Los escenarios escolares, Maestras y maestros, Memoria amarga del maestro, Crítica de la escuela, El amor en los tiempos del colegio, Los castigos escolares, El afán de conocimiento* y *Reflexiones pedagógicas.* Este último capítulo es un cajón de sastre donde encajamos toda una retahíla de textos que,

si bien continúan refiriéndose a la escuela, lo hacen quizá de manera más arbitraria, y por tanto no tenían cabida en los asuntos, demasiado acotados, a los que hemos aludido previamente.

Este libro fue concebido en un entrañable encuentro en la ciudad de México en julio de 2002. Poco a poco, y con algunos materiales ya seleccionados, el proyecto fue fraguándose a finales de ese año en animadas conversaciones en España, a orillas del mar Cantábrico, y en un ir y venir sin tregua de envíos postales y correspondencias electrónicas a través del océano. Al final, ahí van estos fragmentos de esa *poética escolar* que la literatura exhala en poemas, relatos y memorias. Es obvio que el acierto o el desacierto de esta selección de textos literarios sobre los contextos escolares corresponde en exclusiva a quienes la realizamos. No obstante, en esta tarea nos ayudaron de una manera inestimable algunas personas con su ánimo y con la sugerencia de algunos textos con los que no contábamos inicialmente. Es el caso de José Porras Alcocer, Amparo Tusón Valls, Manuel Vera Hidalgo, Mayela Parra y Cristina Labra. Quede constancia en estas líneas de nuestra deuda de gratitud y de nuestro afecto.

Ojalá estas páginas evoquen en cada lector y en cada lectora los sabores agridulces de su infancia y de su adolescencia escolares y les ayuden a conocer algo mejor las luces y las sombras de ese territorio tan ineludible del tiempo pasado que es el territorio escolar. En esa ilusión ofrecemos a continuación estos textos y estos contextos.

CAPÍTULO 1

«Y todo un coro infantil va cantando la lección...»

Infancia y escuela

José Asunción Silva

INFANCIA

Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera.

G. G. G.

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas,
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses, Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos,
donde la idea brilla,

de la maestra la cansada mano
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bosquejo vago,
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

[...]

Juan Goytisolo

Sobres escritos con caligrafía vacilante

En uno de estos cajones podías hojear incluso, como hiciste el día de tu regreso, una resmilla de sobres escritos con caligrafía vacilante y torpe y descubrir de nuevo, con reiterado asombro, que su autor eras tú: cartas enviadas desde el internado en que consumieras inútilmente parte de tu juventud, en los opacos y ominosos años que siguieron al fallecimiento de tu madre; psicogramas redactados para uso de la familia —«De temperamento nervioso y de mucho amor propio. Algo retraído con sus compañeros, le gusta tratar con unos cuantos solamente. Religiosidad y piedad ordinarias. No muy aficionado a juegos en tiempo de recreo»— por olvidados profesores de firma ininteligible; la edición anual del Boletín del Colegio en el que hallaras el promedio de tus notas por asignaturas correspondiente a la temporada 1945-46 —«Religión 9, Filosofía 6, Lengua Latina 8, Lengua Griega 9, Literatura 7, Geografía e Historia 10, Matemáticas 5, Ciencias 4, Medalla de Honor, Oro»— y hasta un sobrecogedor cuadro sinóptico de los Coros y Jerarquías Angélicos, copiado veinte veces en un cuaderno con tu puño y letra, encabezado por una nota pergeñada en tinta verde: «Por haber distraído a sus compañeros durante la lección» —pruebas documentales, fehacientes, del niño pintoresco y falaz que habías sido y en el que no se reconocía el adulto de hoy, suspendido como estabas en un presente incierto, exento de pasado como de porvenir, con la desolada e íntima certeza de saber que habías vuelto no porque las cosas hubieran cambiado y tu expatriación hubiese tenido un sentido, sino porque habías agotado poco a poco tus reservas de espera y, sencillamente, tenías miedo a morir.

Antonio Machado

RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
«Mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón».

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Gabriel García Márquez

LA ESCUELA MONTESSORIANA

El consuelo fue que en Cataca habían abierto por esos años la escuela montessoriana, cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos y enseñaban a cantar. Con el talento y la belleza de la directora Rosa Elena Fergusson estudiar era algo tan maravilloso como jugar a estar vivos. Aprendí a apreciar el olfato, cuyo poder de evocaciones nostálgicas es arrasador. El paladar, que

afiné hasta el punto de que he probado bebidas que saben a ventana, panes viejos que saben a baúl, infusiones que saben a misa. En teoría es difícil entender estos placeres subjetivos, pero quienes los hayan vivido los comprenderán de inmediato.

No creo que haya método mejor que el montessoriano para sensibilizar a los niños en las bellezas del mundo y para despertarles la curiosidad por los secretos de la vida. Se le ha reprochado que fomenta el sentido de independencia y el individualismo —y tal vez en mi caso fuera cierto—. En cambio, nunca aprendí a dividir o a sacar raíz cuadrada, ni a manejar ideas abstractas. Éramos tan jóvenes que sólo recuerdo a dos condiscípulos. Una era Juanita Mendoza, que murió de tifo a los siete años, poco después de inaugurada la escuela, y me impresionó tanto que nunca he podido olvidarla con corona y velos de novia en el ataúd. El otro es Guillermo Valencia Abdala, mi amigo desde el primer recreo, y mi médico infalible para las resacas de los lunes.

Mi hermana Margot debió ser muy infeliz en aquella escuela, aunque no recuerdo que alguna vez lo haya dicho. Se sentaba en su silla del curso elemental y allí permanecía callada —aun durante las horas de recreo— sin mover la vista de un punto indefinido hasta que sonaba la campana del final. Nunca supe a tiempo que mientras permanecía sola en el salón vacío masticaba la tierra del jardín de la casa que llevaba escondida en el bolsillo de su delantal.

Me costó mucho aprender a leer. No me parecía lógico que la letra *m* se llamara *eme,* y sin embargo con la vocal siguiente no se dijera *emea* sino *ma.* Me era imposible leer así. Por fin, cuando llegué al Montessori la maestra no me enseñó los nombres sino los sonidos de las consonantes. Así pude leer el primer libro que encontré en un arcón polvoriento del depósito de la casa. Estaba descosido e incompleto, pero me absorbió de un modo tan intenso que el novio de Sara soltó al pasar una premonición aterradora: «¡Carajo!, este niño va a ser escritor».

Dicho por él, que vivía de escribir, me causó una gran impresión. Pasaron varios años antes de saber que el libro era *Las mil y una noches.*

José Emilio Pacheco

En los recreos comíamos tortas de nata

En los recreos comíamos tortas de nata que no se volverán a ver jamás. Jugábamos en dos bandos: árabes y judíos. Acababa de establecerse Israel y había guerra contra la Liga Árabe. Los niños que de verdad eran árabes y judíos sólo se hablaban para insultarse y pelear. Bernardo Mondragón, nuestro profesor, les decía: Ustedes nacieron aquí. Son tan mexicanos como sus compañeros. No hereden el odio. Después de cuanto acaba de pasar (las infinitas matanzas, los campos de exterminio, la bomba atómica, los millones y millones de muertos), el mundo de mañana, el mundo en el que ustedes serán hombres, debe ser un sitio de paz, un lugar sin crímenes y sin infamia. En las filas de atrás sonaba una risita. Mondragón nos observaba tristísimo, seguramente preguntándose qué iba a ser de nosotros con los años, cuántos males y cuántas catástrofes aún estarían por delante.

Hasta entonces la fuerza abolida del imperio otomano perduraba como la luz de una estrella muerta: para mí, niño de la colonia Roma, árabes y judíos eran «turcos». Los «turcos» no me resultaban extraños como Jim, que nació en San Francisco y hablaba sin acento los dos idiomas; o Toru, crecido en un campo de concentración para japoneses; o Peralta y Rosales. Ellos no pagaban colegiatura, estaban becados, vivían en las vecindades ruinosas de la colonia de los Doctores. La calzada de la Piedad, todavía no llamada avenida Cuauhtémoc, y el parque Urueta formaban la línea divisoria entre Roma y Doctores. Romita era un pueblo aparte. Ahí acecha el Hombre del Costal, el Gran Robachicos. Si vas a Romita, niño, te secuestran, te sacan los ojos, te cortan las manos y la lengua, te ponen a pedir caridad y el Hombre del Costal se queda con todo. De día es un mendigo; de noche un millonario elegantísimo gracias a la explotación de sus víctimas. El miedo de estar cerca de Romita. El miedo de pasar en tranvía por el puente de avenida Coyoacán: sólo rieles y durmientes; abajo el río sucio de La Piedad que a veces con las lluvias se desborda.

Antes de la guerra en el Medioriente el principal deporte de nuestra clase consistía en molestar a Toru. Chino chino japonés: come caca y no me des. Aja, Toru, embiste: voy a clavarte un par de banderillas. Nunca me sumé a las burlas. Pensaba en lo que sentiría yo,

único mexicano en una escuela de Tokio; y lo que sufriría Toru con aquellas películas en que los japoneses eran representados como simios gesticulantes y morían por millares. Toru, el mejor del grupo, sobresaliente en todas las materias. Siempre estudiando con su libro en la mano. Sabía jiu-jit-su. Una vez se cansó y por poco hace pedazos a Domínguez. Lo obligó a pedirle perdón de rodillas. Nadie volvió a meterse con Toru. Hoy dirige una industria japonesa con cuatro mil esclavos mexicanos.

Soy de la Irgún. Te mato: soy de la Legión Árabe. Comenzaban las batallas en el desierto. Le decíamos así porque era un patio de tierra colorada, polvo de tezontle o ladrillo, sin árboles ni plantas, sólo una caja de cemento al fondo. Ocultaba un pasadizo hecho en tiempos de la persecución religiosa para llegar a la casa de la esquina y huir por la otra calle. Considerábamos el subterráneo un vestigio de épocas prehistóricas. Sin embargo en aquel momento la guerra cristera se hallaba menos lejana de lo que nuestra infancia está de ahora. La guerra en que la familia de mi madre participó con algo más que simpatía. Veinte años después continuaba venerando a los mártires como el padre Pro y Anacleto González Flores. En cambio nadie recordaba a los miles de campesinos muertos, los agraristas, los profesores rurales, los soldados de leva.

Yo no entendía nada: la guerra, cualquier guerra, me resultaba algo con lo que se hacen películas. En ella tarde o temprano ganan los buenos (¿quiénes son los buenos?). Afortunadamente en México no había guerra desde que el general Cárdenas venció la sublevación de Saturnino Cedillo. Mis padres no podían creerlo porque su niñez, adolescencia y juventud pasaron sobre un fondo continuo de batallas y fusilamientos. Pero aquel año, al parecer, las cosas andaban muy bien: a cada rato suspendían las clases para llevamos a la inauguración de carreteras, avenidas, presas, parques deportivos, hospitales, ministerios, edificios inmensos.

Por regla general eran nada más un montón de piedras. El presidente inauguraba enormes monumentos inconclusos a sí mismo. Horas y horas bajo el sol sin movernos ni tomar agua —Rosales trae limones; son muy buenos para la sed; pásate uno— esperando la llegada de Miguel Alemán. Joven, sonriente, simpático, brillante, saludando a bordo de un camión de redilas con su comitiva.

Aplausos, confeti, serpentinas, flores, muchachas, soldados (todavía con sus cascos franceses), pistoleros (aún nadie los llamaba guaruras), la eterna viejecita que rompe la valla militar y es foto-

grafiada cuando entrega al Señor presidente un ramo de rosas.

Había tenido varios amigos pero ninguno le cayó bien a mis padres: Jorge por ser hijo de un general que combatió a los cristeros; Arturo por venir de una pareja divorciada y estar a cargo de una tía que cobraba por echar las cartas; Alberto porque su madre viuda trabajaba en una agencia de viajes, y una mujer decente no debía salir de su casa. Aquel año yo era amigo de Jim. En las inauguraciones, que ya formaban parte natural de la vida, Jim decía: Hoy va a venir mi papá. Y luego: ¿Lo ven? Es el de la corbata azulmarina. Allí está junto al presidente Alemán. Pero nadie podía distinguirlo entre las cabecitas bien peinadas con linaza o Glostora. Eso sí: a menudo se publicaban sus fotos. Jim cargaba los recortes en su mochila. ¿Ya viste a mi papá en el *Excélsior*? Qué raro: no se parecen en nada. Bueno, dicen que salí a mi mamá. Voy a parecerme a él cuando crezca.

Antonio Alatorre

Traigo conmigo mi infancia

«Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera». Como diciendo: «Sigan en la Secretaría de Educación ese modelo, y ya está». Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infancia, como te dije. En esa escuela tuve compañeros de huaraches, o incluso descalzos, sin más ropa que camisa y calzón blanco (pero chamagoso). Me emociona el recuerdo de esa convivencia humana. Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo. Siempre ando diciendo que lo que sé de muchas cosas, por ejemplo de lo que ocurre entre pulmones y corazón, la oxigenación, la expulsión del carbono, la sangre venosa y la sangre arterial y todo eso, lo tengo en la cabeza porque la maestra de quinto año nos lo explicó. Después, sí, he leído cosas, pero lo esencial lo sé desde aquel entonces. Y todo lo demás: geografía de México, y de América, y del mundo (recuerdo con orgullo los mapas que yo hacía); historia... (recuerdo muy bien que en sexto año se nos habló de Grecia y Roma y se nos explicó cómo estuvo esa guerra que comenzó con el asesinato de un archiduque austriaco en Sarajevo); y anatomía, y zoología, y hasta cosmografía... (fue en esa escuelita donde hice contacto con las dos Osas, y Casiopea, y el Cisne, y la Corona de

Ariadna, y Orión, y Aldebarán y Sirio). Todo eso lo asimilé allí para siempre. En sexto año aprendí a solfear, a leer música. Y otra cosa que siempre me ha llamado la atención: la cantidad de oficios que nos enseñaron en cuarto, en quinto, en sexto año: canastas de mimbre y de alambre, bolsas de ixtle, juguetes de barro, cosas de madera calada... Una vez hicimos brillantina; otra vez hicimos pasta dentífrica. Lo que hacíamos se exhibía al final del año escolar (junto con los dibujos y lo demás). Y eran cosas que servían. Entre mi hermano y yo hicimos unos muebles de otate que funcionaron como recibidorcito, cerca del zaguán de la casa, durante no sé cuánto tiempo. Quienes nos enseñaban todo eso eran gentes del pueblo: un alfarero, un carpintero, etcétera. Era como si una de las preocupaciones de la escuela fuera pensar en los destinados a practicar un oficio en la vida. En fin. El caso es que cuando pasé de Autlán a la escuela apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo (en Tlalpan), yo sabía muchas cosas que mis compañeros no sabían, de manera que era un estorbo para ellos. Recuerdo concretamente que ninguno tenía nociones de álgebra, mientras que yo me había metido creo que hasta en trigonometría. Y digo que «creo» porque las matemáticas son lo único que he olvidado. Recuerdo muy bien cómo es el ornitorrinco, pero no recuerdo qué es una ecuación de primer grado. [...]

Mariquita y ese glorioso sexto año, esa manera que ella tenía de enseñarnos toda clase de cosas y de mantenernos absortos y entusiasmados. El registro de los fenómenos meteorológicos, el modestísimo laboratorio de física... Estábamos organizados en sociedad cooperativa, y a la hora del recreo vendíamos dulces y fruta. Carlos y yo, muy de mañanita, íbamos a las orillas del pueblo a comprar jícamas; nos las desenterraban, las pagábamos, y en casa las lavábamos para llevarlas limpiecitas a la escuela. Las ganancias se destinaban a comprar libros para nuestra biblioteca. Recuerdo que una vez hice yo el catálogo de esa biblioteca, y se lo entregué a Mariquita; Mariquita lo revisó, y me dijo señalando uno de los títulos: «Ve otra vez este libro y corrige tú mismo lo que está equivocado». Era el *Gil Blas de Santillana* de Lesage, y yo había escrito *Santanilla* en vez de *Santillana.* Qué vergüenza, ¿no? Pero también ¡qué inteligente manera de enseñar! Además de biblioteca, teníamos museo. La mejor pieza del museíto era una boca de tiburón, con sus hileras de dientes. Una vez Carlos y yo encontramos en la huerta un esqueleto de murciélago envuelto en una como pelusa y maravillosamente conservado, sin una sola costillita rota; lo limpiamos con mucho cuidado y creo que dijimos al mismo

tiempo: «¡Esto es para el museo!» En ese sexto año había un ambiente de regocijo, de entusiasmo. Éramos unos veinticinco o treinta (y no había en Autlán más escuela superior para niños que ésa). Imposible que alguien se desinteresara de la tarea de aprender. Imposible que alguien flojeara.

En 1933 Mariquita tendría cincuenta y tantos años, de manera que debió haber salido de la escuela normal (de Guadalajara, supongo) muy a comienzos del siglo. A juzgar por lo que era Mariquita, la formación de maestros llegó a un alto grado de profesionalismo en la época porfiriana. No recuerdo que ella nos haya hablado alguna vez de Justo Sierra o de Gabino Barreda, pero es seguro que yo gocé de los beneficios de esa escuela normal positivista que ellos deben de haber diseñado. María Mares fue una gran profesional de la enseñanza. Y quiero añadir dos cosas: una es que mi escuela primaria fue cien por ciento laica; el terreno de la religión estuvo siempre totalmente excluido; y la otra cosa es que jamás hubo propaganda política; no se hablaba de los «logros de la Revolución» y esas cosas, y no se elogiaba al presidente de la República. Las dos cosas me parecen sumamente saludables. Me alegro de que mi escuela primaria haya sido *así*.

Mariquita vivía enfrente de mi casa con sus dos hermanas: Cuca, profesora de cuarto año (también buena maestra, aunque algo gris, algo apagada), y Nina, la mayor, que era el ama de casa. La casa de las Mares fue mi segunda casa, probablemente desde que yo tenía unos dos años. Allí no había competidores. A veces iba también Carlos, pero una vez hizo no sé qué y Nina le dijo: «Ahora verás, *muchacho perjuicio*», y Carlos se fue, ofendidísimo, y nunca más volvió. Después, ya grande, cada vez que yo iba a mi pueblo visitaba naturalmente a las Mares y oía los recuerdos que ellas tenían del «Blanquito» (así me llamaban). Por ejemplo, las veces que le pedía a Nina un terrón de azúcar, y ella decía: «Mira, no hay», y yo: «A ver, enséñame el bototito», o sea el botecito del azúcar. (Este *bototito* te dará idea de a qué edad me hice hijo adoptivo de las Mares.) Además, Mariquita tocaba el piano y tenía libros. Muy rara vez entré en su cuarto; quizá me lo habían prohibido. Lo mejor de sus libros era el *Tesoro de la juventud*, veinte maravillosos tomos que traían todo lo que un niño o un adolescente podía desear en aquellos tiempos sin televisión ni cine. Recuerdo esta escena: Mariquita y yo sentados, muy juntos, con uno de los tomos del *Tesoro de la juventud* abierto en las rodillas. Ahorita que lo pienso, es raro que no me haya atrevido a pedirle a

Mariquita prestados esos tomos, uno por uno; también es raro que ella no tomara la iniciativa de prestármelos. Tal vez tenía miedo de que se los maltratara, o tal vez veía que la mayor parte del *Tesoro de la juventud,* como descubrí más tarde, estaba destinada más bien a adolescentes. En todo caso, estamos muy juntos con ese tomo en las rodillas y yo estoy como en las nubes, viendo por primera vez en mi vida esas columnas y esos muros y esas estatuas de Luxor y de Karnak. (Por cierto que Mariquita daba vuelta a las hojas del libro; no me dejaba hacerlo a mí.) Total, aquello fue una dosis extra de escuela. Una dosis amasada en cariño.

María Luisa Puga

MI PAPÁ A LA OFICINA, YO A LA ESCUELA

Y así era: mi papá a la oficina, yo a la escuela, y mi mamá en la puerta diciéndonos adiós. No comas porquerías, me decía. Y también: fíjate al cruzar la calle. Yo sí sentía que me querían. Querían muchas cosas, pero yo era algo así como el centro. Mi papá me daba 5 pesos ya en la puerta del edificio (el timbre daba toques; yo tocaba con la goma del lápiz). Nos vemos a mediodía, me decía. Era chistoso porque me quería, pero como muy en secreto. Me daba un beso que se sentía rico, calientito, rápido. Y se iba, él para un lado, para el estacionamiento donde guardaba su coche. Yo para el otro, a tomar mi camión. Era así. Unos días me gustaban más, otros menos. A veces el camión iba más lleno, otras llevaba gente que me daba curiosidad; había días en que ni me fijaba. De pronto ya estaba en la escuela y la guerra empezaba. Es que era como una guerra. Todos molestaban a todos, se burlaban de todos, había que cuidarse. Desde la primaria tuve un grupo de amigas con las que anduve siempre. Éramos cuatro y nos ayudábamos, nos defendíamos; nos decían las inseparables y a veces alguna otra niña se nos quería unir pero no sé por qué no se podía. Es que éramos parecidas, vivíamos por el mismo barrio y a veces nos veíamos por la tarde, cuando mi papá estaba de buenas y me dejaba salir; por lo general, no. Lo primero que hacíamos al llegar a la escuela era buscarnos en el patio. Yo nunca logré ser la primera en llegar aunque siempre traté. Cuando ya estábamos juntas las cuatro era como entrar en un cuarto conocido y seguro. Una de nosotras era más alta que las demás, pero sí nos parecíamos. Así

fue toda la primaria y pienso que por eso me gustaba ir a la escuela. Cuando después entré a Comercio las cosas cambiaron.

Nos juntábamos a la hora del recreo para criticar. Que si fulana era gorda; que si era vulgar. Hablábamos mucho de lo vulgar. Nos decían las hermanitas no sé cuánto. Un trío de esos musicales. Pero nosotras éramos cuatro. Se burlaban de nosotras cuando nos poníamos de acuerdo para venir de cola de caballo, o con calcetas de distinto color. Y es que la escuela era guerra; estoy segura de que todos sabíamos más de lo que nos dábamos cuenta. La guerra era, creo, en contra de la fealdad; a lo mejor en contra de la felicidad ahí. Y es que era fea. Era mentirosa. Entre las cuatro formábamos una covachita para protegernos hasta de la indiferencia de las maestras que llegaban, muchas, como cansadas y apenas si hacían un esfuerzo por calmar el ruido que hacíamos todos. Nomás te decían: estudien de la página tal a la página tal y ya. Había otras que a fuerza querían ser buenas y hablaban así, con dulzura, y tenían sus consentidas y se alisaban muy bien la falda para sentarse. Nosotras nos fijábamos en la ropa, en las pulseras y el peinado y decíamos sí, o decíamos no, o hasta nos reíamos a veces porque una de nosotras era muy buena para imitar.

Eso era la escuela, me acuerdo, siempre vigilando para que no se fueran a aprovechar de ti, pero al mismo tiempo te gustaba salir de tu casa un rato.

Nos íbamos a pie hasta la plaza de Miravalle, a comer paletas, y platicábamos todo el tiempo, en general de cosas que habíamos visto en escaparates por Insurgentes, y nos contábamos lo que habíamos hecho sábado y domingo. Yo era la que menos tenía que contar. Las otras habían ido al cine o a casas de familiares. Tenían hermanos ya grandes. Sobrinos, en fin, y decían que a mí me tenían consentida por ser hija única. Pues no sé, la verdad. En sus casas había mucho más ruido, más gente, y todo estaba como más desordenado, no sé. Era muy distinto. Una de mis amigas no vivía en apartamento sino en una casita amarilla y sucia con reja roja y hasta un pedacito de jardín, en la calle de Ixtlán. Su mamá le pegaba por cualquier motivo. Cuando yo iba la esperaba en la puerta. Rara vez entré. Por lo general no hablábamos mucho de nuestras casas, más bien era de la escuela y de los sustos con los maestros y cosas así. De que qué íbamos a ser cuando fuéramos grandes o lo que haríamos si tuviéramos un millón de pesos. Yo no sé qué quería ser de grande. Creo que cada vez cambiaba. A veces quería tres hijos, otras quería ser maestra. [...]

Cuando en la escuela me enseñaban historia de México, yo después les preguntaba a mis padres: ¿cómo llegaron ustedes aquí? ¿De España? ¿O son indios? Mi papá se enojaba. No hagas preguntas tontas, decía, ¿qué no nos ves? Cómo vamos a ser indios. Pero yo quería saber. Qué éramos entonces, si no éramos indios ni españoles. ¿Quiénes éramos? Mexicanos, decía mi papá, qué otra cosa vamos a ser. Pero ¿de dónde vienen los mexicanos? ¿Qué pasó con los indios? Lo más que logré entender fue que los indios eran los pobres y los españoles los ricos. ¿Y nosotros? Y mi papá siempre decía: nosotros somos mexicanos. Mi mamá se sorprendía: ¿no les enseñan otras cosas? Yo hacía mi tarea como podía y dejaba de preguntar cada vez más pues intuía que no iban a saber. Y así hice la primaria, sin entender mucho. Mi padre rara vez hablaba de lo que yo haría cuando fuera grande. Mi mamá quería que, terminando la primaria, me metiera en un curso de corte y confección. A mí me daba bastante lo mismo. No sabía imaginar otro futuro que no fuera idéntico al presente. Ya estaba en quinto y me daba más cuenta de la forma de nuestra vida... ¿tú por dónde andabas en aquellos años... sesenta y cuatro, sesenta y cinco?

Benito Pérez Galdós

FUE A LA ESCUELA, Y NO SE SUPO LA LECCIÓN

¡Cosa rara!, nada le pasó a Cadalsito aquella noche, ni sintió ni vio cosa alguna, pues a poco de acostarse hubo de caer en sueño profundísimo. Al día siguiente costó trabajo levantarle. Sentíase quebrantado y como si hubiese andado largo trecho por lugar desconocido y lejano que no podía recordar. Fue a la escuela, y no se supo la lección.

Encontrábase tan torpe aquel día, que el maestro le hizo burla y ajó su dignidad ante los demás chicos. Pocas veces se había visto en la escuela carrera en pelo como la que aguantó Cadalsito al ser confinado al último puesto de la clase en señal de ignorancia y desaplicación. A las once, cuando se pusieron a escribir, Cadalso tenía junto a sí al famoso *Posturitas*, chiquillo travieso y graciosísimo, flexible como una lombriz, y tan inquieto, que donde él estuviese no podía haber paz. Llamábase Paquito Ramos y Guillén, y sus padres eran los dueños de la casa de préstamos de la calle del Acuerdo. Aquel Guillén, cojo y empleado, que hemos visto en casa de Villaamil celebrando

con copiosas libaciones de moscatel la próxima colocación de su amigo, era tío materno de *Posturitas,* el cual debía este apodo a la viveza ratonil de sus movimientos, a la gracia con que remedaba las aptitudes y gestos de los *clowns* y dislocados del circo. Todo se le volvía hacer garatusas, sacar la lengua, volver del revés los párpados, y como pudiera, metía el dedo en el tintero para pintarse rayas negras en la cara.

Aquella mañana, cuando el maestro no le veía, *Posturitas* abría la carpeta, y él y su amigo Cadalso hundían la pelona en ella para ver las cosas diversas que encerraba. Lo más notable era una colección de sortijas, en las cuales brillaban el oro y los rubíes. No se vaya a creer que eran de metal, sino de papel, anillos de esos con que los fabricantes adornan los puros medianos para hacerlos pasar por buenos. Aquel tesoro había venido a manos de Paquito Ramos mediante un cambalache. Perteneció la colección a otro chico llamado Polidura, cuyo padre, mozo de café o restaurante, solía recoger los aros de cigarro que los fumadores dejaban caer al suelo, y obsequiar con ellos a su hijo a falta de mejores juguetes. Había llegado a reunir Polidura más de cincuenta sortijas de diversos calibres. En unas decía *Flor fina;* en otras, *Selectos de Julián Álvarez.* Cansado al fin de la colección, se la cambió a *Posturas* por un trompo en buen uso, mediante contrato solemne ante testigos. Cadalso regaló al nuevo propietario el anillo de la tagarnina dada por el señor de Pez a Villaamil, y que éste se fumó majestuosamente después de la comida.

La travesura de *Posturitas,* fielmente reproducida por el bueno de Cadalso, consistía en llenarse ambos los dedos de aquellas sorprendentes joyas, y cuando el maestro no les veía, alzar la mano y mostrarla a los otros granujas con dos o tres anillos en cada dedo. Si el maestro venía, se los quitaban a toda prisa, y a escribir como si tal cosa. Pero en una vuelta brusca, sorprendió el dómine a Cadalsito con la mano en alto, distrayendo a toda la clase. Verle y ponerse hecho un león fue todo uno. Pronto se descubrió que el principal delincuente era el maligno *Posturitas,* que tenía en su carpeta un depósito de aros de papel, y en un santiamén el maestro, después que arrancó de los dedos las pedrerías de que estaban cuajados, agarró todo el depósito y lo deshizo, terminando con una mano de coscorrones aplicados a una y otra cabeza. Ramos rompió a llorar, diciendo:

—Yo no he sido... *Miau* tiene la culpa.

Y *Miau,* no menos lastimado de esta calumnia que del mote, clamó con severa dignidad:

—Él es el que los tenía. Yo no traje más que uno...

—Mentira...

—El mentiroso es él.

—*Miau* es un hipócrita —dijo el maestro, y Cadalso no supo contener su aflicción oyendo en boca de don Celedonio el injurioso apodo. Soltó el llanto sin consuelo, y toda la clase coreaba sus gemidos, repitiendo *Miau*, hasta que el maestro, ¡pim, pam!, repartió una zurribanda general, recorriendo espaldas y mofletes, como el fiero cómitre entre las filas de galeotes, vapuleando a todos sin misericordia.

—Se lo voy a decir a mi abuelo —exclamó Cadalso con un arranque de dignidad—, y no vengo más a esta escuela.

—Silencio..., silencio todos —gritó el verdugo, amenazándoles con una regla, que tenía los ángulos como filos de cuchillo—. Sinvergüenzas, a escribir, y al que me chiste le abro la cabeza.

Al salir, Cadalso seguía indignado contra su amigo *Posturitas*. Éste, que era procaz, de una frescura y audacia sin límites, dio un empujón a Luis, diciéndole:

—Tú tienes la culpa, tonto... panoli... cara de gato. Si te cojo por mi cuenta...

Cadalso se revolvió iracundo, acometido de nerviosa rabia, que le puso pálido y con los ojos relumbrones.

—¿Sabes lo que te digo? Que no tiés que ponerme motes, ¡contro!, mal criado..., ordinario..., cualisquiera.

—*¡Miau!* —mayó el otro con desprecio, sacando media cuarta de lengua y crispando los dedos.

—Ole... *Miau*..., morrongo..., fu, fu, fu...

Por primera vez en su vida percibió Luis que las circunstancias le hacían valiente. Ciego de ira se lanzó sobre su contrario, y lo mismo se lanzaría si éste fuese un hombre. Chillido de salvaje alegría infantil resonó en toda la banda, y viendo el desusado embestir de Cadalso, muchos le gritaron:

—Éntrale, éntrale...

Miau peleándose con *Posturas* era espectáculo nuevo, de trágicas y nunca sentidas emociones, algo como ver la liebre revolviéndose contra el hurón, o la perdiz emprendiéndola a picotazos con el perro. Y fue muy hermosa la actitud insolente de *Posturitas*, al recibir el primer achuchón, espatarrándose para aplomarse mejor, soltando libros y pizarra para tener los brazos libres... Al mismo tiempo rezongaba con orgullo insano:

—Verás, verás..., ¡recontro!..., me caso con la biblia... Trabóse una

de esas luchas homéricas, primitivas y cuerpo a cuerpo, más interesantes por la ausencia de toda arma, y que consisten en aceptar brazos con brazos y empujar, empujar, sacudiendo topetadas con la cabeza, a lo carneril, esforzándose cada cual en derribar a su contrario. Si pujante estaba *Posturas,* no lo parecía menos Cadalso. Murillito, Polidura y los demás miraban y aplaudían, danzando en torno con feroz entusiasmo de pueblo pagano, sediento de sangre. Pero acertó a salir de la casa en aquel punto y ocasión la hija del maestro, señorita algo hombruna, y les separó de un par de manotadas, diciendo:

—Sinvergüenzas, a casa, o llamo a la pareja para que os lleve a la prevención.

Ambos tenían la cara como lumbre, respiraban como fuelles y echaban por aquellas bocas injurias tabernarias; sobre todo Paco Ramos, que era consumado hablista en el idioma de los carreteros.

—Vamos, *hombres* —decía Murillito, el hijo del sacristán de Montserrat, en la actitud más conciliadora—; no es para tanto... vaya... Quítate tú... Mia que te... verás. Sacabaron las quistiones.

Mostrábase el mediador decidido a arrearle un buen lapo a cualquiera de los dos que intentase reanudar la contienda. Un policía que por allí andaba les dispersó, y se alejaron chillando y saltando, algunos haciéndose lenguas del arranque de Cadalsito. Éste tomó silencioso el camino de su casa. Su ira se calmaba lentamente, aunque por nada del mundo le perdonaba a *Posturas* el apodo, y sentía en su alma los primeros rebullicios de la vanidad heroica, la conciencia de su capacidad para la vida, o sea, de su actitud para ofender al prójimo, ya probada en la tienta de aquel día.

Octavio Paz

CUCHARA

Los azares de la guerra civil llevaron a mi padre a los Estados Unidos. Se instaló en Los Ángeles, en donde vivía una numerosa colonia de desterrados políticos. Un tiempo después lo seguimos mi madre y yo. Apenas llegamos, mis padres decidieron que fuese al *kindergarten* del barrio. Tenía seis años y no hablaba una sola palabra de inglés. Recuerdo vagamente el primer día de clases: la escuela con la bandera de los Estados Unidos, el salón desnudo, los pupitres, las bancas duras y mi azoro entre la ruidosa curiosidad de mis compañeros y la

sonrisa afable de la joven profesora, que procuraba aplacarlos. Era una escuela angloamericana y sólo dos de los alumnos eran de origen mexicano, aunque nacidos en Los Ángeles. Aterrorizado por mi incapacidad para comprender lo que se me decía, me refugié en el silencio. Al cabo de una eternidad llegó la hora del recreo y del *lunch*. Al sentarme a la mesa descubrí con pánico que me faltaba una cuchara; preferí no decir nada y quedarme sin comer. Una de las profesoras, al ver intacto mi plato, me preguntó con señas la razón. Musité: *cuchara*, señalando la de mi compañero más cercano. Alguien repitió en voz alta: ¡cuchara! Carcajadas y algarabía: ¡cuchara, cuchara! Comenzaron las deformaciones verbales y el coro de las risotadas. El bedel impuso silencio pero a la salida, en el arenoso patio deportivo, me rodeó el griterío. Algunos se me acercaban y me echaban a la cara, como un escupitajo, la palabra infame: ¡cuchara! Uno me dio un empujón, yo intenté responderle y, de pronto, me vi en el centro de un círculo: frente a mí, con los puños cerrados y en actitud de boxeo, mi agresor me retaba gritándome: ¡cuchara! Nos liamos a golpes hasta que nos separó un bedel. Al salir nos reprendieron. No entendí ni jota del regaño y regresé a mi casa con la camisa desgarrada, tres rasguños y un ojo entrecerrado. No volví a la escuela durante quince días; después, poco a poco, todo se normalizó: ellos olvidaron la palabra *cuchara* y yo aprendí a decir *spoon*.

CAPÍTULO 2

«Una turbamulta arremolinada»

Adolescencia y escuela

José Joaquín Fernández de Lizardi

VIDA Y HECHOS DEL FAMOSO CABALLERO
DON CATRÍN DE LA FACHENDA

Capítulo 1: En el que hace la apología de su obra, y da razón de su patria, padres, nacimiento y primera educación

Sería yo el hombre más indolente, y me haría acreedor a las execraciones del universo, si privara a mis compañeros y amigos de este precioso librito, en cuya composición me he alambicado los sesos, apurando mis no vulgares talentos, mi vasta erudición y mi estilo sublime y sentencioso.

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo *El Periquillo Sarniento* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida a un solo tomito en octavo, se hará desde luego más apreciable y más legible: andará no sólo de mano en mano, de faltriquera[1] en faltriquera y de almohadilla en almohadilla, sino de ciudad en ciudad, de reino en

[1] *Faltriquera:* «La bolsa que trabe para guardar algunas cosas, embebida y cosida en las basquiñas y briales de las mugéres, á un lado y á otro, y en los lados de los calzónes de los hombres, á distinción de los que se ponen en ellos un poco mas

reino, de nación en nación, y no parará sino después de que se hayan hecho de ella mil y mil impresiones en los cuatro ángulos de la tierra.

Sí, amigos catrines,[2] y compañeros míos, esta obra famosa correrá... dije mal, volará en las alas de su fama por todas las partes de la tierra habitada y aun de la inhabitada; se imprimirá en los idiomas español, inglés, francés, alemán, italiano, arábigo, tártaro, etcétera; y todo hijo de Adán, sin exceptuar uno solo, al oír el sonoroso y apacible nombre de don Catrín, su único, su eruditísimo autor, rendirá la cerviz y confesará su mérito recomendable.

¿Y cómo no ha de ser así, cuando el objeto que me propongo es de los más interesantes y los medios de los más sólidos y eficaces? El objeto es aumentar el número de los catrines; y el *medio,* proponerles mi vida por modelo... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida: pero ¿qué vida?, la de un caballero ilustre por su cuna, sapientísimo por sus letras, opulento por sus riquezas, ejemplar por su conducta y héroe por todos sus cuatro costados: pero basta de exordio, *operibus credite.* Atended.

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 o 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta a treinta y un años, edad florida, y en la que no se debían esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais a ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó a mí ser el prodigio del siglo diez y ocho en que nací, como digo, de padres tan ilustres como el César, tan buenos y condescendentes como yo los hubiera apetecido aun antes de existir y tan cabales catrines que en nada desmerezco su linaje.

Mis padres, pues, limpios de toda mala raza y también de toda riqueza, ¡propensión de los hombres de mérito!, me educaron según los educaron a ellos, y yo salí igualmente aprovechado.

Aunque os digo que mis padres fueron pobres, no os significo que fueron miserables. Mi madre llevó en dote al lado de mi padre dos muchachos y tres mil pesos; los dos muchachos, hijos clandestinos

---

adelante, y en las casacas y chupas para el mismo efecto, que se llaman Bolsillos». Véase *Diccionario de autoridades.*

[2] *Catrines:* tipo social que, a pesar de su pobreza, hacía gala de vestirse bien y a la moda. También eran conocidos como currutacos, petimetres y lechuguinos.

de un título, y los tres mil pesos hijos también suyos, pues se los regaló para que los mantuviera. Mi padre todo lo sabía; pero ¿cómo no había de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones[3] de las Indias? Desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre; pero no quiero gloriarme de estas cosas: los árboles genealógicos que adornan los brillantes libros de mis ejecutorias y los puestos que ocuparon mis beneméritos ascendientes en las dos lucidísimas carreras de las armas y las letras, me pondrán, *usque in æternum*, a cubierto de las notas de vano y sospechoso cuando os aseguro a fe de caballero don Catrín que soy noble, ilustre y distinguido por activa, por pasiva y por impersonal.

Mas, volviendo al asunto de mi historia, digo que por la ceguedad de la fortuna nací, a lo menos, con tal cual decencia y proporciones, las que sirvieron para que mi primera educación hubiera sido brillante.

No había en mi casa tesoros, pero sí las monedas necesarias para criarme, como se me crio, con el mayor chiqueo. Nada se me negaba de cuanto yo quería, todo se me alababa, aunque les causara disgusto a las visitas. A la edad de doce años, los criados andaban debajo de mis pies, y mis padres tenían que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo: ¡tanta era su virtud, tal su prudencia y tan grande el amor que me tenían!

Por contemporizar con un tío cura, eterno pegoste[4] y mi declarado enemigo, *ab ineunte ætate*, o desde mis primeros años, me pusieron en la escuela o, por mejor decir, en las escuelas, pues varié a lo menos como catorce, porque en unas descalabraba a los muchachos, en otras me ponía con el maestro, en éstas retozaba todo el día, en aquéllas faltaba cuatro o cinco a la semana; y en éstas y las otras aprendí a leer; la doctrina cristiana según el *Catecismo* de Ripalda;[5] a contar alguna cosa y a escribir mal, porque yo me tenía por rico y mis amigos los catrines me decían que era muy indecente para los nobles tan bien educados como yo el tener una letra gallarda ni conocer los groseros signos de la estrafalaria ortografía. Yo no necesitaba tan buenos consejos para huir las necias preocupaciones de estos que se dicen *sensatos*, y así procuré leer y contar mal, y escribir peor.

[3] *Patacones:* moneda antigua de plata de peso de una onza, y cortada con tijeras.
[4] *Pegoste:* pegostre, por pegote. Véase Santamaría, *Diccionario de mejicanismos.*
[5] Jerónimo Ripalda: jesuita español (1534-1618) cuyo *Catecismo* se usó para enseñar doctrina cristiana a los niños.

¿Qué se me da, amados catrines, parientes, amigos y compañeros míos, qué se me da, repito, de leer así o asado, de sumar veinte y once son treinta y seis, y de escribir *el cura de Tacubaya salió a casar conejos*? Dícenme que esto es un disparate; que los curas no casan conejos sino hombres racionales; que *cazar* con *z* significa en nuestro idioma castellano matar o coger algún animal con alguna arma o ardid, y *casar* con *s* es lo mismo que autorizar la liga que el hombre y la mujer se echan al contraer el respetable y santo Sacramento del matrimonio. ¿Qué se me da, vuelvo a deciros, de éstas y semejantes importunas reconvenciones? Nada a la verdad, nada seguramente, porque yo he tratado y visto murmurar a muchos ricos que escribían de los perros; pero a vueltas de estas murmuraciones los veía adular y recomendar por los más hábiles pendolistas[6] del universo; lo que me hace creer, queridos míos, que todo el mérito y habilidad del hombre consiste en saber adquirir y conservar el fruto de los cerros de América.

Tan aprovechado como os digo salí de la escuela, y mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decían los buenos señores que un don Catrín no debía aprender ningún oficio, pues eso sería envilecerse; y así que estudiara en todo caso para que algún día fuera ministro de Estado o por lo menos patriarca de las Indias.

Yo en ese tiempo era más humilde o tenía menos conocimiento de mi mérito, y así no pensaba en honras ni vanidades, sino en jugar todo el día, en divertirme y pasarme buena vida.

Los maestros impertinentes me reñían y me obligaban a estudiar algunos ratos, y en éstos... ¡lo que es un talento agigantado!, en estos cortos ratos que estudié a fuerza, aprendí la gramática de Nebrija y toda la latinidad de Cicerón en dos por tres; pero con tal felicidad, que era la alegría de mis condiscípulos y la emulación de mis cansados preceptores. Aquéllos reían siempre que yo construía un verso de Virgilio o de Horacio, y éstos se rebanaban las tripas de envidia al oírme hacer régimen de una oración, porque yo les hacía ver a cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mío.

Me decían, por ejemplo, que *ego, mei* no tenía vocativo, y yo les decía que era fácil ponérselo y necesario el que lo tuviera, pues no teniendo vocativo, no se podrá poner en latín esta oración: *¡Oh yo, el más infeliz de los nacidos!*, y poniéndole el vocativo *ego*, diremos: *O ego infelicior natorum!*, y ya está vencida esta dificultad, y se podrán vencer así iguales injusticias y mezquindades de los dramáticos antiguos.

[6] *Pendolistas:* calígrafos.

La oposición que hice a toda gramática fue de lo más lucido; ni uno hubo que no se tendiera de risa al oírme construir aquel trilladísimo verso de Virgilio:

Tityre, tu patulæ recubans sub tegmine fagi,[7] que volví al castellano de este modo: *Tu recubans,* tú amarrarás; *Tityre,* a los títeres; *patulæ,* de las patas; *fagi,* con una faja; *sub tegmine,* bajo de ciertos términos. Todos se reían, celebrando, ya se ve, mi habilidad; pero los maestros se ponían colorados, y aun me querían comer con los ojos desde sus sillas; ¡tanta era la envidia que los agitaba! Pero en fin, yo recogí mis galas, mis padres quedaron muy contentos y me pusieron a estudiar filosofía.

En esta facultad salí tan aprovechado como en gramática. A los dos meses ya argüía yo en *bárbara*[8] que era un pasmo, y tenía un *ergo* tan retumbante, que hacía estremecer las robustas columnas del colegio, siempre con asombro de mis condiscípulos y bastante envidia de mis maestros.

Una ocasión, arguyendo con un rancio peripatético que defendía la existencia de cierto animal llamado entre sus antiguos patronos *ente de razón,* después de varias cosas que le dije, añadí este silogismo concluyente: *Si per alicujus actus eficeretur entis ratio, maxime per huic: per huic non; ergo per nullius.*

Las mesas y bancas de la clase resonaron con el palmoteo de los colegiales, que ya con su desentonada risa no dejaron proseguir el argumento; el sustentante me dio un apretado abrazo y medio real de carita,[9] diciéndome:

—Tenga usted el gusto de que es más fácil concebir un ente de razón, que poner otro silogismo en un latín tan crespo y elegante.

Todos me aplaudieron, todos me celebraron ese día, y no faltó quien escribiera el silogismo con letras de oro y lo pusiera sobre las puertas de la aula con este mote: *Ad perpetuam rei memoriam, et ad nostri Catrinis gloriam* que resuelto a romance quería decir: Para gloria de la memoria de la historia latinoria del ilustrísimo Catrín, que es

[7] Égloga I de Virgilio: «¡Oh, Títiro!, tú, recostado bajo la copa extendida de la haya, ejercitas la música silvestre».

[8] Primera figura del silogismo. Ejemplo: *Todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal.*

[9] *Medio real de carita:* hubo dos monedas con valor de medio real. Una de oro, acuñada en 1801, llevaba la efigie de Carlos IV; otra, de plata, acuñada en 1810 con la efigie de Fernando VII.

de los nuestros catrines. ¿Qué os parece, amigos y compañeros? ¿No os admira mi habilidad en tan pocos años? ¿No os espanta mi fama tan temprana? ¿No os ejemplariza mi conducta? Pues imitadme y lograréis iguales aplausos.

Así pasaron los dos años y medio del curso de artes, en los que tuve el alto honor de haber curseado la Universidad y el colegio con enteras aprobaciones de mis catedráticos y concolegas.

Al cabo de este tiempo, por parecerme poco premio, no quise obtener el primer lugar *in rectum* que me ofrecían y me contenté con el grado de bachiller, que le costó a mi padre treinta y tantos pesos, me parece, y aun éste lo admití porque ya sabía yo cuán necesario es ser bachiller en artes para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro; y como ser bachiller en artes es *conditio sine qua non*, me fue preciso bachillerear contra mi gusto.

Sin embargo, con mi gran título y diez y ocho años a cuestas, me divertía en las vacaciones que tuve, pasando el tiempo con mis compañeros y amigos, que eran muchos, y tan instruidos y tan buenos como yo.

Así que al tío cura le pareció que ya perdía demasiado tiempo, instó a mis padres para que me volvieran a soterrar en el colegio a estudiar facultad mayor; pero les dijo que consultaran con mi inclinación para que se procediera con acierto.

Yo tenía muy poca o ninguna gana de continuar una carrera tan pesada como la de las letras, por dos poderosísimas razones: la primera, por no sufrir la envidia que los maestros me tenían al ver cómo descollaban mis talentos; y la segunda, porque ya me consideraba bastante instruido con el estudio que tenía hecho para disputar de cualquier ciencia con el mismo Salomón.

Resuelto de esta manera, le dije a mi padre que no quería continuar en los estudios, porque las ciencias no eran sino unas charlatanerías importunas que no proporcionaban a los hombres sino aflicciones de espíritu, quebraderos de cabeza y ningún premio; pues para un medio sabio, que cogía el fruto de sus tareas literarias al cabo de los años mil, había novecientos arrinconados en el olvido y la miseria.

Mi padre tenía talento; pero como reconocía muchas ventajas en el mío, se encogió de hombros, como quien se sorprende, y no hizo más sino trasladar la respuesta a la noticia de mi pesado tío el cura, con quien, por esta causa, tuve una molesta disertación, como veréis en el capítulo que sigue.

Manuel Azaña

Fui en El Escorial alumno brillante

Declaro con rubor que fui en El Escorial alumno brillante. Si me contase en el número de las personas que a falta de mejores títulos o por perversión del estímulo de la simpatía, pretenden elevarse en el aprecio ajeno ponderando las dolencias que han padecido, no podría vanagloriarme de otra más grave que el envenenamiento característico del escolar aventajado. Me abstengo de hacerla por urbanidad y por no empeorar con una supercherría el pecado contra el buen gusto.

Debí de parecer, siendo estudiante, caso mortal: desparpajo, prontitud, lucimiento alegre. En las degollinas de fin de curso (clases enteras sacrificadas por clerofobia del catedrático o por rigores del sabio de fama local, demasiado convencido de la importancia de su asignatura), yo era de los dos o tres que se salvaban y me salvaba con gloria. Mi ruta natural ya se columbraba desde aquellas tesis que sostenía en nuestros certámenes, desde aquellas notas excelentes. Un joven de provecho triunfa en la vida si, apenas salido de la Universidad, promulga sendos folletos sobre el *Estado social de la mujer* y la *Necesidad de mejorar la aflictiva situación de las clases trabajadoras;* si asiste en bufete conspicuo y granjea, sacando de penas a la hija de algún mastuerzo, además de la entrada legítima en el cercado de Venus, otros bienes —entre los que suele contarse una manada de electores numerosa—, menos fugaces que los deleites severos del connubio. Por dónde iba, paso a paso, la ilación entre nuestras tareas de colegiales y esas cimas vertiginosas yo no lo sabré decir, pues me senté en el comienzo del camino; pero quien daba suelta a la ambición calculadora y se ponía a conjugar fines y aprestos, tasaba al punto nuestros trabajos en su valor positivo: la gimnasia del entendimiento, absorbiendo la ley de las Doce Tablas, el Decreto de Graciano y diversas refutaciones del panteísmo, permitía escalar el solio de un cacicazgo rural; el matrimonio de ventaja, el mandato en Cortes, un ministerio, eran los grados siguientes a la licenciatura y al doctorado en una facultad que empezaba descifrando a Irnerio para terminar naturalmente al servicio de Sagasta (entonces era Sagasta), con sólo sustituir valores iguales, a compás del progreso de nuestro espíritu. El cálculo se robustecía en la contraprueba: fuera del adelanto en esa senda, nuestros conatos no daban de sí maldita de Dios la cosa. Tal sería también mi destino; tal mi vocación presunta.

Si alguno de mis buenos maestros, en la esfera donde está, compara aquellas promesas y estos frutos, podrá decir que he malogrado sus desvelos, pues la inteligencia sirve, no para encontrar la verdad, sino para conducirse en la vida, y a mí me habían puesto desde jovencillo en el carril de los triunfos. Cierto: les volví la espalda; desmentí los vaticinios más claros; abrasados fueron aquellos años, aventadas sus cenizas. Lo digo sin amargura, sin furor, no obstante el peligro en que estuve, pues ahora sólo me place recordar que me salvé. Salvarme fue, más que cordura, virtud de la indolencia. Porque escatimé el esfuerzo, la infección no pasó a mayores, a pesar de los síntomas. No puedo alabarme siquiera de haber corrido una borrasca intelectual. Salí del colegio sin adquisición alguna; nada tenía que abandonar ni que perder. Armas de cartón me habían dado para un combate en que por suerte mía yo no estaba propenso a entrar; las arrojé sin duelo, me encontré a mis anchas, no busqué para el caso otras mejores. Dijeron que era descarrilar y que me perdía. Sea. No he llegado a hombre de presa ni, cuando menos, a prohombre. Me consuelo, pues mi fuerte ingenuidad me hubiese celado el espectáculo de mi encumbramiento. No habría sabido juzgarme, ni vivir desligado íntimamente de las cosas. No soy santo ni humorista, ni creo yo, lo bastante canalla para no haberme entusiasmado con mi propia obra. En el ápice del poderío, más aire me hubiese dado a Robespierre que a Marco Aurelio: hubiese tomado en serio mis gestas, sin prevenir resguardo para mirarlas del revés; elevado al rango de portavoz de vaciedades comunes, como me falta el cínico despego de los canallas (nada puedo regatear al afán del momento), habría dado a luz un varón togado, con ínfulas de apóstol, y engañándome a mí mismo por no engañar a sabiendas al prójimo. Cabalmente, ése es el personaje que más detesto.

En mis triunfos fáciles no sé con certeza quién defraudaba a quién: si yo al colegio echando por el atajo de la memoria, que era menor esfuerzo, o el colegio a mí, dejándome sobredorar metales inferiores. Entonces creía yo ser el matutero. Por buen sabor que tuviese el descanso adquirido con engañifas, no dejaba de sentir el malestar de quien vive agobiado por tareas ingratas, de las que se alivia un poquito desviando la atención. Conocí el suplicio de tener escindidos el trabajo y el cuidado; pocos hay que más duelan. Fijar el ánimo por el trabajo mental y acompasarlo merced al esfuerzo sostenido no se alcanzaba nunca. En nuestro espíritu había un desequilibrio tormentoso. La atención se iba de merodeo por los mundos imaginarios:

también eso era cansado, insuficiente, y venían la expectativa desasosegada, el deseo confuso de sentar el pie, de hacer presa. Si el colegio nos parecía una suspensión temporal de la vida propia, debíase más que nada al sobreseimiento en la cultura de la inteligencia. Allí era el hacer que hacíamos, el dejarlo todo para mañana. No digo que anduviésemos ansiosos mendigando de los frailes el saber y nos afligiera quedar insatisfechos. Cierto: un entendimiento activo, original, pujante, habría padecido con tal régimen privaciones análogas a las del lascivo en abstinencia forzosa. Pero nosotros debíamos de ser perezosos en demasía; nos resignábamos a estar a dieta. Esa conformidad casa muy bien con el desasosiego que germinaba en el baldío del intelecto; no lo destruye, lo corrobora. Nos faltaban, simplemente, estímulos serios. Pocos dejábamos de advertir la inanidad de nuestros conocimientos. La vida intelectual robusta no podría empezar justamente hasta salir del colegio. Todo cuanto en él adquiríamos era para olvidarlo en el punto de llegar a hombres. Tantos programas y libros, tantas clases, tantos exámenes no eran sino para ganar ciertas habilidades de orangután domesticado, habilidades caedizas, de las que nadie volvería a pedirnos cuenta en la vida. Esfuerzo que empleásemos en adquirirlas, esfuerzo perdido. Nuestra inteligencia era menos pueril de lo que pensaban los frailes; afectábamos un candor, una docilidad de entendimiento que en el fondo no teníamos. Los frailes, sin recatarse, estrechaban el campo que nuestra curiosidad mejor estimulada hubiera debido explorar. Había cosas que era malo, o peligrosamente inútil, o, cuando menos, prematuro saber. El toque estaba en distinguir la ciencia falsa de la verdadera: una valla erigida hace veinte siglos las dividía; del lado de acá, de nuestro lado, lucía la verdad pronunciada de una vez para siempre; en el otro se amontonaban los errores tenebrosos. Lo más de la historia del pensamiento humano quedaba a la parte de afuera. Y uno retrocedía vagamente conturbado ante predestinación tan fuerte. Entreveíamos el fraude piadoso y que al fin habíamos de hacer un descubrimiento análogo al de que los niños no vienen de París; más: ya lo habíamos descubierto; fingíamos no saberlo; y esa inocencia simulada, necesaria para llegar pacíficamente al cabo de nuestra ruta escolar, empezaba por corromper la fuente de la probidad intelectual, hacía sospechosa toda noción, minaba las bases del respeto al saber, era la causa última de la desgana, del insondable descontento.

Aprendimos a refutar a Kant en cinco puntos, y a Hegel, y a Comte, y a tantos más. Oponíamos a los asaltos del error buenos

reparos: «1°, es contrario a las enseñanzas de la Iglesia... 2°, lleva derechamente al panteísmo...», y otras rodelas imperforables. El positivismo disputaba al materialismo el calificativo de grosero. El panteísmo era repulsivo. ¡Lo que nos tenemos reído del judío Spinoza! y el día en que el padre profesor de derecho natural nos leyó para escarmiento unas líneas de Sanz del Río, quedamos bien impuestos del peligro que hay para la sana razón en apartarse del redil. A Hegel le reducíamos sañudamente a polvo. Tomábamos ejemplo del catedrático de Madrid, quien tras de explicar una lección tocante al hegelianismo decía muy socarrón: «Ya que hemos acabado con Hegel...». Era el enemigo más temible. Lo prueba que el mismo catedrático disparaba este argumento: «¡Señores: Hegel fue monárquico...!»; y si al padre se le ocurría decir, como quien dice algo: «Hegel, una de las inteligencias más poderosas que se han paseado por la tierra...», parecía gran concesión.

Más rebeldes que a la conservación de la doctrina éramos a la restauración de los modos. En los certámenes había que discurrir por silogismos. Dos veces comparecí ante el colegio en pleno a sostener tesis de encargo. El padre Blanco me confió la primera: «De la belleza como cualidad suprasensible». Sería entonces cuando fundé mi reputación. Al año siguiente nos pusimos a desenredar en público los pleitos de un ciudadano romano. Presenté mis conclusiones. El adversario me asestó un silogismo violento. Sin rendirme, clamé:

—¡Niego la mayor!

—¿Cuál es la mayor? —replicó desconcertado.

Aquella noche no discutimos más.

Inés Arredondo

Mariana

Mariana vestía el uniforme azul marino y se sentaba en el pupitre al lado del mío. En la fila de adelante estaba Concha Zazueta. Mariana no atendía a la clase, entretenida en dibujar casitas con techos de dos aguas y árboles con figuras de nubes, y un camino que llevaba a la casa, y patos y pollos, todo igual a lo que hacen los niños de primer año. Estábamos en sexto. Hace calor, el sol de la tarde entra por las ventanas; la madre Paz, delante del pizarrón, se retarda explicando la guerra del Peloponeso. Nos habla del odio de todas las aristocracias

griegas hacia la imponente democracia ateniense. Extraño. Justamente la única aristocracia verdadera, para mí, era la ateniense, y Pericles la imagen en el poder de esa aristocracia; incluso la peste sobre Atenas, que mata sin equivocarse a «la parte más escogida de la población» me parecía que subrayaba esa realidad. Todo esto era más una sensación que un pensamiento. La madre Paz, aunque no lo dice, está también del lado de los atenienses. Es hermoso verla explicar —reconstruyendo en el aire con sus manos finas los edificios que nunca ha visto— el esplendor de la ciudad condenada. Hay una necesidad amorosa de salvar a Atenas, pero la madre Paz siente también el extraño goce de saber que la ciudad perfecta perecerá, al parecer sin grandeza, tristemente; al parecer, en la historia, pero no en verdad. Mariana me dio un codazo: «¿Ves? Por este caminito va Fernando y yo estoy parada en la puerta, esperándolo», y me señalaba muy ufana dos muñequitos, uno con sombrero y otro con cabellera igual a las nubes y a los árboles, tiesos y sin gracia en mitad del dibujo estúpido. «Están muy feos», le dije para que me dejara tranquila, y ella contestó: «Los voy a hacer otra vez». Dio vuelta a la hoja de su cuaderno y se puso a dibujar con mucho cuidado un paisaje idéntico al anterior. Pericles ya había muerto, pero estoy segura de que Mariana jamás oyó hablar de él.

Yo nunca la acompañé; era Concha Zazueta quien me lo contaba todo.

A la salida de la escuela, sentadas debajo de la palmera, nos dedicábamos a comer los dátiles agarrosos caídos sobre el pasto, mientras Concha me dejaba saber, poco a poco, a dónde habían ido en el coche que Fernando le robaba a su padre mientras éste lo tenía estacionado frente al banco. En los algodonales, por las huertas, al lado del Puente Negro, por todas partes parecían brotar lugares maravillosos para correr en pareja, besarse y rodar abrazados, sofocados de risa. Ni Concha ni yo habíamos sospechado nunca que a nuestro alrededor creciera algo muy parecido al paraíso terrenal. Concha decía: «...y se le quedó mirando, mirando, derecho a los ojos, muy serio, como si estuviera enojado o muy triste y ella se reía sin ruido y echaba la cabeza para atrás y él se iba acercando, acercando, y la miraba. Él parecía como desesperado, pero de repente cerró los ojos y la besó; yo creí que no la iba a soltar nunca. Cuando los abrió, la luz del sol lo lastimó. Entonces le acarició una mano, como si estuviera avergonzado... Todo lo vi muy bien porque yo estaba en el asiento de atrás y ellos ni cuenta se daban».

¡Oh, Dios mío! Lo importante que se sentía Concha con esas historias; y se hacía rogar un poco para contarlas aunque le encantara hacerlo y sofocarse y mirar cómo las otras nos sofocábamos.

—¿Por qué se reía Mariana si Fernando estaba tan serio?

—Quién sabe. ¿A ti te han besado alguna vez?

—No.

—A mí tampoco.

Así que no podíamos entender aquellos cambios ni su significado.

Más y más episodios, detalles, muchos detalles, se fueron acumulando en nosotras a través de Concha Zazueta: Fernando tiraba poco a poco, por una puntita, del moño rojo del uniforme de Mariana mientras le contaba algo que había pasado en un mitin de la Federación Universitaria; tiraba poquito a poquito, sin querer, pero cuando de pronto se desbarataba el lazo y el listón caía desmadejado por el pecho de Mariana, los dos se echaban a reír, y abrazados, entre carcajadas, se olvidaban por completo de la Federación. También hubo pleitos por cosas inexplicables, por palabras sin sentido, por nada, pero sobre todo se besaban y él la llamaba «linda». Yo nunca se lo oí decir, pero aún ahora siento como un golpe en el estómago cuando recuerdo la manera ahogada con que se lo decía, apretándola contra sí, mientras Concha Zazueta contenía el aliento arrinconada en la parte de atrás del automóvil.

Fue al año siguiente, cuando ya estábamos en primero de Comercio, que Mariana llegó un día al colegio con los labios rojo bermellón. Amoratada se puso la madre Julia cuando la vio.

—Al baño inmediatamente a quitarte esa inmundicia de la cara. Después vas a ir al despacho de la madre priora.

Paso a paso se dirigió Mariana a los baños. Regresó con los labios sin grasa y de un rojo bastante discreto.

—¿No te dije que te quitaras *toda* esa horrible pintura?

—Sí, madre, pero como es muy buena, de la que se pone mi mamá, no se quita.

Lo dijo con su voz lenta, afectada, como si estuviera enseñando una lección a un párvulo. La madre Julia palideció de ira.

—No tendrás derecho a ningún premio este año. ¿Me oyes?

—Sí, madre.

—Vas a ir al despacho de la madre priora... Voy a llamar a tus padres... y vas a escribir mil veces: Debo ser comedida con mis superiores, y... y... ¿entendiste?

—Sí, madre.

Todavía la madre Julia inventó algunos castigos más, que no preocuparon en lo mínimo a Mariana.

—¿Por qué viniste pintada?

—Era peor que vieran esto. Fíjense y metió el labio inferior entre los dientes para que pudiéramos ver el borde de abajo: estaba partido en pequeñísimas estrías y la piel completamente escoriada, aunque cubierta de pintura.

—¿Qué te pasó?

—Fernando.

—¿Qué te hizo Fernando?

Ella sonrió y se encogió de hombros, mirándonos con lástima.

Una mañana, antes de que sonara la campana de entrada a clases, Concha se me acercó muy agitada para decirme:

—Anoche le pegó su papá. Yo estaba allí porque me invitaron a merendar. El papá gritó y Mariana dijo que por nada del mundo dejaría a Fernando. Entonces don Manuel le pegó. Le pegó en la cara como tres veces. Estaba tan furioso que todos sentimos miedo, pero Mariana no. Se quedó quieta, mirándolo. Le escurría sangre de la boca, pero no lloraba ni decía nada. Don Manuel la sacudió por los hombros, pero ella seguía igual, mirándolo. Entonces la soltó y se fue. Mariana se limpió la sangre y se vio la mano manchada. Su mamá estaba llorando. «Me voy a acostar» me dijo Mariana, con toda calma, y se metió a su cuarto. Yo estaba temblando. Me salí sin dar siquiera las buenas noches; me fui a mi casa y casi no pude dormir. Ya no la voy a acompañar: me da miedo que su papá se ponga así. Con seguridad que no va a venir.

Pero cuando sonó la campana, Mariana entró con su paso lento y la cabeza levantada, como todas las mañanas. Traía el labio de abajo hinchado y con una herida del lado izquierdo, cerca de la comisura, pero venía perfectamente peinada y serena.

—¿Qué te pasó? —le preguntó Lilia Chávez.

—Me caí —contestó, mientras miraba, sonriendo con sorna, a Concha—. Hormiga —le murmuró al oído, al pasar junto a ella para ir a tomar su lugar entre las mayores.

Hormiga se llamó durante muchos años a la Hormiga Zazueta.

José Lezama Lima

En aquel primer día de clase

En aquel primer día de clase iba José Eugenio a inaugurar el primer día de contemplación de maldad en su pura gratuidad; la primera demostración que vería, más allá de la dificultad conciliar del *quod erat demostrandum,* de la incontrovertible existencia del pecado original en cada criatura. Desde la entrada en el aula, las indecisiones, el reparto de los pupitres, la voz suave que procuraba guiarlos y hacerles familiar un momento ya reconocido como doloroso, observó otro alumno que mostraba una humoresca agilidad en medio de aquellos perplejos, reemplazando con una medrosa ironía la melancolía de aquella primera mañana pasada fuera de su casa, con un desayuno muy apresurado y con cierto cuidado por parte de la Abuela Munda al despedirlo. Precisó un compañero muy enjuto, de enjutez mostrada en elegancia más que en prominencias de escuálido, de paradojales ojeras para su niñez. Ojeras y labios morados, revelando el cruce de razas con predominio de más ancestros blancos. El pelo excesivamente negro y apisonado como metal, sin distinguir cada cabello en el casco que lo ceñía, que formaba como una pasta nocturna, como una masa de un mosto fermentado y ennegrecido. Parecía no sentir la sorpresa de los nuevos ecos en el paisaje que avanzaba todavía hacia ellos. En aquel infiernillo, en sus ríos terrenales, parecía tripular simiescamente un témpano que llevase una escarapela desconocida y maldita.

Fibo era el alumno que empuñaba una pluma de hilos de colores, producto único y engendro satánico del barroco carcelario. Terminaba en un punto cruel, afanoso de hundirse en los arenales más blandos del cuerpo. Sus cambios de sitio estaban justificados por la ausencia del libro de lectura. Llegaba a un pupitre, fingiendo el alboroto de una apetencia de saber, subrayaba la necesidad de penetrar en el facistol del otro escriba, y hundía la pluma de tocoloro infernal por la rendija del pupitre anterior, electrizando la glútea por la penetración de aquel punto teñido de la energía del ángel color de uva. En el vecinito de enfrente se polarizaba una simultaneidad ante el ariete rizado con los colores de barbería. Llegaba la sorpresa en punta rasgona, desencuadernando y rompiendo por el dolor, con la respuesta del disimulo marmóreo para que el profesorucho no rompiese aquella natural reabsorción de la energía por la masa del estreno ado-

lescente. Fibo sorprendido por la propia impunidad de sus descargas de *energeia* en la varita arco iris, llegaba a frenetizarse, cambiando de fundamento, hundiendo el punto electroimán, saltando como una rana que leyese órdenes en la lámina de oro del carrete de un electrólito. Así impedía que el ballenato, el monstruo de piel plateada, se adormeciese al resbalar por los líquenes o el abullonamiento del bulbo raquídeo. Un punto acerado le comunicaba las irradiaciones cada vez que la masa recibía un lanzazo de aquel San Jorge simiesco, arrastrado, donde el dragón se metamorfoseaba en el cóncavo candoroso de la glútea.

Conseguida casi la indiferente estabilidad del monstruo, menudearon los rejonazos del látigo tocoloro. Fibo, como un director de orquesta abandonado al éxtasis, saltaba sin preludiar ni observar la curva final de su endemoniado bailete, cambiaba de pupitre con una especializada simultaneidad; al saltar para el nuevo asiento, hundía fulmínea la punta de la pluma, al salto correspondía el rasgado. Y la cara del que recibía el pinchazo seguía fingiendo las formas más clásicas de la atención, repitiendo con abandonado bisbiseo las divisiones silábicas o restallando por la bóveda los sonidos palatales.

Separado del conjunto de la clase, para aprovechar el espacio de la puerta que separaba el aula del comedor, se incrustaba un pupitre babilónico, que se separaba del resto de los alumnos, de sus movimientos corales, oponiendo indiferencia cuando se levantaba turbulenta alguna risotada del conjunto, o sonriéndose con cierto diabolismo infantil, cuando la atención en un moscardón cúprico se posaba en la pizarra cuajada de quebrados mixtos y de cuadros de verbos irregulares ingleses. Fibo extendía una pausa en la enloquecida prodigalidad de sus pinchazos. Se había trazado el asalto mortal de una nueva meta. El que se había sentado en un trono de orgullo, rescatando sus potestades de la ondulante masa coral, se mecía en su indiferencia, como si la distancia que lo separaba de los otros siervos de la escuela, lo amurallase contra la procacidad de la arlequinada pluma. La blanda corpulencia de Enrique Aredo, la lechosa provocación de su piel remataba en un breve mechón arremolinado sobre la frente, lo asemejaba a un pavorreal blanco que tuviese la cresta dorada de un faisán, lo situaba como un desprecio ancestral ante la trigueñez sudada y el desacompasado gesteo de Fibo. Aredo sentado al margen de la clase, con pupitre irisado de lapiceros vidriados, reglas de marfil y compás de plata con sus iniciales, enarbolaba a la menor señal del profesor los textos con encuadernaciones flexibles,

libretas de papel de hilo, extrayéndolos de una maleta tan repujada como el mentón de una pastora de porcelana. Hundido en la masa de la clase por el contrario, Fibo parecía ser el llamado a comunicarle a esa pastosidad la descarga transversal de energía, la vibración que en sucesivas ondas impide los adormecimientos y fermentaciones de la zona liberada de la irradiación central. Ganó una pausa, como un pequeño leopardo en un ramaje inquietante. El profesor, de espaldas a la clase, precisaba en la pizarra las variantes de los verbos irregulares de la conjugación inglesa. Precisó con lentas impulsiones en su silabeo, *freeze, froze, frozen.* Aquella alusión a la nieve pareció enarcar, como en instantánea antítesis, el más frenético y riesgoso diablillo de Fibo. Cauteloso y fulmíneo atravesó la mitad de la clase, favorecido por la lustrada indiferencia de Enrique Aredo, dobló las rodillas con la rapidez de un bailarín en una feria rusa y hundió la pluma chorreante de colores irascibles en la glútea del investido en el trono de la indolencia. Retrocedió con la rapidez de un endemoniado que salta sobre su caballo después de haber cumplido su incomprensible venganza, cuando oyó, crujiendo las vetas de su escandalosa indiferencia, el grito del pinchado, pero como si se entrecruzaran en el mismo galope, el timbre de fin de clase obturó la oquedad abierta por el grito. Las divinidades de la energía y del rayo, encarnadas en la intempestiva llegada del timbre, habían cubierto la retirada de Fibo, dando el aviso para la dispersión y decapitando al instante la cerosa cabeza que había lanzado aquel amargo buche de sonidos.

Las clases de los «primarios» se fueron vaciando sobre un patio donde el olor de hoja limpia por el rocío se mezclaba al de la cocina, con esa suciedad como apisonada que tienen los hornos y las hornillas donde se preparan comidas para multitudes. Fibo había desaparecido, almorzaba en su casa, y las apacibles parejas y grupillos disfrutaban de la mecida ausencia del diablejo con su tenedor y el ascua que avivaba la húmeda trigueñez de su rostro.

Eduardo Mallea

De las catorce alumnas era yo la más horrible

—¡Isolina Navarro! —llamaba la maestra. Me paraba. Era yo. Veintiséis ojos se volvían a mí, malevolentes: aguantaban las risas, se veía que cuchicheaban comentando mi aire. ¡Con qué ironía observaban

el vestido escocés que yo llevaba puesto, mi gran moño, mis ojos abultados en los párpados, la roja melena crespa que se alzaba de mi cabeza como llamarada! Me encontraban ridícula. Sabía que de las catorce alumnas era yo la más horrible, con mis piernas flacas, mi cara en forma de alcuza, algo moteada de pecas doradas y de un vello rubio. Sobre mis cuadernos rosa mi caligrafía era perfecta: perfecto el enlace rumboso de las letras y las grandes guirnaldas de mayúsculas, pues yo deseaba alcanzar en esos rasgos la belleza voluntaria que a mí me estaba en mi propio ser vedada. En mis libros, mi nombre aquí y allá estaba escrito con la letra ojival de los notarios. Una compañera no benigna escribió una vez debajo de mi nombre en la carpeta de botánica, donde yo pegaba las hojas de las plantas (lanceoladas, dentadas, auriculares), tres insultos consonantes: «picuda, crespuda, orejuda»; ante la señorita la acusé, agitada; le dieron una seria penitencia: de espaldas al pizarrón la vi de pie una hora entera. Las demás chicas sofocaban risas. Un gran rubor me subía hasta los ojos. Una gran vergüenza, una tristeza que casi me llevaba al llanto. Corrí a casa a mirarme en el espejo. La gran casa de mi padre estaba llena de claraboyas, de patios con macetas enormes, de vitrinas. Era tan oscura por el constante encierro y las cortinas escarlata de antiguo terciopelo, que había que acostumbrar los ojos para verse en los espejos de los dormitorios. Los espejos de luna cerraban los roperos; eran más altos que yo, me reflejaron con el moño torcido, con la cara inflamada, con el pelo tornasol alzado como un halo de fealdad sobre el rubor de pecosas y lánguidas mejillas. Me fui a llorar sobre mi cama. [...]

En las labores era escrupulosa; escrupulosa en los deberes. Las otras muchachas se burlaban de mi puntualidad, de la limpieza de mis cuadernos San Martín, del orden en que llevaba los problemas hechos. Miraba a las que se copiaban con rigor y más de una insolente me sacó la lengua al notar mi desaprobación y mi disgusto. Yo no copiaba, aprendía bien, repetía las lecciones erguida junto al pizarrón, sintiendo el fuego de las miradas de irrisión lanzadas a mis piernas, donde las medias de lana verde descubrían la palidez de mis rodillas. Sacaba diez, no me felicitaban, llevaba a casa un gran orgullo y la libreta llena de calificaciones excelentes. Papá, gruñendo, aprobaba; lo veo de militar, parado al lado del escritorio de nogal, en el cuarto donde había unos sillones negros, un grabado de la batalla de Ayacucho, una bala de cañón posada sobre los papeles amarillos, un vasito con perlas de cristal para limpiar la pluma y un tintero cuya

alegoría representaba a un infante atacando, en bronce oscuro. [...]

Yo depositaba mi libreta en la caja abierta de conchas de nácar y me iba de visita enfrente, donde el farmacéutico Ribera tenía una hija de mi edad, Luciana. Ella me contaba cruelmente historias de belleza, quizá las solas dignas de un amor perpetuo. Yo la miraba atenta: era preciosa, no iba a ningún colegio, le enseñaba una señorita en su casa ciertas cosas mejores que la geometría y que la botánica: francés, pintura, bordado, lencería. Todo me daba envidia en ella: los regalos del padre, el tinte de su piel, sus ojos grandes, subrayados por pestañas de un largor que los hacía profundos; sus vestidos de seda de Milán, sus misteriosas alusiones al amor, al sexo; sus suspiros al mencionarme nombres de varones, su modo, en fin, que no alarmaba a nadie. Ante las burlas que causaba mi manera de vestirme, el resplandor rojizo de mi pelo, la agudeza violenta de mi cara, me refugié en mi mirada orgullosa, que cortaba. La manejé como un puñal de acero. La hice temer; ante ella reculaban las muchachitas con sus risas pérfidas; iban a criticarme de soslayo, a burlarse detrás de los pilares en el patio de baldosas. Con aquella mirada me abrí paso en la selva de la adolescencia, donde para mí eran todos grifos o yo el grifo que hacía saltar los grifos: me miraban como a un gerifalte, y yo les veía atisbarme los cuellos enhiestos de organdí, mis blusas acampanadas en la manga, que yo no hallaba cómo hacer menos ridículas, como si mi aparición les pareciera delegada para sobresaltar desde no sé qué mundos. Yo me movía entre ellas fría y orgullosa como se desplazaría una estatua; frente a Lidia Boj levanté una sola vez mi mano; luego seguí como antes, imperturbada y arrogante, enhiesta.

Gabriel García Márquez

Acudimos a las ocho de la mañana

De acuerdo con la convocatoria, unos veinte aspirantes acudimos a las ocho de la mañana para el concurso de ingreso. Por fortuna no era un examen escrito, sino que había tres maestros que nos llamaban en el orden en que nos habíamos inscrito la semana anterior, y hacían un examen sumario de acuerdo con nuestros certificados de estudios anteriores. Yo era el único que no los tenía, por falta de tiempo para pedirlos al Montessori y a la escuela primaria de Aracataca, y mi madre pensaba que no sería admitido sin papeles. Pero decidí hacer-

me el loco. Uno de los maestros me sacó de la fila cuando le confesé que no los tenía, pero otro se hizo cargo de mi suerte y me llevó a su oficina para examinarme sin requisito previo. Me preguntó qué cantidad era una gruesa, cuántos años eran un lustro y un milenio, me hizo repetir las capitales de los departamentos, los principales ríos nacionales y los países limítrofes. Todo me pareció de rutina hasta que me preguntó qué libros había leído. Le llamó la atención que citara tantos y tan variados a mi edad, y que hubiera leído *Las mil y una noches*, en una edición para adultos en la que no se habían suprimido algunos de los episodios escabrosos que escandalizaban al padre Angarita. Me sorprendió saber que era un libro importante, pues siempre había pensado que los adultos serios no podían creer que salieran genios de las botellas o que las puertas se abrieran al conjuro de las palabras. Los aspirantes que habían pasado antes de mí no habían tardado más de un cuarto de hora cada uno, admitidos o rechazados, y yo estuve más de media hora conversando con el maestro sobre toda clase de temas. Revisamos juntos un estante de libros apretujados detrás de su escritorio, en el que se distinguía por su número y esplendor *El tesoro de la juventud*, del cual había oído hablar, pero el maestro me convenció de que a mi edad era más útil el *Quijote*. No lo encontró en la biblioteca, pero me prometió prestármelo más tarde. Al cabo de media hora de comentarios rápidos sobre *Simbad el Marino* o *Robinson Crusoe*, me acompañó hasta la salida sin decirme si estaba admitido. Pensé que no, por supuesto, pero en la terraza me despidió con un apretón de mano hasta el lunes a las ocho de la mañana, para matricularme en el curso superior de la escuela primaria: el cuarto año.

Era el director general. Se llamaba Juan Ventura Casalins y lo recuerdo como a un amigo de la infancia, sin nada de la imagen terrorífica que se tenía de los maestros de la época. Su virtud inolvidable era tratarnos a todos como adultos iguales, aunque todavía me parece que se ocupaba de mí con una atención particular. En las clases solía hacerme más preguntas que a los otros, y me ayudaba para que mis respuestas fueran certeras y fáciles. Me permitía llevarme los libros de la biblioteca escolar para leerlos en casa. Dos de ellos, *La isla del tesoro* y *El conde de Montecristo*, fueron mi droga feliz en aquellos años pedregosos. Los devoraba letra por letra con la ansiedad de saber qué pasaba en la línea siguiente y al mismo tiempo con la ansiedad de no saberlo para no romper el encanto. Con ellos, como con *Las mil y una noches*, aprendí para no olvidarlo nunca que

sólo deberían leerse los libros que nos fuerzan a releerlos.

En cambio, mi lectura del *Quijote* me mereció siempre un capítulo aparte, porque no me causó la conmoción prevista por el maestro Casalins. Me aburrían las peroratas sabias del caballero andante y no me hacían la menor gracia las burradas del escudero, hasta el extremo de pensar que no era el mismo libro de que tanto se hablaba. Sin embargo, me dije que un maestro tan sabio como el nuestro no podía equivocarse, y me esforcé por tragármelo como un purgante a cucharadas. Hice otras tentativas en el bachillerato, donde tuve que estudiarlo como tarea obligatoria, y lo aborrecí sin remedio, hasta que un amigo me aconsejó que lo pusiera en la repisa del inodoro y tratara de leerlo mientras cumplía con mis deberes cotidianos. Sólo así lo descubrí, como una deflagración, y lo gocé al derecho y al revés hasta recitar de memoria episodios enteros.

Aquella escuela providencial me dejó además recuerdos históricos de una ciudad y una época irrecuperables. Era la única casa en la cúspide de una colina verde, desde cuya terraza se divisaban los dos extremos del mundo. A la izquierda, el barrio del Prado, el más distinguido y caro, que desde la primera visión me pareció una copia fiel del gallinero electrificado de la United Fruit Company. No era casual: lo estaba construyendo una empresa de urbanistas norteamericanos con sus gustos y normas y precios importados, y era una atracción turística infalible para el resto del país. A la derecha, en cambio, el arrabal polvoriento de nuestro Barrio Abajo, con las calles de polvo ardiente y las casas de bahareque con techos de palma que nos recordaban a toda hora que éramos nada más que mortales de carne y hueso. Por fortuna, desde la terraza de la escuela teníamos una visión panorámica del futuro; el delta histórico del río Magdalena, que es uno de los más grandes del mundo, y el piélago gris de las Bocas de Ceniza. [...]

Mi gran frustración fue por la edad en que llegué a Sucre. Me faltaban todavía tres meses para cruzar la línea fatídica de los trece años, y en la casa ya no me soportaban como niño pero tampoco me reconocían como adulto, y en aquel limbo de la edad terminé por ser el único de los hermanos que no aprendió a nadar. No sabían si sentarme a la mesa de los pequeños o a la de los grandes. Las mujeres del servicio ya no se cambiaban la ropa delante de mí ni con las luces apagadas, pero una de ellas durmió desnuda varias veces en mi cama sin perturbarme el sueño. No había tenido tiempo de saciarme con aquel desafuero del libre albedrío cuando tuve que volver a Barran-

quilla en enero del año siguiente para empezar el bachillerato, porque en Sucre no había un colegio bastante para las calificaciones excelentes del maestro Casalins.

Al cabo de largas discusiones y consultas, con muy escasa participación mía, mis padres se decidieron por el colegio San José de la Compañía de Jesús en Barranquilla. No me explico de dónde sacaron tantos recursos en tan pocos meses, si la farmacia y el consultorio homeopático estaban todavía por verse. Mi madre dio siempre una razón que no requería pruebas: «Dios es muy grande». En los gastos de la mudanza debía de estar prevista la instalación y el sostén de la familia, pero no mis avíos de colegio. De no tener sino un par de zapatos rotos y una muda de ropa que usaba mientras me lavaban la otra, mi madre me equipó de ropa nueva con un baúl del tamaño de un catafalco sin prever que en seis meses ya habría crecido una cuarta. Fue también ella quien decidió por su cuenta que empezara a usar los pantalones largos, contra la disposición social acatada por mi padre de que no podían llevarse mientras no se empezara a cambiar de voz.

La verdad es que en las discusiones sobre la educación de cada hijo me sostuvo siempre la ilusión de que papá, en una de sus rabias homéricas, decretara que ninguno de nosotros volviera al colegio. No era imposible. Él mismo fue un autodidacta por la fuerza mayor de su pobreza, y su padre estaba inspirado por la moral de acero de don Fernando VII, que proclamaba la enseñanza individual en casa para preservar la integridad de la familia. Yo le temía al colegio como a un calabozo, me espantaba la sola idea de vivir sometido al régimen de una campana, pero también era mi única posibilidad de gozar de mi vida libre desde los trece años, en buenas relaciones con la familia, pero lejos de su orden, de su entusiasmo demográfico, de sus días azarosos, y leyendo sin tomar aliento hasta donde me alcanzara la luz.

Mi único argumento contra el colegio San José, uno de los más exigentes y costosos del Caribe, era su disciplina marcial, pero mi madre me paró con un alfil: «Allí se hacen los gobernadores». Cuando ya no hubo retroceso posible, mi padre se lavó las manos:

—Conste que yo no dije ni que sí ni que no.

Él habría preferido el colegio Americano para que aprendiera inglés, pero mi madre lo descartó con la razón viciada de que era un cubil de luteranos. Hoy tengo que admitir en honor de mi padre que una de las fallas de mi vida de escritor ha sido no hablar inglés. [...]

El colegio San José estaba a unas seis cuadras, en un parque de almendros donde había estado el cementerio más antiguo de la ciudad y todavía se encontraban huesecillos sueltos y piltrafas de ropa muerta a ras del empedrado. El día en que entré al patio principal había una ceremonia del primer año, con el uniforme dominical de pantalones blancos y saco de paño azul, y no pude reprimir el terror de que ellos supieran todo lo que yo ignoraba. Pero pronto me di cuenta de que estaban tan crudos y asustados como yo, ante las incertidumbres del porvenir.

Un fantasma personal fue el hermano Pedro Reyes, prefecto de la división elemental, quien se empeñó en convencer a los superiores del colegio de que yo no estaba preparado para el bachillerato. Se convirtió en una conduerma que me salía al paso en los lugares menos pensados, y me hacía exámenes instantáneos con emboscadas diabólicas: «¿Crees que Dios puede hacer una piedra tan pesada que no la pueda cargar?», me preguntaba sin tiempo para pensar. O esta otra trampa maldita: «Si le pusiéramos al ecuador un cinturón de oro de cincuenta centímetros de espesor, ¿cuánto aumentaría el peso de la Tierra?» No atinaba ni en una, aunque supiera las respuestas, porque la lengua me trastabillaba de pavor como mi primer día en el teléfono. Era un terror fundado porque el hermano Reyes tenía razón. Yo no estaba preparado para el bachillerato, pero no podía renunciar a la suerte de que me hubieran recibido sin examen. Temblaba sólo de verlo. Algunos compañeros le daban interpretaciones maliciosas al asedio pero no tuve motivos para pensarlo. Además, la conciencia me ayudaba porque mi primer examen oral lo aprobé sin oposición cuando recité como agua corriente a fray Luis de León y dibujé en el tablero con tizas de colores un Cristo que parecía en carne viva. El tribunal quedó tan complacido que se olvidó también de la aritmética y la historia patria.

El problema con el hermano Reyes se arregló porque en Semana Santa necesitó unos dibujos para su clase de botánica y se los hice sin parpadear. No sólo desistió de su asedio, sino que a veces se entretenía en los recreos para enseñarme las respuestas bien fundadas de las preguntas que no había podido contestarle, o de algunas más raras que luego aparecían como por casualidad en los exámenes siguientes de mi primer año. Sin embargo, cada vez que me encontraba en grupo se burlaba muerto de risa de que yo era el único de tercero elemental al que le iba bien en el bachillerato. Hoy me doy cuenta de que tenía razón. Sobre todo por la ortografía, que fue mi

calvario a todo lo largo de mis estudios y sigue asustando a los correctores de mis originales. Los más benévolos se consuelan con creer que son torpezas de mecanógrafo.

Un alivio en mis sobresaltos fue el nombramiento del pintor y escritor Héctor Rojas Herazo en la cátedra de dibujo. Debía tener unos veinte años. Entró en el aula acompañado por el padre prefecto, y su saludo resonó como un portazo en el bochorno de las tres de la tarde. Tenía la belleza y la elegancia fácil de un artista de cine, con una chaqueta de pelo de camello, muy ceñida, y con botones dorados, chaleco de fantasía y una corbata de seda estampada. Pero lo más insólito era el sombrero melón, con treinta grados a la sombra. Era tan alto como el dintel, de modo que debía inclinarse para dibujar en el tablero. A su lado, el padre prefecto parecía abandonado de la mano de Dios.

De entrada se vio que no tenía método ni paciencia para la enseñanza, pero su humor malicioso nos mantenía en vilo, como nos asombraban los dibujos magistrales que pintaba en el tablero con tizas de colores. No duró más de tres meses en la cátedra, nunca supimos por qué, pero era presumible que su pedagogía mundana no se compadeciera con el orden mental de la Compañía de Jesús.

Desde mis comienzos en el colegio gané fama de poeta, primero por la facilidad con que me aprendía de memoria y recitaba a voz en cuello los poemas de clásicos y románticos españoles de los libros de texto, y después por las sátiras en versos rimados que dedicaba a mis compañeros de clase en la revista del colegio. No los habría escrito o les habría prestado un poco más de atención si hubiera imaginado que iban a merecer la gloria de la letra impresa. Pues en realidad eran sátiras amables que circulaban en papelitos furtivos en las aulas soporíferas de las dos de la tarde. El padre Luis Posada —prefecto de la segunda división— capturó uno, lo leyó con ceño adusto y me soltó la reprimenda de rigor, pero se lo guardó en el bolsillo. El padre Arturo Mejía me citó entonces en su oficina para proponerme que las sátiras decomisadas se publicaran en la revista *Juventud*, órgano oficial de los alumnos del colegio. Mi reacción inmediata fue un retortijón de sorpresa, vergüenza y felicidad, que resolví con un rechazo nada convincente: —Son bobadas mías.

El padre Mejía tomó nota de la respuesta, y publicó los versos con ese título —«Bobadas mías»— y con la firma de *Gabito*, en el número siguiente de la revista y con la autorización de las víctimas. En dos números sucesivos tuve que publicar otra serie a petición de

mis compañeros de clase. De modo que esos versos infantiles —quiéralo o no— son en rigor mi *opera prima*.

El vicio de leer lo que me cayera en las manos ocupaba mi tiempo libre y casi todo el de las clases. Podía recitar poemas completos del repertorio popular que entonces eran de uso corriente en Colombia, y los más hermosos del Siglo de Oro y el romanticismo españoles, muchos de ellos aprendidos en los mismos textos del colegio. Estos conocimientos extemporáneos a mi edad exasperaban a los maestros, pues cada vez que me hacían en clase alguna pregunta mortal les contestaba con una cita literaria o alguna idea libresca que ellos no estaban en condiciones de evaluar. El padre Mejía lo dijo: «Es un niño redicho», por no decir insoportable. Nunca tuve que forzar la memoria, pues los poemas y algunos trozos de buena prosa clásica se me quedaban grabados en tres o cuatro relecturas. El primer estilógrafo que tuve se lo gané al padre prefecto porque le recité sin tropiezos las cincuenta y siete décimas de «El vértigo» de Gaspar Núñez de Arce.

Leía en las clases, con el libro abierto sobre las rodillas, y con tal descaro que mi impunidad sólo parecía posible por la complicidad de los maestros. Lo único que no logré con mis marrullerías bien rimadas fue que me perdonaran la misa diaria a las siete de la mañana. Además de escribir mis bobadas, hacía de solista en el coro, dibujaba caricaturas de burla, recitaba poemas en las sesiones solemnes, y tantas cosas más fuera de horas y lugar, que nadie entendía a qué horas estudiaba. La razón era la más simple: no estudiaba.

En medio de tanto dinamismo superfluo, todavía no entiendo por qué los maestros se ocupaban tanto de mí sin dar voces de escándalo por mi mala ortografía. Al contrario de mi madre, que le escondía a papá algunas de mis cartas para mantenerlo vivo, y otras me las devolvía corregidas y a veces con sus parabienes por ciertos progresos gramaticales y el buen uso de las palabras. Pero al cabo de dos años no hubo mejoras a la vista. Hoy mi problema sigue siendo el mismo: nunca pude entender por qué se admiten letras mudas o dos letras distintas con el mismo sonido, y tantas otras normas ociosas.

Piedad Bonnet

Los estudiantes

Los saludables, los briosos estudiantes de espléndidas sonrisas
y mejillas felposas, los que encienden un sueño en otro sueño
y respiran su aire como recién nacidos,
los que buscan rincones para mejor amarse
y dulcemente eternos juegan ruleta rusa,
los estudiantes ávidos y locos y fervientes,
los de los tiernos cuellos listos frente a la espada,
las muchachas que exhiben sus muslos soleados
sus pechos, sus ombligos
perfectos e inocentes como oscuras corolas,
qué se hacen,
mañana qué se hicieron,
bajo qué piel
callosa, triste, mustia,
sobreviven.

CAPÍTULO 3

«Ésta es nuestra casa»

Los escenarios escolares

Carlos León

EN LA ESCUELA

La escuela tenía una curiosa apariencia de fundo. Contribuían a crear esa impresión el campo apenas detenido junto a los muros, una acequia presurosa y obstinada pegada a su costado norte y los niños oscuros que la poblaban. Al lado de esos niños, descendientes de inquilinos inmemoriales, estaban los otros, aquellos cuyas ausencias y enfermedades solían preocupar a la directora.

En torno de esta última giraba el clima psicológico de la escuela. Poseía figura y mentalidad victorianas y daba la sensación de estar posando siempre para los fotógrafos.

En aquella época, las mujeres solteras de alguna edad seleccionaban entre sus conocidos de juventud un mozo fallecido preferentemente de muerte violenta —siempre quedaba la posibilidad del suicidio sentimental—, radicaban en él toda su ternura estéril y vivían y morían acariciando su recuerdo. De este modo, su estado civil adquiría un matiz romántico y resultaba voluntariamente elegido. El difunto servía de bastón y de coraza.

Nuestra directora prescindía de tales nimiedades. Nunca se le conoció novio, amante, ni siquiera recuerdos. Se limitaba a regir la escuela con mano de hierro y a hacerse temer de alumnos y profesoras.

Cada mañana nos congregaba en el patio principal. Después de una espera prudente aparecía en medio de las profesoras. Para afirmar su autodominio —pese a todo constituíamos su público— daba la sensación de no vernos, de estar muy preocupada de alguna observación formulada por una profesora. De pronto nos descubría y comenzaba a presidir las oraciones cotidianas. Oficiaba de solista: «Dios te salve, María; llena eres de gracia». Sus manos blancas regordetas y cuidadas, su manera de juntarlas separando graciosamente los dedos meñiques, le conferían un aire episcopal. El coro formado por las voces infantiles entraba oportunamente: «Santa María, madre de Dios...»

Al final de la ceremonia, una ayudante vestida de negro, de rostro marchito y furtivo, susurraba en su oído una frase misteriosa y la directora fruncía el ceño como asintiendo. Este acto repetido cada mañana ponía fin a la representación.

Casi nada recuerdo de mis condiscípulos. En cambio, de los seres adultos de esa época tengo clara memoria. Aparte de mi profesora, bondadosa, pálida y sin gracia, novia perenne de un oficial de policía, al que vivía perdonando sus calaveradas, Santito, misterioso ser diminuto, gnomo nacional de gran cabeza triste, de rostro tan frustrado como su tamaño, aparece claro en mis recuerdos. Por las tardes aseaba la escuela; el resto del tiempo hacía de recadero del pueblo. La manía epistolar de los enamorados encontraba un correo seguro en la persona de Santito; los maridos de conciencia intranquila lo utilizaban para enviar a sus casas, indistintamente, una cesta de frutas o una excusa. Solía vérsele en la estación portando el equipaje de los viajeros; y, casi en seguida, retrepado en el pescante de un coche de alquiler solicitado por algún vecino rumboso e impaciente. En sus días de mayor ajetreo daba la sensación de repetirse. Vivía al fondo de la calle Principal, más allá de los álamos viejos, en una casa de formas nobles y anticuadas, habitada por dos viejecitas temblorosas, finas y pueriles, vestidas a la usanza de cincuenta años atrás, que le habían criado.

Santito no bebía, no fumaba; carecía de pasiones adultas; se limitaba a realizar sus menesteres y a odiar con impotente odio de niño envejecido a los niños de la escuela, cuyas burlas y sarcasmos lo precedían como un himno.

Mientras permanecía en la escuela se establecía entre él y nosotros una tregua tácita. Empero, si lo encontrábamos en la calle, de cada garganta infantil salía un grito casi automático: «Santito...,

Santito..., anda a mendigar pa tus patronas». Dicha frase, siempre la misma, tenía la insistencia de un pregón; formaba parte de los ruidos cotidianos del pueblo. Santito se estremecía como si la frase lo tocara físicamente, respondía una injuria soez y proseguía su obstinado caminar en busca de las monedas miserables que constituían su sustento.

Enrique González Martínez

Romance de José Conde

Pueblo que distas del mar
y apartado estás del monte,
balanza en que se hallan fijos
los dos platillos de cobre,
a cinco gramos por cada
una de las dos regiones.
Río que lame tus pies,
río que la arena sorbe;
nube que cruza tu cielo,
nube enredada en la torre.
¡Ay, que el viento se ha llevado
las campanadas de bronce!
Viento que vino y se fue
sin que sepamos adónde.

Hay en tu plaza una escuela
—aula, patio, corredores—,
y en los días ya lejanos
de mil novecientos once,
mientras que los niños juegan
en el descanso, se oyen
tímida voz que pregunta
y otra grave que responde.
¡Ay, que el viento se ha llevado
por el espacio las voces!
Viento que vino y se fue
sin que sepamos adónde...

Salvador Novo

La escuela

A horas exactas
nos levantan, nos peinan, nos mandan a la escuela.

Vienen los muchachos de todas partes,
gritan y se atropellan en el patio
y luego suena una campana
y desfilamos, callados, hacia los salones.

Cada dos tienen un lugar
y con lápices de todos tamaños
escribimos lo que nos dicta el profesor
o pasamos al pizarrón.

El profesor no me quiere;
ve con malos ojos mi ropa fina
y que tengo todos los libros.

No sabe que se los daría todos a los muchachos
por jugar como ellos, sin este
pudor extraño que me hace sentir tan inferior
cuando a la hora del recreo les huyo,
cuando corro, al salir de la escuela,
hacia mi casa, hacia mi madre.

Jorge Edwards

El señor Ramírez tuvo que guardarse su mal humor

El señor Ramírez tuvo que guardarse su mal humor. Describió un semicírculo en el aire con la tiza, como un director de orquesta, y continuó la clase. Francisco se instaló en su pupitre y contempló, abstraído, el pizarrón repleto de figuras. Le dieron ganas de hojear los libros del padre Fernández, pero habría sido pretexto ideal para que el señor Ramírez diera rienda suelta a su irritación.

—¿Todos han entendido? —preguntó el señor Ramírez.

—Repito: ¿han entendido todos?

Murmullos y movimientos afirmativos de cabeza. Los jeroglíficos empezaron a ser borrados. Boquete sombrío de la ventana del frente, detrás de la doble hilera de ropa y de los maceteros de cardenales rosados y rojos. El sol otoñal iluminaba los barrotes renegridos.

—Usted, pídale a algún compañero que le explique. No puedo atrasar la clase por causa de un solo alumno. Por mucho que haya estado en conciliábulos con el padre Fernández...

Un dedo le aguijoneó las costillas:

—¡Te está hablando el profesor!

—¡Sí, señor! —exclamó Francisco, alcanzando a levantarse a medias sobre su pupitre.

El señor Ramírez dio la espalda a la sala y el pizarrón se fue llenando de nuevas figuras. Inmovilidad aletargada del balcón. Por instantes, el sol desaparecía detrás de una nube. Francisco recordó el aire encerrado de la pieza de la señora Cristina; el balón de oxígeno; el rostro demacrado, consumido por la enfermedad, que se perdía entre los grandes almohadones, como una cabeza de pájaro; la casa recorrida por movimientos rápidos, rumores apagados, llena de un clima entre eficaz y solemne. Segundo aguijón de las costillas. Con alarma, Francisco miró al profesor, pero éste, junto al pizarrón y con el rostro vuelto hacia la clase, comentaba unas cifras. Un mechón de pelo negro le caía sobre la frente: expresión palpable de su reticencia para rezar el padrenuestro antes de iniciar las lecciones. El mechón se avenía también con la portada del libro que Francisco le había visto una vez debajo de sus inseparables periódicos, retorcido y grasiento: *El socialismo* y *la literatura.*

Francisco, entonces, descubrió que Vidal le hacía toda suerte de morisquetas desde su banco. Alzó las cejas, en señal de interrogación. Vidal mostró un papelito y lo empezó a doblar con grandes precauciones. En contraste con su pachorra habitual, se veía excitado, víctima de un reprimido frenesí.

El papel decía que durante el recreo había conseguido deslizarse hasta la portería y llamar por teléfono a Inés. «Nos espera esta tarde como a las cinco y media.» Esta última frase le produjo palpitaciones a Francisco. Desde que Vidal se la señaló en la nave lateral de la iglesia, un día de misa y comunión de primer viernes, Inés ocupaba una parte de sus ensoñaciones. Otra parte la ocupaba Irene. Y de los rostros de Irene y de Inés partía una cadena interminable, entrelazada y en perpetua transformación. El rostro de una mujer vista en la

calle, a la distancia, podía proyectarse con algunos rasgos de Inés en el ensueño de Francisco —la nariz aguileña, por ejemplo, o el velo negro de la misa—, y con el torso desnudo de Irene y el hálito de la boca que le merodeaba las orejas.

Pero costaba pasar del terreno seguro, controlable, de la imaginación, a un encuentro real. Pálido, Francisco alzó la vista y encontró la mirada triunfante de su compañero. Escribió con pulso tembloroso: «Lo malo es que mi abuela está enferma. No creo que pueda ir». «Muy enferma» corrigió, y envió el papel de vuelta. Vidal leyó y alzó la cabeza. Indignado.

—¡Qué importa!

Algunos vecinos se volvieron con extrañeza.

—¡Señor Vidal! —vociferó el profesor—. ¡Señor González! —sus palabras silbaron, con malintencionada ironía—: Hace rato que los noto sumamente inquietos. Les ruego elegir entre la calma o el abandono de la sala.

Un alumno corpulento, lleno de gruesas espinillas, se volvió en dirección a Vidal y rio en forma estentórea. Le decían «el burro Suárez».

—¡Señor Suárez! Me permito sugerirle la misma alternativa que acabo de proponer a los señores González y Vidal.

Suárez, sin comprender una sílaba, agachó la cabeza y guardó silencio. Durante un rato, se habría escuchado el vuelo de una mosca. El señor Ramírez miró con suspicacia y poco disimulada hostilidad a Vidal, a Suárez y a Francisco, se alisó el mechón de pelo negro y prosiguió la explicación de los signos que cubrían la pizarra.

Con la cercanía de la hora de salida, el clima del colegio cambiaba. Había un aire agitado y festivo: portazos; carcajadas que no se contenían dentro de los muros de una sala de clase y retumbaban por los patios; carreras esporádicas por las galerías. Las amarras de la disciplina se relajaban y distendían, a punto de cortarse. Pero soportaban el embate final. El colegio era un torrente en ebullición, encabritado, contenido a duras penas en sus diques.

Con el avance de la tarde, se multiplicaban los ruidos de la calle: gritos, crujidos de carretelas, bocinas, herraduras lanzadas a un trote nervioso sobre el pavimento. En la sala de clase había una agitación sorda. Movimientos inquietos de los pies. Proyectiles de papel que volaban de un extremo a otro. Risas sofocadas. Encima del patio, las nubes se ponían en marcha, rumbo a la Cordillera de la Costa.

Un resplandor con ribetes dorados iluminaba los vidrios del balcón abierto, detrás de la ropa blanca, mientras los cardenales y el hilo que sostenía la ropa temblaban bajo el impacto de la brisa.

—¡Suficiente por hoy! —exclamó el señor Ramírez, arrojando el pedazo de tiza al canasto de papeles.

El murmullo de la clase subió de punto, contenido siempre con un resto de temor a la autoridad. Algunas cabezas se volvieron para mirar un avión que se desprendía de las nubes y rozaba el techo del frente con lentitud, pequeño y lejano. El señor Ramírez reunía sus papeles, periódicos y libros. ¿Cómo sería para él ese viernes en la tarde? Calles con los adoquines abiertos, radios chillonas, librerías de mala muerte. Posiblemente la aglomeración, el olor ácido, el humo espeso de un bar. Posiblemente una casa de un piso, con muchos flecos, paragüeros, papeles carcomidos, esplendores pasados, vidrios suplantados por cartones, el dibujo de un amigo aficionado a la pintura sujeto con chinches a la pared, y un camastro irregular, hundido en el centro. El chirriar de una radio le destrozaría los nervios. Hacinamiento de libros baratos. *El socialismo* y *la literatura*.

El timbre eléctrico rasgó el aire de comienzos de crepúsculo con prolongada estridencia. Repitió su llamada tres veces, saliendo de todos los ángulos, mientras la muchedumbre de alumnos se lanzaba a las salas de estudio y se despojaba apresuradamente de los overoles, entre nubarrones de polvo.

—¿Tenís peineta que me prestes?

De un estuche impecable, José Casas sacó una peineta de carey. Francisco la cogió con algo de asco. Se veía limpia, perfecta, pero era su misma pulcritud lo que daba asco. José Casas siempre bien peinado, con una onda ligera sobre la frente. ¿Para quién? Daba asco la inutilidad de su limpieza, su cuidado físico; daba una impresión viciosa. Mientras Francisco se peinaba apresuradamente, con pulso inseguro, Casas tenía una expresión neutra, recogida, como si esos preparativos escaparan por completo de su mundo. Ni siquiera se concedía el derecho de preguntar. «Vidal me lleva a casa de Inés: esa cabrita que se divisa siempre en la iglesia» pensó decir Francisco pero adivinó el abismo de silencio inerte en que se hundiría Casas y no dijo nada. Se contentó con arreglarse la corbata, pensando que no podría disimular la mancha de tinta del cuello de su camisa.

La lista de castigados fue breve. Después sonó la campanilla del prefecto de división.

—¡Vamos! —le gritó Vidal.

Casas, que había sorprendido ese grito, bajó la cabeza al encontrar la mirada de Francisco. Francisco salió dando empujones, lleno de súbitas energías.

Los alumnos se apelotonaban junto a la puerta principal. Algunos daban brincos para tener una visión anticipada de la calle. Desde la portería, el hermano Carrete, un español rubicundo, contemplaba sonriendo el espectáculo, con las manos redondas cruzadas sobre la barriga. A veces contestaba una pregunta o hacía una broma al pasar. Bajo las guirnaldas del muro opuesto a la puerta, entre los muestrarios con las listas de dignidades anotadas por la caligrafía escrupulosa del hermano Carrete, el retrato adusto de San Ignacio. «Después de haber conocido los rigores de la guerra y de la soldadesca brutal, entregó su vida a Cristo» decía el hermano en sus clases a las preparatorias. Y en labios del padre Fernández, la historia cambiaba de sentido: «Dominar el yo a través de la aceptación de una disciplina consentida por todos: sabiduría suprema. Y única forma de luchar con armas eficaces por la eterna verdad. La exaltación del ego, fuente de todos los extravíos...»

A. M. D. G. ¿Qué significaba, exactamente?

—Adiós —dijo el hermano Carrete, levantando un brazo con un gesto cordial.

Ana Mairena

Los Extraordinarios

Todo empezó aquel día en que hubo un gran revuelo en el poblado de Aquismón. ¿Qué edad tendría él en aquella fecha? Probablemente no más de seis años.

Arribaron, a tan olvidado lugar, unos señorones enchamarrados, con todo el aire oficioso de empleados de gobierno. Inmediatamente procedieron a reunir a todos los hombres, padres de familia, y les hablaron sobre la necesidad de edificar una escuela rural. Los ejidatarios, y entre ellos el padre de Jacinto, sabían que las escuelas se edificaban a la vera de las carreteras, para ser bien vistas por los que pasaban en coches a toda velocidad. Pero, todo podía ocurrir que hasta el olvidado Aquismón llegase a gozar de tal maravilla; porque maravilla era para todos una escuela. Se escuchó con atención y respeto la promesa halagüeña de que muy pronto les serían enviados

materiales de construcción y un maestro.

Inútil resulta decir que los tales materiales jamás llegaron a Aquismón. Del paso de los enchamarrados, únicamente quedó un solar en que marcaron, con polvo de cal, un rectángulo y se fueron para jamás volver.

Pasaron semanas y la inquietud que aquellos señores dejaron a su paso por Aquismón, germinó. Una mañana don Chendo partió con sus burros selva adentro y, tras de él, media docena de padres de familia que abandonaron sus labores. Regresaron con los burros cargados de morillos bien pulidos. Para la anochecida todo el pueblo y, entre ellos, el pequeño Jacinto, estuvieron acarreando ramajes frondosos de palapas y tercios bien apretados de jarillas. Ninguno rehusó sus musculosos o débiles brazos para contribuir a levantar aquella obra de maravilla.

Al final del decimosexto día todos los habitantes, con Jacinto a la cabeza y en primera línea, admiraron con amor emocionado su obra.

Era el jacal más bello y amplio del poblado, el más alto también y sus paredes no eran las paredes de troncos y jarillas espaciadas que exhibían el resto de los jacales, transparentando sus interiores humildes. No, sus paredes habían sido cuidadosamente enjarradas con lodo fresco mezclado al pasojo de oro de los burros. Fue este brillo el que hirió con su luz dorada los ojos de Jacinto. Ya antes, cuando había metido sus manecitas, junto a las poderosas y toscas de los hombres amasando el barro, había advertido su luz. Al amasar se amasaba el propio brillo del sol, tal si el sol también hubiese querido tomar parte en aquella fabulosa mezcla.

De esto, sin duda, concluyó Jacinto, que la escuelita rural había sido dotada con un brillo solar que matizaba, en fuego líquido, sus oscuras paredes iguales.

Y, en verdad, que no había otra razón tan valedera para explicar su misterioso brillo. Y no paraba en esto la maravilla, también era de admirar la ventana grande; pues ningún jacal gozaba de ventanas y fue la primera que contemplaron sus ojos infantiles.

Transcurrieron los días, las semanas y los meses. A mañana y tarde, hombres y mujeres rondaban la obra de sus manos y tras ellos Jacinto y el resto de los niños de la ranchería, contagiados por el entusiasmo de los mayores.

Desde que el piso de tierra quedó definitivamente apisonado, nadie, ni los más traviesos, entre los niños, osó penetrar en el sagrado recinto.

Y se escurrió inexorablemente el tiempo. Los hombres viejos de Aquismón hablaron a medias, dejando entrever que las cosas del gobierno marchaban con parsimonia. Sólo que cada crepúsculo fueron menos los que iban a contemplar la hermosa obra, hasta que no quedó otro para admirarla, que el propio y diminuto Jacinto.

A pesar de ello, el respeto subsistió. De vez en cuando una de las viejas mujeres cedía su olla resquebrajada y ahumada en la que, por años, había cocido diariamente el nixtamal, para que otra vecina suya trasplantase un nuevo y lindo geranio y muy pronto hubo muchas y muy bellas flores frente a la escuelita frustrada.

Jacinto tomó por obligación, y sin que nadie se lo ordenase, el acarrear dos botes de agua para regar, todas las tardes, las preciosas plantas. Pero el maestro no llegó.

Pasadas las presentaciones de rigor y éstas realizadas de manera muy informal por Enrique y, a la par, recibidas por los muchachos presentes, Jacinto se atrevió a preguntar:

—¿Por qué los Extraordinarios?

Una avalancha de carcajadas acogió la ingenuidad natural de su pregunta y esto lo hirió. Si algo no podía soportar, era no entender la razón de una carcajada y siempre acababa por pensar que se estaban burlando de él.

—¿Los Extraordinarios? Manito, todos los que aquí ves y Enrique ha tenido el grandísimo honor de presentarte, somos unas abracadabrantes señoras lumbreras, orgullo de la Patria, prez de nuestra Señora Universidad Nacional Autónoma; pues siempre estamos en trance de sufrir exámenes extraordinarios. ¡No somos de la camada imbécil de los macheteros!

Ahora Jacinto rio tan estentóreamente como los otros. No comprendió todo lo que le había dicho aquel «güero», como tampoco entendió mucho de lo que se pronunció allí aquella noche memorable.

Y cómo saltaban los temas de una boca juvenil a otra, atropellados y sin sentido. Lo mismo hablaban de rugby, una palabra nueva para Jacinto, que de alguna materia especialmente difícil. También de métodos, no muy ortodoxos, para pasar exámenes de panzazo.

Y cómo fueron particularmente crueles para analizar a los maestros y mostrarlos al desnudo, con todas sus debilidades, reales o inventadas y, de algunos, la suciedad de sus vidas privadas. Nadie escapó al escalpelo de aquellas lenguas ágiles y mordaces: compañeros, compañeras y catedráticos.

Por lo demás, nadie se mostraba demasiado apurado por estudiar. Tampoco supo Jacinto, aquella primera noche, el verdadero nombre de todos ellos. Se llamaban por apodos, exactamente igual a lo que ocurría en los bajos fondos que Jacinto había conocido.

El Chueco, tirado panza arriba en el camastro del rincón y el único que no le había sido presentado, ni había mostrado interés por su entrada, parecía ser el único que allí estudiaba diligentemente; pero momentos después, Jacinto descubrió que lo que leía no era otra cosa que una revista «de monitos». Cuando terminó de hacerlo, se les unió.

El *Güero* era el que más despotricaba y de vez en cuando, los otros le arrojaban, como el peor de los insultos, un: ¡No me diga, mi diputado!

Jacinto advirtió, bien pronto, que Enrique observaba a todos risueño, pero un poco apartado. Se despegaba del resto, como una gota de aceite sobre agua. Sin embargo, se veía que lo querían bien. Nunca lo hicieron víctima de bromas pesadas ni de epítetos.

Y cómo, desde el primer momento, el que llamaban el *Negro* Crispín logró inmediatamente ascendencia sobre él, sobre Jacinto. Ascendencia de la cual aún no podía librarse. Orejón, encorvado y con un par de lentes que refractaban la luz amarillenta del único foco desnudo con que contaba la habitación, se imponía de manera extraña a sus compañeros. Hablaba poco y lento, como al acecho de las marejadas de palabras y entonces encajaba cuidadosamente las suyas. Uno de ellos, el *Tripero,* lo llamó varias veces, esa noche, mi líder. Estudiaba leyes, por lo que Jacinto pudo colegir; pero se interesaba por algo que él llamaba, solemnemente, «problemas sociales».

Hubo un momento en que Jacinto tomó parte en la conversación. Con cuánto orgullo recordaba ahora su breve intervención. Se lanzó a ella de cabeza, por no quedarse atrás. Antes estuvo amasando las frases, frases eco de otras oídas aquí y allá y cuyo sentido no penetraba del todo; pero que siempre le habían sonado bien.

Fue el minuto en el que el *Negro* Crispín dijo algo así como que la República la tenían enferma de frases bonitas. Que hacía años que venían envolviéndola en el manto espeso y cegador de las declaraciones demagógicas, de las leyes avanzadas y sin paralelo en el mundo de nuestros días; todo lo cual pretendía mostrar al país en el escaparate internacional como el Adelantado de la justicia social, de la equidad y paridad de derechos humanos; de la libertad de pensamiento y de expresión.

La voz del *Negro* Crispín resonó con un extraño timbre amargo y rebelde.

—¿Libertad, con nuestra prensa innoblemente vendida? No hay peor cosa que aquel que no quiere ser libre por propia conveniencia. ¿Independencia económica, cuando hasta nuestras mujeres cubren sus mamas con «brassieres Lovables»? ¿Justicia, cuando los industriales toman para sí la palabra de nuestros obreros y declaran que son ellos los que no quieren mayores salarios? Y así, así...

Aquí fue donde Jacinto intervino dejando caer el rosario ahuecado de las sonoras frases, muchas veces oídas.

Cuando terminó, el *Negro* Crispín se lo quedó viendo. Fue una mirada que Jacinto no pudo interpretar entonces ni tampoco valorar ahora. Y, en seguida, sintió la pregunta del otro en el rostro, como un golpe a la quijada.

—¿Estudia usted oratoria?

—¿Por que? —replicó, al instante, para ganar tiempo; lo habitual en él.

—Porque habla usted bien, podía servirnos. Sólo que también está usted contaminado. ¿En qué escuela estudia?

¡La misma pregunta de Enrique! Por lo visto todos estos jóvenes no podían concebir que alguien no procediese de una escuela. ¡Si ellos pudieran saber que jamás había pisado él ninguna! Como en sueños, escuchó que Enrique contestaba por él.

—De universidades de provincia.

¡Escuela! Su escuela había sido aquello mismo que todos ellos echaban en cara al gobierno. Él, para aprender, no había necesitado libros, ni cuadernos. Un fino oído, muy fino y eso lo proporciona el hambre. Ojos, buena vista, y eso lo da el campo. Y un mimetismo fabuloso que le venía de raza. ¡Vamos, si cuando se dio cuenta ya había aprendido a leer! Y en cuanto a la aritmética, se la enseñaron sus distintos patrones con los robos que intentaron perpetrar en él. ¡Las palabras! Éstas se podían coger al vuelo y se guardaban dentro de la cabeza en el mismo orden en el que se las había oído. Si de ellas él no podía ahondar más allá del ropaje, no era su culpa y además le gustaban así, vestidas, tal y como, poco a poco, se las había ido apropiando.

Jorge Ibargüengoitia

El puente de los asnos

1

Cuando hablo con personas más jóvenes que yo que pasaron por las mismas escuelas, llegamos irremisiblemente a la conclusión de que la época en que yo estudié es, comparada con la actual, la edad de oro de la enseñanza.

En efecto, muchos de mis profesores se han distinguido en la vida real. Uno de ellos es secretario de Estado, otro, subsecretario, otro fue durante muchos años jefe de un partido político, otro murió, y su nombre fue a dar en letras de oro en la entrada de un recinto público, etcétera. Otros de ellos, sin haber llegado a alguna cumbre burocrática o pública, han dejado huella en la educación mexicana, son autores de libros de texto, inventaron nuevos sistemas de formular la regla de tres, y uno de ellos adquirió fama por haberse aprendido de memoria las tablas de logaritmos, del uno al cien —pasó tres años en un manicomio, siguiendo un tratamiento especial que le dieron para que las olvidara.

Lo que quiero decir es que, vista desde lejos, la educación que recibí es de primera. Vista en detalle, en cambio, presenta serias deficiencias.

Uno de los éxitos académicos más grandes que tuve en la primaria ocurrió cuando cursaba el quinto año. El profesor *Farolito,* llamado así porque se le encendían las narices cada vez que perdía la paciencia, cosa que ocurría dos o tres veces diarias, hizo una pregunta de geografía, que no sólo no recuerdo, sino que estudiando el mapa no puedo ni siquiera imaginar en qué consistió. Supongo que ha de haber estado formulada más o menos así:

—¿Cuál es el río del Canadá que nace en las montañas N y desemboca en el lago M? —se la hizo a un alumno que estaba sentado en la primera fila:

—El San Lorenzo —contestó el interrogado.

—Falso —dijo el maestro y señaló al alumno que estaba sentado junto, para indicar que era su turno de responder.

—Saskatchewan —contestó éste.

—Falso.

Fue preguntando, uno tras otro, a cuarenta alumnos. Todos ellos,

que eran completamente imbéciles, dieron por respuesta una de las dos que ya estaban probadas falsas. A pesar de que *Farolito* usaba goma de tragacanto para aplastarse el pelo sobre el cráneo y en los bigotes para conservar las puntas retorcidas hacia arriba, todo se le empezó a erizar al ver el fracaso de su enseñanza. Hasta que por fin me tocó el turno de responder.

—El Mackenzie —dije.

Farolito casi se desmayó de gusto.

—¡Dos puntos a Ibasgonguitia! —ordenó. Nunca logró pronunciar mi nombre correctamente. Me puso como modelo de aplicación. Como ejemplo de que basta con poner atención a lo que se dice en clase para saber las respuestas. Mi triunfo hubiera sido más completo si no se le hubiera ocurrido al profesor pedirme que explicara a mis compañeros cómo había yo llegado a la conclusión de que la respuesta correcta era «Mackenzie».

Yo expuse lo siguiente:

—Al hablar de los ríos del Canadá sólo se han mencionado tres nombres: San Lorenzo, Saskatchewan y Mackenzie. Si usted ya había dicho que la respuesta correcta no era ninguno de los dos primeros, tenía que ser el tercero.

La nariz de *Farolito* se encendió:

—¡Dos puntos menos a Ibasgonguitia!

No perdí nada, porque los puntos que *Farolito* daba y quitaba con tanta libertad eran algo que anotaba en una lista un gordinflón que se sentaba en la primera fila, pero que nunca llegó a materializarse en las boletas semanales, en donde no había espacio para anotar ni los puntos buenos ni los malos.

Yo era entonces un rollizo niño de diez años que usaba unos pantalones cortos que antes, siendo largos, habían colgado de cinturas más venerables. Pasaba seis horas diarias sentado en una banca con la mente en blanco. Si algo aprendí ese año, lo he olvidado. Recuerdo, en cambio, que *Farolito* llegó un día de bufanda y estuvo escupiendo en un paliacate que se guardaba después en la bolsa. Al día siguiente faltó y estuvimos dos meses sin maestro y sin nadie que lo reemplazara. Los pasamos golpeándonos unos a otros, brincando encima de las papeleras, o haciendo guerras de ligazos con cáscara de naranja. Un día se nos pasó la mano y el prefecto de orden, el maestro Valdez, que era un ogro, nos agarró *in fraganti.*

En castigo, nos puso a escribir una composición de seis páginas sobre las virtudes de la madre mexicana.

—Nadie se va a su casa hasta que no estén llenas esas seis páginas. Pueden comparar a la madre mexicana, que se desvive por sus hijos y va a todas partes cargándolos, al mercado, al cine, a misa, etcétera, con las costumbres de las madres norteamericanas, que llevan a sus hijos a una guardería y los dejan allí abandonados, mientras ellas se van a divertir y a tomar cocteles.

Este tema lo barajé catorce veces hasta llenar las seis páginas, diciendo a cada presentación: «¡Qué diferencia!»

El día en que regresó *Farolito,* cadavérico, de abrigo, bufanda y sombrero, apoyado en un bastón de un lado, y del otro en su hermana, nos dio un gusto que nunca hubiéramos imaginado. Se acabó el desorden y volvimos a la normalidad. Es decir, seguimos sin aprender nada.

2

Voy ahora a recordar lo ocurrido en otros años.

Por ejemplo, el primero de secundaria. Los rasgos fundamentales de este curso, para mí, fueron la aparición en mi vida del maestro *Raspita* (aritmética), conocido por los alumnos de tercer año como la *Cachimba.* A la colaboración entre *Raspita* y yo se debe que yo nunca haya podido aprender a sacar raíz cuadrada o raíz cúbica de un número. Esta deficiencia, que yo consideraba una desgracia, me persiguió hasta la Escuela de Ingeniería, en donde descubrí, con satisfacción, que el setenta por ciento de los maestros compartían mi incapacidad, y la remediaban usando la regla de cálculo, que para eso es.

Aparte de no enseñarme a sacar raíces, *Raspita* dejó en mi memoria, muy bien grabadas, dos palabras que nunca había oído antes de conocerlo y que no he tenido necesidad de usar después: «momio» y «guarismo», por número.

En primero de secundaria, también, me daba clase un señor chaparro, que tenía un traje negro, portafolios y los pelos en forma de aureola. La influencia que este hombre ejerció en mi vida es tan leve que no recuerdo ni siquiera qué materia enseñaba. Se apellidaba Moreno.

Otro maestro famoso era el de geografía física. Era blasfemo. Nos escandalizó el día en que anunció que la Biblia estaba equivocada, porque en la Tierra no había agua suficiente para producir el Diluvio. Pero aparte de blasfemo era astrónomo y ahora comprendo que sabía expresarse, porque me inculcó la idea de que la Tierra no es

más que un cuerpo minúsculo perdido en la nada, que forma parte de un sistema que se va ensanchando, como partículas expulsadas centrífugamente por causa de una explosión. Era más de lo que yo estaba capacitado para aprender. Pasé varios años convencido de que la vida no vale nada.

El profesor de botánica nos producía un terror completamente irracional, porque era muy buena persona. Sin embargo, no logró, en su exposición, conectar lo que estaba enseñando con la realidad. Prueba de esto es que nunca en mi vida he tomado algo entre las manos y dicho:

—Esto es dicotiledóneo.

Uno de los profesores de la secundaria que recuerdo con mayor precisión es la *Coqueta*. Daba clase de historia universal. Se sentaba en el borde del escritorio y apuntaba con una regla al alumno que había elegido por víctima.

—Háblame de la guerra de los Treinta Años —el otro empezaba a tartamudear.

—Falso. Sigue... Falso. Sigue... Falso. Tienes cero. Siguiente.

Cuando se enfadaba decía: «¡Ay, qué fastidio!»

A pesar de que estudié su materia con gran cuidado y saqué diez al final del año, todo lo que recordaba de la guerra de los Treinta Años al recibir la boleta es que había durado treinta años. En cambio, recordaba con gran claridad lo que el libro de texto decía sobre México, porque esto no lo vimos en clase, sino que lo leí en mis ratos de ocio. Hasta la fecha, treinta años después, todavía puedo repetirlo. Era un párrafo en letra pequeña que abarcaba desde la Colonia hasta el Porfiriato. Decía así: «La mezcla de español e indígena produjo en México una raza nueva que se ha distinguido por sus virtudes guerreras y por el aborrecimiento que le inspira todo lo europeo. En 1810 el cura Miguel Hidalgo inició una guerra para expulsar a los españoles, intento que se vio coronado por el éxito en 1821...», etcétera.

Una de las materias que más nos interesaban en los años de secundaria y preparatoria era la química. Teníamos un libro gordo con dibujos y esquemas, que tenía textos como el siguiente: «Propiedades: es un líquido viscoso de olor repulsivo que puesto sobre la piel produce escoriaciones. Es muy venenoso. Manera de obtenerlo...».

Las prácticas de laboratorio eran siempre un desastre. El maestro tenía una mesa de experimentos más elevada que las nuestras. Allí iba mezclando sustancias en una serie de probetas, hasta obtener en cada una de ellas un producto de un color característico y sorpren-

dente. A continuación, nosotros repetíamos las mismas operaciones que acababa de efectuar el maestro y al final obteníamos en todas las probetas algo parecido al lodo. Otra materia notable era la física. Al llegar al capítulo referente a la electricidad, el maestro cerró la boca, y se pasó seis meses dibujando en el pizarrón diagramas de aparatos embobinados cuyo uso nadie llegó a comprender. Nos conformábamos con copiar los diagramas en nuestros cuadernos. Mientras hacíamos esto, en la mente de cada uno de nosotros había la siguiente idea: «En este momento no entiendo lo que estoy haciendo, pero un día, con calma, me voy a sentar frente a este cuaderno y todo va a quedar clarísimo». En mi caso, cuando menos, esto nunca llegó a ocurrir.

Otras materias, como por ejemplo, las etimologías, que no tenían ningún interés y que evidentemente no tenían tampoco ni importancia ni aplicación práctica, se dificultaban porque el maestro que las enseñaba era un ogro.

—Ustedes son unos masticadores de carroña —nos decía el profesor Baldas.

Tenía el convencimiento de que había vivido heroicamente.

—Tres veces me formaron cuadro. Tres veces he estado frente al pelotón de fusilamiento.

Desgraciadamente no llegó a ser ejecutado y vivió para hacerme pasar setenta de las horas más soporíferas de mi vida. Nunca supimos cuál era la causa de que tres veces hubiera estado a punto de ser fusilado, ni tampoco llegamos a saber qué intervención inesperada o qué cambio de fortuna le salvó la vida tres veces. Estas dos materias hubieran sido más interesantes que la que él enseñaba.

Otras horas detestables eran las que pasábamos con el *Moscardón*, que en paz descanse. No sé por qué nos detestaba tanto como nosotros a él. Llegaba siempre retrasado, a las tres y cuarto de la tarde, ponía el portafolios sobre la mesa, cruzaba las manos sobre él y bostezaba antes de decir:

—Comen como boas o como náufragos y luego vienen a dormirse en clase.

Logró lo increíble: hacer aburrida una clase de México Independiente.

Luis Britto García

SEÑORITA, YO NO FUI

Yo tampoco. Ni yo menos, señorita. Quien cambió los nombres de los números. El que escondió los colores del día. El que cambió los nombres de los animales. El que cambió las letras del alfabeto.

No fui yo, señorita, quien cambió el lugar de los polos. Los acusetas dicen que fue Gutiérrez, señorita. Gutiérrez dice que si le echan la culpa, él acusa a Martínez. Martínez sí fue el que escondió los reinos de la Naturaleza. Embuste, señorita, lo dice porque él fue el que quitó de su lugar el sujeto, el verbo y el predicado. Rubén, di que fuiste tú el que cambió el antes por el después. Señorita, no llore que ya va a aparecer el que escondió el más y el menos. En el recreo se estaban jugando las virtudes cardinales y falta una porque se les fue volando. Micael, di que rompiste el presente de indicativo. Señorita, no vamos a poder hacer las planas de castigo. Señorita, algún gracioso escondió la línea recta.

Por desorden, se suspende el recreo

LOS NIÑOS CONTRA LOS CATETOS

Los niños contra los catetos match deportivo con la asistencia del Señor Director de la Señorita Rita y de la Sociedad de Padres y Maestros. En esta esquina Abreu presente Arteaga presente Beroes presente Bermúdez presente Cabrera presente González presente Hidalgo presente Rubén Luque presente Lameda presente etcétera presente. Salen al campo con los colores de la escuela entonando el Himno al Árbol. En esta esquina los catetos los diptongos y las hipotenusas. Suena el pito para el primer tiempo salen los catetos vacilan los niños ataca González pasa un diptongo impulsa al cateto y pasa a la raíz cuadrada que choca con Rodríguez penalty el niño Rodríguez condenado a penalty quinientas líneas suena el pito atacan los quebrados retroceden los niños tres puntos del programa avance de los hexágonos los pentágonos y los epígonos Rubén retruca pero es rodeado por los esdrújulos chuta pero bloquea la hipotenusa se retira detrás de los pupitres esquiva los pretéritos pero cae entre la glotis y la epiglotis penalty pierde posiciones y no logra parar el saque de los epítetos que arrollan a Beroes que resbala llorando mientras los para-

lelepípedos embisten contra Bermúdez que pierde calificaciones a pesar de la ayuda de Cabrera que resiste los paralelepípedos pero resbala contra las estalactitas y las estalagmitas que producen su descalificación llora Cabrera se rompe la cabeza Micael contra el máximo común divisor grita Rubén estropeado por un participio llora González llora Hidalgo llora Rodríguez los niños cero los catetos veinte fin del curso fin del match deportivo.

El desorden ha llegado a su límite

Francisco de Quevedo

Todos los estudiantes de la posada

Amaneció, y helos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada a pedir la patente[1] a mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo, entretanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre los colchones, y sola tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y con tanto, comenzaron una grita del diablo, diciendo: «Viva el compañero y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer la hambre que todos». Y con esto —¡mire v. m. qué privilegios!— volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para las escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general,[2] pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé a temblar.

Entré en el patio, y no hube metido bien el pie cuando me encararon y empezaron a decir: «¡Nuevo!» Yo, por disimular, di en reír como que no hacía caso; mas no bastó, porque llegándose a mí ocho o nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado, ¡nunca Dios lo permitiera!, pues al instante se puso uno que estaba a mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: «Por resucitar está este Lázaro,

[1] «La contribución que hacen pagar, por estilo, los más antiguos al que entra de nuevo en algún empleo u ocupación. Es como entre los estudiantes en las universidades...» *(Diccionario de autoridades).*

[2] «En Salamanca, las aulas se llaman generales, por ser comunes y admitirse a ellas todos los que quieran entrar a oír lecciones», Covarrubias.

según hiede», y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo que me pensé escapar, también me puse las manos y dije: «Vs. ms. tienen razón, que huele muy mal». Dioles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron a escarbar y tocar el arma; y en las toses y abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: «Esto hago». Yo entonces, que me vi perdido, dije: «Juro a Dios que me la...». Iba a decirle, pero fue tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí, y era de ver, sin duda, cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera: «Basta, no le matéis». Yo, que, según me trataban, creí de ellos que lo harían, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita que me aturdieron, y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no había dónde, sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme, e iba hecho aljofaina de viejo a pura saliva.

Manuel Vicent

SANGRE

Un tabique liviano separa las dos aulas del instituto: a la misma hora, en una de ellas se explica el misterio de la Santísima Trinidad y en la otra se da el teorema de Pitágoras. Las voces de los profesores de religión y de matemáticas a veces se entrecruzan, y cuando ambos callan, entonces desde el patio llega el canto de los pájaros. En una de las pizarras está dibujado un triángulo equilátero con el ojo divino que todo lo ve. El misterio de la Trinidad consiste en que Dios son tres personas distintas con una sola sustancia y también lo contrario. Los alumnos repiten de memoria este enigma teológico sin que su cerebro estalle. En la clase de matemáticas también se halla dibujada otra figura geométrica. El profesor la explica señalándola en la piza-

rra con el puntero: en el triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Con el teorema de Pitágoras se han levantado ciudades en la tierra y se han medido las distancias estelares que nos permiten mandar nuestras naves a las esferas celestes; en cambio, después de miles de años, el ojo de Dios, enjaulado en el triángulo equilátero, sigue produciendo lágrimas de sangre hasta anegar el curso de la Historia. Me pregunto qué habría pasado si, desde el principio, ese ojo de Jehová se hubiera instalado en el interior del triángulo rectángulo de Pitágoras. Tal vez el fanatismo que habría generado sería racional y matemático. Al terminar las clases los dos profesores se largan por el pasillo, uno cargando con la fe y otro con la razón. Infinidad de fieles se han degollado por la interpretación de una sola palabra teológica; los credos religiosos han causado innumerables matanzas, pero también las matemáticas han servido para que las armas sean inteligentes y puedan exterminar con un rigor implacable a gente inocente y anónima. El tabique que separa las aulas del instituto no tiene apenas consistencia y durante estos días de primavera es percutido de un lado por los dogmas y de otro por los axiomas, por el paraíso terrenal y el álgebra, por el Espíritu Santo y la trigonometría, por la resurrección de la carne y la raíz cuadrada, por el cielo y las ecuaciones, por el infierno y los quebrados. Ninguno de los dos profesores duda, pero si quedan callados en medio de su silencio se oyen los chillidos de los pájaros que están furiosos de amor. Esos pájaros son también los de Bagdad que ahora se persiguen para amarse en las palmeras entre el fanatismo de la religión y el racionalismo de las armas, dos fuentes inagotables de sangre.

Luis García Montero

El campus

Las mañanas de sol buscan en primer lugar los ceniceros sucios y la copa con restos de whisky aguado. El sol es un ruido amarillo que se desliza por las ventanas mal cerradas y altera la irresponsabilidad de la noche con una comprensión maternal, acariciando el humo que sale todavía del ordenador y de los libros. La luz llega con el tráfico, con el eco de la carga y la descarga, con algunos gritos que suben como murciélagos a buscar en los edificios perezosos los últimos res-

tos de la oscuridad. Siempre tiene una palabra amable en la derrota matutina del trasnochador. Se interesa por todo, por el desorden de la ropa cansada, por las anotaciones del cuaderno, por los párrafos subrayados en las fotocopias, por la resaca del bolígrafo. Pregunta incluso por los resultados del trabajo, se atreve a opinar sobre la interpretación de aquellos versos sorprendentes de Quevedo, sobre las dudas que se quedaron detrás de los ojos al apagar la luz. En la madrugada, después de una noche de preguntas y respuestas indecisas, no se cierran los párpados en vano, se abre el telón de una escena revuelta, un drama de acompañantes y monólogos privados.

El autobús parece una extensión parlanchina y compartida de la luz. Entre los libros de la cartera buscan un hueco las conversaciones de los estudiantes, las quejas del muchacho con barba que está hasta las narices de sus padres, el pesimismo adolescente de la filósofa que duda del mundo y descarga su sabiduría en el silencio respetuoso de una compañera, las teorías morales sobre el contrato social casero, cómo debe organizarse la cocina y la limpieza de un piso de estudiantes, las citas para asistir a las jornadas por la paz y la solidaridad que se organizan de nuevo en la Facultad de Políticas, la sentencia ejecutiva contra alguien que no va a clase y luego pide prestados los apuntes. A cada frenazo del autobús las conversaciones chocan entre sí, se suspenden un momento, se reagrupan.

El sol de abril adelanta los relojes en la hierba del campus universitario. A media mañana se impone ya una convincente tranquilidad de siesta y de sosiego. La cartera del profesor pasa con una rectitud hipócrita entre los árboles nativos y las cabelleras exóticas de las estudiantes del Programa Erasmus. Una cartera no debe mirar nunca, ni siquiera con el rabillo del ojo, a la pareja que se besa bajo las ramas del sauce, ni está bien que desvíe imperceptiblemente su camino para pasar junto a la camisa abierta de la joven nórdica que estudia el idioma del sol, los rayos dialectales del bronceado prematuro, el sur literario de las realidades y las imaginaciones. Tampoco es aconsejable que una cartera cargada de apuntes y fichas bibliográficas vuelva el rostro hacia la impertinente felicidad de una Venus gitana que cubre con su espalda las heridas de un Adonis inabarcable y moribundo. Mientras Cupido se quita la venda para disparar mejor, porque es mentira que abandone sus flechas a la locura del azar, un corro de estudiantes toca la guitarra, comparten las curiosidades musicales de un tiempo ajeno, las notas de canciones protesta que suenan ya con la nostalgia de un bolero o con el desgarro ficticio de una

historia de doña Concha Piquer. Los versos de Paco Ibáñez buscan en la cubierta de la nave del olvido, aunque aún no haya partido, un lugar entre los marineros tristes y rubios como la cerveza y el enamorado que estaba dispuesto a dejarlo todo si ella le decía ven. Así pasan los años, así cruzan las carteras y las conversaciones, así se acerca mayo, otro mayo, sobre todo bajo la luz de esta mañana en la que los cuerpos y los besos caen en la hierba del campus universitario como latas vacías de Coca-Cola o como carpetas con apuntes y números de teléfono. Igual que siempre.

La cartera digna, impasible, sin miradas con el rabillo del ojo, alcanza la penumbra de los pasillos, saluda a los conserjes, busca su aula, descansa sobre la mesa, borra pacientemente la pizarra y deja que salgan de su interior unos versos de Quevedo y una voz tranquila en busca del alumnado. Como decíamos ayer...

Capítulo 4

«Yo quería mucho al maestro...»

Maestras y maestros

Gabriel García Márquez

No sé qué aprendí en realidad

No sé qué aprendí en realidad durante el cautiverio del Liceo Nacional, pero los cuatro años de convivencia bien avenida con todos me infundieron una visión unitaria de la nación, descubrí cuán diversos éramos y para qué servíamos, y aprendí para no olvidarlo nunca que en la suma de cada uno de nosotros estaba todo el país. Tal vez fue eso lo que quisieron decir en el ministerio sobre la movilidad regional que patrocinaba el gobierno. Ya en la edad madura, invitado a la cabina de mandos de un avión trasatlántico, las primeras palabras que me dirigió el capitán fue para preguntarme de dónde era. Me bastó con oírlo para contestar:

—Soy tan costeño como es usted de Sogamoso.

Pues tenía el mismo modo de ser, el mismo gesto, la misma materia de voz que Marco Fidel Bulla, mi vecino de asiento en el cuarto año del liceo. Este golpe de intuición me enseñó a navegar en las ciénagas de aquella comunidad imprevisible, aun sin brújula y contra la corriente, y ha sido quizás una llave maestra en mi oficio de escritor.

Me sentía viviendo un sueño, pues no había aspirado a la beca porque quisiera estudiar, sino por mantener mi independencia de cualquier otro compromiso, en buenos términos con la familia. La

seguridad de tres comidas al día bastaba para suponer que en aquel refugio de pobres vivíamos mejor que en nuestras casas, bajo un régimen de autonomía vigilada menos evidente que el poder doméstico. En el comedor funcionaba un sistema de mercado que permitía a cada quien arreglar la ración a su gusto. El dinero carecía de valor. Los dos huevos del desayuno eran la moneda más cotizada, pues con ellos se podía comprar con ventaja cualquier otro plato de las tres comidas. Cada cosa tenía su equivalente justo, y nada perturbó aquel comercio legítimo. Más aún: no recuerdo ni un solo pleito a trompadas por motivo alguno en cuatro años de internado.

Los maestros, que comían en otra mesa del mismo salón, no eran ajenos a los trueques personales entre ellos, pues todavía arrastraban hábitos de sus colegios recientes. La mayoría eran solteros o vivían allí sin las esposas, y sus sueldos eran casi tan escasos como nuestras mesadas familiares. Se quejaban de la comida con tantas razones como nosotros, y en una crisis peligrosa se rozó la posibilidad de conjurarnos con alguno de ellos para una huelga de hambre. Sólo cuando recibían regalos o tenían invitados de fuera se permitían platos inspirados que por una vez estropeaban las igualdades. Ése fue el caso, en el cuarto año, cuando el médico del liceo nos prometió un corazón de buey para estudiarlo en su curso de anatomía. Al día siguiente lo mandó a las neveras de la cocina, todavía fresco y sangrante, pero no estaba allí cuando fuimos a buscarlo para la clase. Así se aclaró que a última hora, a falta de un corazón de buey, el médico había mandado el de un albañil sin dueño que se desbarató al resbalar de un cuarto piso. En vista de que no alcanzaba para todos, los cocineros lo prepararon con salsas exquisitas creyendo que era el corazón de buey que les habían anunciado para la mesa de los maestros. Creo que esas relaciones fluidas entre profesores y alumnos tenían algo que ver con la reciente reforma de la educación de la cual quedó poco en la historia, pero nos sirvió al menos para simplificar los protocolos. Se redujeron las diferencias de edades, se relajó el uso de la corbata y nadie volvió a alarmarse porque maestros y alumnos se tomaran juntos unos tragos y asistieran los sábados a los mismos bailes de novias.

Este ambiente sólo era posible por la clase de maestros que en general permitían una fácil relación personal. Nuestro profesor de matemáticas, con su sabiduría y su áspero sentido del humor, convertía las clases en una fiesta temible. Se llamaba Joaquín Giraldo Santa y fue el primer colombiano que obtuvo el título de doctor en

matemáticas. Para desdicha mía, y a pesar de mis grandes esfuerzos y los suyos, nunca logré integrarme a su clase. Solía decirse entonces que las vocaciones poéticas interferían con las matemáticas, y uno terminaba no sólo por creerlo, sino por naufragar en ellas. La geometría fue más compasiva tal vez por obra y gracia de su prestigio literario. La aritmética, por el contrario, se comportaba con una simplicidad hostil. Todavía hoy, para hacer una suma mental, tengo que desbaratar los números en sus componentes más fáciles, en especial el siete y el nueve, cuyas tablas no pude nunca memorizar. De modo que para sumar siete y cuatro le quito dos al siete, sumo el cuatro al cinco que me queda y al final vuelvo a sumar el dos: ¡once! La multiplicación me falló siempre porque nunca pude recordar los números que llevaba en la memoria. Al álgebra le dediqué mis mejores ánimos, no sólo por respeto a su estirpe clásica sino por mi cariño y mi terror al maestro. Fue inútil. Me reprobaron en cada trimestre, la rehabilité dos veces y la perdí en otra tentativa ilícita que me concedieron por caridad.

Tres maestros más abnegados fueron los de idiomas. El primero —de inglés— fue mister Abella, un caribe puro con una dicción oxoniense perfecta y un fervor un tanto eclesiástico por el diccionario Webster's, que recitaba con los ojos cerrados. Su sucesor fue Héctor Figueroa, un buen maestro joven con una pasión febril por los boleros que cantábamos a varias voces en los recreos. Hice lo mejor que pude en los sopores de las clases y en el examen final, pero creo que mi buena calificación no fue tanto por Shakespeare como por Leo Marini y Hugo Romani, responsables de tantos paraísos y tantos suicidios de amor. El maestro de francés en cuarto año, monsieur Antonio Yelá Alban, me encontró intoxicado por las novelas policiacas. Sus clases me aburrían tanto como las de todos, pero sus citas oportunas del francés callejero fueron una buena ayuda para no morirme de hambre en París diez años después.

La mayoría de los maestros habían sido formados en la Normal Superior bajo la dirección del doctor José Francisco Socarrás, un psiquiatra de San Juan del César que se empeñó en cambiar la pedagogía clerical de un siglo de gobierno conservador por un racionalismo humanístico. Manuel Cuello del Río era un marxista radical, que quizás por lo mismo admiraba a Lin Yutang y creía en las apariciones de los muertos. La biblioteca de Carlos Julio Calderón, presidida por su paisano José Eustasio Rivera, autor de *La vorágine,* repartía por igual a los clásicos griegos, los piedracielistas criollos y los románticos de

todas partes. Gracias a unos y a otros, los pocos lectores asiduos leíamos a San Juan de la Cruz o a José María Vargas Vila, pero también a los apóstoles de la revolución proletaria. Gonzalo Ocampo, el profesor de ciencias sociales, tenía en su cuarto una buena biblioteca política que circulaba sin malicia en las aulas de los mayores, pero nunca entendí por qué *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Federico Engels se estudiaba en las áridas tardes de economía política y no en las clases de literatura, como la epopeya de una bella aventura humana. Guillermo López Guerra leyó en los recreos el *Anti-Dühring*, también de Engels, prestado por el profesor Gonzalo Ocampo. Sin embargo, cuando se lo pedí para discutirlo con López Guerra, Ocampo me dijo que no me haría ese mal favor con un mamotreto fundamental para el progreso de la humanidad, pero tan largo y aburrido que quizás no pasara a la historia. Tal vez estos cambalaches ideológicos contribuyeron a la mala fama del liceo como un laboratorio de perversión política. Sin embargo, necesité media vida para darme cuenta de que quizás fueron más bien una experiencia espontánea para espantar a los débiles y vacunar a los fuertes contra todo género de dogmatismos.

Mi relación más directa fue siempre con el profesor Carlos Julio Calderón, maestro de castellano en los primeros cursos, de literatura universal en cuarto, española en quinto y colombiana en sexto. Y de algo raro en su formación y sus gustos: la contabilidad. Había nacido en Neiva, capital del departamento del Huila, y no se cansaba de proclamar su admiración patriótica por José Eustasio Rivera. Tuvo que interrumpir sus estudios de medicina y cirugía, y lo recordaba como la frustración de su vida, pero su pasión por las artes y las letras era irresistible. Fue el primer maestro que pulverizaba mis borradores con indicaciones pertinentes.

En todo caso, las relaciones de alumnos y maestros eran de una naturalidad excepcional, no sólo en las clases sino de un modo especial en el patio de recreo después de la cena. Esto permitía un trato distinto del que estábamos acostumbrados, y que sin duda fue afortunado para el clima de respeto y camaradería en que vivíamos.

Una aventura pavorosa se la debo a las obras completas de Freud, que habían llegado a la biblioteca. No entendía nada de sus análisis escabrosos, desde luego, pero sus casos clínicos me llevaban en vilo hasta el final, como las fantasías de Julio Verne. El maestro Calderón nos pidió que le escribiéramos un cuento con tema libre en la clase de castellano. Se me ocurrió el de una enferma mental de unos siete

años y con un título pedante que iba en sentido contrario al de la poesía: «Un caso de psicosis obsesiva». El maestro lo hizo leer en clase. Mi vecino de asiento, Aurelio Prieto, repudió sin reservas la petulancia de escribir sin la mínima formación científica ni literaria sobre un asunto tan retorcido. Le expliqué, con más rencor que humildad, que lo había tomado de un caso clínico descrito por Freud en sus memorias y mi única pretensión era usarlo para la tarea. El maestro Calderón, tal vez creyéndome resentido por las críticas ácidas de varios compañeros de clase, me llamó aparte en el recreo para animarme a seguir adelante por el mismo camino. Me señaló que en mi cuento era evidente que ignoraba las técnicas de la ficción moderna, pero tenía el instinto y las ganas. Le pareció bien escrito y al menos con intención de algo original. Por primera vez me habló de la retórica. Me dio algunos trucos prácticos de temática y métrica para versificar sin pretensiones, y concluyó que de todos modos debía persistir en la escritura aunque sólo fuera por salud mental. Aquélla fue la primera de las largas conversaciones que sostuvimos durante mis años del liceo, en los recreos y en otras horas libres, y a las cuales debo mucho en mi vida de escritor.

Era mi clima ideal. Desde el colegio San José tenía tan arraigado el vicio de leer todo lo que me cayera en las manos, que en eso ocupaba el tiempo libre y casi todo el de las clases. A mis dieciséis años, y con buena ortografía o sin ella, podía repetir sin tomar aliento los poemas que había aprendido en el colegio San José. Los leía y releía, sin ayuda ni orden, y casi siempre a escondidas durante las clases. Creo haber leído completa la indescriptible biblioteca del liceo, hecha con los desperdicios de otras menos útiles: colecciones oficiales, herencias de maestros desganados, libros insospechados que recalaban por ahí quién sabe de qué saldos de naufragios.

Juan Goytisolo

El profesor Ortega

Cuando el primer día de curso Piluca descubrió que don Rafael Ortega era su nuevo profesor de Matemáticas, se llevó una de las mayores sorpresas de su vida. Sabía, como todos sus familiares, que el señor de los bajos se dedicaba a la enseñanza, pero jamás se le había ocurrido la idea de verlo un día allí, en el sitial de la tarima, con su chaque-

ta color tabaco, su impecable cuello duro (que, según decía Antonia, él mismo lavaba y almidonaba) y su aspecto abstraído de viejo lunático.

Al correr la noticia de que eran vecinos de escalera, las otras niñas acudieron en tropel a interrogarla, pero —forzoso era reconocerlo— sus respuestas habían decepcionado. Aunque, desde el segundo matrimonio de su padre, vivían en la misma casa, Piluca ignoraba todo respecto de su vida y la mayoría de los informes que poseía eran de segunda mano. Sabía tan sólo, por medio de la criada, que no tenía nada que ver con los inquilinos y que, desde hacía siete años, vivía realquilado con ellos.

En cuanto a su vida privada, constituía un misterio, aun para sus amigos. Según afirmaba don Paco, su esposa había sido enfermera en el frente rojo y había muerto durante un bombardeo de los aviones nacionales. Otros rumores pretendían que Ortega era un ex catedrático de Instituto, cargo del que había tenido que dimitir al concluir las hostilidades. Lo único que se sabía a ciencia cierta era que vivía de dar clases particulares a media docena de alumnos y que, exceptuando su visita obligatoria al Instituto Ceferino González, nunca salía de casa.

Desde un principio, Ortega se había granjeado las simpatías de la clase: con su expresión ausente, su indumentaria absurda, daba la impresión de pertenecer a un mundo radicalmente distinto del de los demás colegas que desfilaban por las aulas. Como profesor, Ortega ponía, indudablemente, gran paciencia en la explicación de las Matemáticas, asignatura que, junto con la Geografía, había recibido el encargo de enseñarles. En cambio, parecía desentenderse totalmente de las pequeñas cuestiones de disciplina, a las que sus compañeros otorgaban tanta importancia.

Por ejemplo, se le importaba una higa que las niñas hablasen a la hora del estudio, no se tomaba nunca el trabajo de vigilar si copiaban, ni tenía ningún reparo en concederles un descanso a media lección. Y, a pesar de ello, su clase era la única en que ninguna niña hablaba, soplaba su respuesta a la vecina o tenía prisa en abandonar el aula.

El profesor Ortega (a quien, según la generalizada opinión de los vecinos, le faltaba algún tornillo) sabía alternar las explicaciones más áridas con anécdotas escogidas de la historia de España, distintas, por no decir opuestas, a las que contaban los otros maestros la víspera de las grandes solemnidades escolares; y aunque la mayor parte

de las veces la moraleja les resultaba incomprensible, todas estaban de acuerdo en reconocer que, a lo menos, jamás carecían de interés.

Ordinariamente, el profesor se hacía esperar un poco al comienzo de la clase y no entraba en el aula hasta después de concluidos los padrenuestros. A veces cargaba la culpa del retraso a cuenta del mal funcionamiento de los tranvías; otras, no tenía ningún reparo en confesar «que se le habían pegado un poco los sábanas». Su proverbial falta de puntualidad había llegado a ser, incluso, la comidilla de los restantes profesores, que aludían a ella con una piadosa mezcla de ironía y reproche. Por eso, cuando al entrar en el aula las niñas lo hallaron cómodamente instalado en el sillón de la tarima, no dudaron ni un solo momento de que iban a presenciar algo importante.

Con asombro, descubrieron que en un ángulo de la tarima había una taza de café y que el plumero de la mesa estaba cubierto de colillas. Ortega había cerrado herméticamente las ventanas y el aire apestaba a humo. El profesor tenía cara de no haber pegado un ojo durante la noche y, a simple vista, se veía que ni se había afeitado siquiera. Mientras las niñas desfilaban ante la mesa dando los buenos días, aplastó la última colilla en el plumero y la arrojó a la cesta de mimbre situada delante del primer banco. Las chiquillas se habían quedado de pie, aguardando su señal para rezar la oración de la mañana. Él les hizo un ademán con la mano, indicando que podían tomar asiento. Luego, limpió con el pañuelo el cristal de sus gafas y, en medio de un silencio sobrecogido, anunció:

—La clase de hoy queda suspendida. En su lugar, si a ustedes les parece, podemos charlar unos minutos.

El escuadrón de niñas grises que ocupaba la triple hilera de bancos le contempló con la boca abierta. Ortega no parecía bromear en modo alguno y su seriedad les causaba un ligero espanto.

—En primer lugar —dijo después de una breve pausa—, permítanme que las felicite por la maravillosa disciplina de que dan muestra al presentarse puntualmente, en una hora tan poco grata, para escuchar mi tediosa lección. Con ello dan ustedes una prueba, a mi entender definitiva, de su sometimiento total a una disciplina que, por no emplear un adjetivo que pudiese lastimar sus virginales oídos, puedo calificar de draconiana.

»Porque hacerlas levantar a ustedes antes de las ocho, para tener que soportar durante nueve meses una lección de Matemáticas, es algo que sobrepasa mi capacidad de absorción, bastante desarrollada, dicho sea entre paréntesis, de algún tiempo a esta parte.

»En mi escuela, aunque quizá no sepan ustedes que dirigí una, las niñas de su edad entraban en clase a las diez de la mañana y disfrutaban de un recreo de dos horas. A los pocos meses de estar allí, todas poseían la suficiente independencia espiritual para elevar sus objeciones cuando lo creían necesario y no leía nunca en sus rostros ese sometimiento servil al garrote que tantas veces, ay, leo en los suyos.

»Pero, en fin, ustedes no tienen ninguna culpa de lo que ocurre y lo más probable es que ni siquiera se sientan desgraciadas. Se limitan ustedes a obedecer lo que se les manda y todo les resulta más sencillo. Aunque lo mandado pueda ser absurdo, qué sé yo, monstruoso...

»A veces —se detuvo vacilante en la elección de las palabras— me resultan ustedes patéticas. Cómo diría yo... angustiosas. En mi época... —la sonrisa que asomaba a sus labios desapareció bajo su mano, como borrada por una esponja—. Pero no me hagan ustedes ningún caso...

»Nuestro amable señor director me recordaba anteayer precisamente que también yo debía esforzarme en llegar a punto; es decir, a las nueve, como todas ustedes... Porque es las nueve la hora fijada, me parece —añadió recorriendo la clase con una mirada inquisitiva.

—Sí, las nueve —repuso una niña del primer banco—. Pero desde hace una semana entramos media hora antes.

El rostro del profesor manifestó una sorpresa discreta; sin apartar los codos de la mesa, apoyó la barbilla en la mano.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y a qué se debe el cambio?

La niña se había puesto de pie y le hizo señal de sentarse.

—Porque ahora vamos a misa todos los días —dijo desde el banco.

—Ah, caramba. Hasta ahora había creído siempre que no era obligatorio. Anteayer estuve con el señor director en su despacho y no me dijo nada al respecto.

—No, no es obligatorio. Pero, como el mes próximo se celebrará el congreso, el padre ha dicho que tenía necesidad de nuestro sacrificio.

—Vaya, vaya —exclamó Ortega, moviendo la cabeza—. ¿Y puede saberse de qué congreso se trata? —esbozó con la mano una ademán de disculpa—. Como nunca leo los periódicos, apenas me entero de lo que ocurre.

—Es el Congreso Mundial de la Fe —repuso la niña— y esta vez se celebra en España.

—Va a ser una fiesta muy sonada —aclaró una compañera—. El

diario dice que han construido diez hoteles y vendrán peregrinos de todas partes.

—Cien mil. Mi padre dice que cien mil. Conoce un jesuita muy importante y le explicó...

—Veamos —interrumpió Ortega, alzando la mano—, no se precipiten. Si todas hablan al mismo tiempo no hay forma de entenderse. Estábamos en lo del Congreso Mundial —se volvió hacia la niña del primer banco y preguntó, enarcando las cejas—: Este congreso decía usted que es de...

—De la Fe —repuso, incorporándose.

—Por favor, siéntese —exclamó Ortega. Luego, a media voz, repitió como para sí—: Congreso Mundial de la Fe... Congreso Mundial de la Fe... ¿Es eso?

Hubo un coro de respuestas afirmativas procedentes de distintos sectores de la clase.

—¿Y saben ustedes cuál es el objeto de este congreso?

Varias niñas levantaron la mano a un tiempo. Ortega eligió a una del tercer banco.

—El padre dice que es para rezar —repuso con voz tímida.

—Para rezar... —repitió Ortega como un eco.

—Para rezar por Dios —aclaró la niña—. El último día nos darán fiesta a todas y por la noche iremos al desfile.

—El director ha encargado ya para nosotras un traje blanco.

—¿Un traje blanco?

—Ayer nos explicó que cada profesor acompañará a las niñas de su curso y, luego, desfilaremos cantando delante de las autoridades.

El profesor movió la cabeza, como si se negara a dar crédito a lo que oía.

—Vaya, vaya; de modo que también nosotros participaremos en el desfile.

—Sí, señor.

—Cantando himnos... sí, señor.

—Caramba, caramba...

Las niñas le contemplaron fijamente con sus pequeños rostros ávidos; todas pretendían ser agraciadas con sus preguntas y se removían en los asientos deseosas de contestarlas.

—Entonces se interrumpirá el curso durante varios días...

—Sí, señor.

—Muchos, quizá...

—Dicen que una semana.

—El colegio de mi hermano —exclamó Piluca— lo cierran durante diez días.

—El padre dice que en las aulas alojarán a la peregrinación irlandesa.

—Oh, qué tonta —exclamó otra niña—, lo que ha dicho es que deberíamos buscarles alojamiento en nuestras casas.

—Esto ya lo sé; pero también explicó que en el instituto...

Media docena de niñas rompieron a hablar al mismo tiempo. Ortega las hizo callar con un enérgico movimiento del brazo.

—Calma —dijo—. Un poco de calma. Todo se aclarará a su debido tiempo.

Obedientes al magnetismo de su voz, las niñas guardaron silencio. Todavía esperaban una oportunidad de lucir su sabiduría y manifestaron un desencanto ruidoso cuando Ortega sacó de su cartera el cuaderno de álgebra.

—En fin —dijo—. Cualquier otro día volveremos a hablar de ello. Por hoy, basta. Ahora bórrenme estos monigotes y divídanme la pizarra en dos partes iguales.

Con gran sorpresa de él, las niñas, en lugar de obedecer, volvieron a levantar la mano:

—El padre ha dicho que no los borremos todavía. Ayer interrumpió la lección a la mitad y no tuvimos tiempo de copiarlos.

Durante unos momentos, Ortega examinó los triángulos, conos, cilindros y haces que cubrían el centro de la pizarra, y acabó por confesar su ignorancia.

—¿Puede saberse qué interés tiene el padre en que copien ustedes estos dibujitos?

Las niñas volvieron a levantar la mano de nuevo, excitadas y felices; aquella mañana el profesor se comportaba lo mismo que un chiquillo y se sentían orgullosas de poderle mostrar cuán formadas estaban.

—Es un método de enseñanza del catecismo que nos está dictando para los niños pobres. Así, por ejemplo, el triángulo amarillo es Nuestra Señora y la raya granate significa la Unión Hipostática.

Pero se detuvieron en seguida al darse cuenta de que Ortega ni las escuchaba siquiera: derrumbado sobre la mesa de la tarima, más pálido y ojeroso que nunca, les hizo una imperceptible señal con la mano.

—Está bien, está bien —dijo—. Ustedes han ganado —y haciendo caso omiso del reglamento, sacó la petaca de la chaqueta y lio cuidadosamente un cigarrillo.

Bernardo Atxaga

Recuerdo escolar

Teníamos un aspecto beatífico en las fotografías de fin de curso, pero, como muy bien sabía nuestro maestro, natural de Zamora y militar de vocación, la realidad era otra. Era que, por expreso mandato de nuestros hermanos mayores, nos negábamos a saludar brazo en alto a la bandera roja y gualda que presidía la escuela; era que tomábamos a broma las clases; era que nos pasábamos media mañana organizando los combates de boxeo que, después del Cassius Clay-Sonny Liston de aquel año, 1964, solían celebrarse durante el recreo.

«Se trata de unos niños selváticos», informó el maestro al inspector que vino a poner orden en la escuela. «Debo intervenir una y otra vez en sus juegos, porque de lo contrario acabarían matándose».

«Pues, ¿qué hacen?», preguntó el inspector recorriendo con la mirada las diez o doce filas de pupitres donde, entre otros, se sentaban el feroz Areta, el lacónico Opin y, sobre todo, el indomable Andrés, alias *Chessman*.

«Se odian», afirmó el maestro. «En cuanto salen al recreo se ponen a pelear de una forma que asusta. Nunca he visto niños como éstos».

El maestro, así lo veo ahora, debía de ser un joven inexperto y pusilánime, y no el «soldado español» que decía ser cuando alguien le preguntaba por sus botas altas de cuero y su cinturón de hebilla gruesa. De lo contrario, no habría callado nuestras faltas más graves, aquellas que tenían que ver con nuestro desapego patriótico.

«¿Quién es el peor de todos?», preguntó el inspector moviéndose con nerviosismo sobre la tarima. Vimos que se quitaba el anillo de casado y lo dejaba sobre la mesa.

Todos pensamos que el maestro llamaría al feroz Areta, o al lacónico Opin, o al indomable Andrés, alias *Chessman*.

«Ese moreno de la ventana», dijo entonces el maestro señalando a Azpetixe.

«¡Ven aquí, desgraciado!», gritó el inspector con un cambio de tono que a mí, sentado en la primera fila, la de los pequeños, me sobresaltó.

«¿Sabéis por qué me he quitado el anillo?», nos preguntó luego. «Pues para que mis golpes no dejen marcas en la cara de este desgraciado».

No había acabado la frase y el primer tortazo, de revés, sorpresivo, ya había estallado en la mejilla de Azpetixe. El castigo ejemplar había comenzado.

Azpetixe era un alumno de los marginados, un niño solitario. No había nacido en Obaba, sino en Azpeitia, y de ahí su apodo, *Azpetixe*. Llegó a la escuela meses después de comenzar el curso, cuando era ya muy tarde para hacer amigos o para integrarse en una de las pandillas del pueblo. Además, era raro, y entre sus particularidades la que más nos llamaba la atención y la que más nos dolía era su resistencia en la lucha, su absoluta incapacidad de llorar. En los combates de boxeo de los recreos —que solían ser *a primera lágrima* y finalizaban cuando uno de los contendientes se daba por derrotado y empezaba a llorar— todos, salvo quizá el indomable *Chessman*, le evitaban.

Ya se sabía que Azpetixe sólo entendía de nulos o de victorias.

Tampoco aquel día perdió. El inspector le golpeó hasta cansarse, hasta el límite de lo que sus probables principios católicos le permitían, pero no consiguió doblegarle. Sangraba por la nariz, pero en su rostro no había lágrimas. Sólo una mueca, el amago de una sonrisa.

«Creo que ya es suficiente, señor inspector», dijo el maestro muy pálido. El silencio de la escuela era en ese momento total, y todas las miradas convergían en Azpetixe. Era bueno, era incluso mejor que el indomable *Chessman*.

«¡Ahora, siéntese!», le gritó el inspector. Pero ya era otra voz. Estaba derrotado. Volvió a colocarse el anillo en el dedo y buscó la salida con los ojos bajos y con las prisas de un ladrón. En el otro extremo, Azpetixe recomponía su gesto y sonreía abiertamente mientras recibía las palmadas de su compañero de pupitre.

«Ya saben lo que les espera si siguen comportándose como hasta ahora», nos avisó el inspector desde la puerta. «Así que ya lo saben», repitió antes de cerrarla. Balbuceaba, parecía estar al borde del desmayo.

Ninguno de nosotros giró la cabeza. Que se fuera aquel cerdo, que no volviera, que nos dejara en paz. Como dijo —a media voz, pero de manera audible— el indomable *Chessman*: «Adiós, sinvergüenza».

Manuel Rivas

La lengua de las mariposas

«¿Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas».

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviasen un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

«La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un muelle de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa».

Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América para no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América para no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo.

Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: «Pareces un pardal».[1]

Creo que nunca he corrido tanto como aquel verano anterior a

[1] Gorrión.

mi ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda Y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeada del habla, para que no dijesen *ajua* ni *jato* ni *jracias*. «Todas las mañanas teníamos que decir la frase *Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo.*[2] ¡Muchos palos llevamos por culpa de Juadalagara!» Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de delantal de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía las entrañas.

Y me meé. No me meé en la cama, sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Han pasado tantos años y aún siento una humedad cálida y vergonzosa resbalando por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio agachado con la esperanza de que nadie reparase en mi presencia, hasta que pudiese salir y echar a volar por la Alameda.

«A ver, usted, ¡póngase de pie!»

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que aquella orden iba por mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mí me pareció la lanza de Abd el Krim.

«¿Cuál es su nombre?»

«Pardal».

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me golpeasen con latas en las orejas.

«¿Pardal?»

No me acordaba de nada. Ni de mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré hacia el ventanal, buscando con angustia los árboles de la Alameda.

[2] En castellano en el original.

Y fue entonces cuando me meé.

Cuando los otros chavales se dieron cuenta, las carcajadas aumentaron y resonaban como latigazos.

Huí. Eché a correr como un locuelo con alas. Corría, corría como sólo se corre en sueños cuando viene detrás de uno el Hombre del Saco.

Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mí. Podía sentir su aliento en el cuello, y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré hacia atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba a solas con mi miedo, empapado de sudor y meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía fijarse en mí, pero yo tenía la sensación de que todo el pueblo disimulaba, de que docenas de ojos censuradores me espiaban tras las ventanas y de que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarles la noticia a mis padres. Mis piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta Coruña y embarcaría de polizón en uno de esos barcos que van a Buenos Aires.

Desde la cima del Sinaí no se veía el mar, sino otro monte aún más grande, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y melancolía lo que logré hacer aquel día. Yo solo, en la cima, sentado en la silla de piedra, bajo las estrellas, mientras que en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi busca. Mi nombre cruzaba la noche a lomos de los aullidos de los perros. No estaba impresionado. Era como si hubiese cruzado la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando apareció junto a mí la sombra recia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me cogió en brazos. «Tranquilo, Pardal, ya pasó todo».

Aquella noche dormí como un santo, bien arrimado a mi madre. Nadie me había reñido. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como había sucedido cuando se murió la abuela.

Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado la mano durante toda la noche. Así me llevó, cogido como quien lleva un serón, en mi regreso a la escuela. Y en esta ocasión, con el corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo.

El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. «Me gusta ese nombre, Pardal». Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano hacia su mesa y me sentó en su silla. Él permaneció de pie, cogió un libro y dijo:

«Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso». Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. «Bien, y ahora vamos a empezar un poema. ¿A quién le toca? ¿Romualdo? Venga, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta».

A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas.

Una tarde parda y fría...

«Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?»

«Una poesía, señor».

«¿Y cómo se titula?»

«*Recuerdo infantil.* Su autor es don Antonio Machado».

«Muy bien, Romualdo, adelante. Con calma y en voz alta. Fíjate en la puntuación».

El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo y muerto Abel,
junto a una mancha carmín...

«Muy bien. ¿Qué significa *monotonía de lluvia*, Romualdo?», preguntó el maestro.

«Que llueve sobre mojado, don Gregorio».

«¿Rezaste?», me preguntó mamá, mientras planchaba la ropa que papá había cosido durante el día. En la cocina, la olla de la cena despedía un aroma amargo de nabiza.

«Pues sí», dije yo no muy seguro. «Una cosa que hablaba de Caín y Abel».

«Eso está bien», dijo mamá, «no sé por qué dicen que el nuevo maestro es un ateo».

«¿Qué es un ateo?»

«Alguien que dice que Dios no existe».

Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón.

«¿Papá es un ateo?»

Mamá apoyó la plancha y me miró fijamente.

«¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa bobada?»

Yo había oído muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios. Decían las dos cosas: me cago en Dios, me cago en el demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían realmente en Dios.

«¿Y el demonio? ¿Existe el demonio?»

«¡Por supuesto!»

El hervor hacía bailar la tapa de la cacerola. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor y gargajos de espuma y verdura. Una mariposa nocturna revoloteaba por el techo alrededor de la bombilla que colgaba del cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada como cada vez que tenía que planchar. La cara se le tensaba cuando marcaba la raya de las perneras. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriese a un desvalido.

«El demonio era un ángel, pero se hizo malo».

La mariposa chocó con la bombilla, que se bamboleó ligeramente y desordenó las sombras.

«Hoy el maestro ha dicho que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el muelle de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que enviar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?»

«Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te ha gustado la escuela?»

«Mucho. Y no pega. El maestro no pega».

No, el maestro don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se peleaban durante el recreo, él los llamaba, «parecéis carneros», y hacía que se estrecharan la mano. Después los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro chaval, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, al que le hubiera zurrado con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandase darle la mano y que me cambiase del lado de Dombodán. La forma que don Gregorio tenía de mostrarse muy enfadado era el silencio.

«Si vosotros no os calláis, tendré que callarme yo».

Y se dirigía hacia el ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, descorazonador, como si nos hubiese dejado abandonados en un extraño país. Pronto me di cuenta de que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. La hierba, la lana, la oveja, mi frío. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomos de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio[3] contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América. Y a América emigramos cuando llegó la peste de la patata.

«Las patatas vinieron de América», le dije a mi madre a la hora de comer, cuando me puso el plato delante.

«¡Qué iban a venir de América! Siempre ha habido patatas», sentenció ella.

«No, antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz». Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias

[3] Lugar emblemático de la provincia de Pontevedra en el que durante la guerra de Independencia las tropas gallegas derrotaron a las francesas, mandadas por el mariscal Ney.

al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían.

Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche y azúcar y cultivaban setas. Había un pájaro en Australia que pintaba su nido de colores con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba el tilonorrinco. El macho colocaba una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.

Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y festivos que pasaba por mi casa e íbamos juntos de excursión. Recorríamos las orillas del río, las gándaras, el bosque y subíamos al monte Sinaí. Cada uno de esos viajes era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Un caballito del diablo. Un ciervo volante. Y cada vez una mariposa distinta, aunque yo sólo recuerdo el nombre de una a la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o el estiércol.

Al regreso, cantábamos por los caminos como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: «Y ahora vamos a hablar de los bichos de Pardal».

Para mis padres, estas atenciones del maestro eran un honor. Aquellos días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos: «No hace falta, señora, yo ya voy comido», insistía don Gregorio. Pero a la vuelta decía: «Gracias, señora, exquisita la merienda».

«Estoy segura de que pasa necesidades», decía mi madre por la noche.

«Los maestros no ganan lo que tendrían que ganar», sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. «Ellos son las luces de la República».

«¡La República, la República! ¡Ya veremos adónde va a parar la República!»

Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia. Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero a veces los sorprendía.

«¿Qué tienes tú contra Azaña? Eso es cosa del cura, que os anda calentando la cabeza».

«Yo voy a misa a rezar», decía mi madre.

«Tú sí, pero el cura no».

Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría tomarle las medidas para un traje.

«¿Un traje?»

«Don Gregorio, no lo tome a mal. Quisiera tener una atención con usted. Y yo lo que sé hacer son trajes».

El maestro miró alrededor con desconcierto.

«Es mi oficio», dijo mi padre con una sonrisa.

«Respeto mucho los oficios», dijo por fin el maestro.

Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año, y lo llevaba también aquel día de julio de 1936, cuando se cruzó conmigo en la Alameda, camino del ayuntamiento.

«¿Qué hay, Pardal? A ver si este año por fin podemos verles la lengua a las mariposas».

Algo extraño estaba sucediendo. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban hacia delante se daban la vuelta. Los que miraban para la derecha giraban hacia la izquierda. Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca había visto a Cordeiro sentado en un banco. Miró hacia arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros, era que se avecinaba una tormenta.

Oí el estruendo de una moto solitaria. Era un guardia con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró para los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: «¡Arriba España!» Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de explosiones.

Las madres empezaron a llamar a sus hijos. En casa, parecía que la abuela se hubiese muerto otra vez. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo de agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios.

Llamaron a la puerta y mis padres miraron el pomo con desazón. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en casa de Suárez, el indiano.

«¿Sabéis lo que está pasando? En Coruña, los militares han declarado el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil».

«¡Santo cielo!», se persignó mi madre. «Y aquí», continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyesen, «dicen que el alcalde llamó al capitán de carabineros, pero que éste mandó decir que estaba enfermo».

Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas, como si de repente hubiese llegado el invierno y el viento arrastrase a los gorriones de la Alameda como hojas secas.

Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a misa, y volvió pálida y entristecida, como si hubiese envejecido en media hora.

«Están pasando cosas terribles, Ramón», oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor aún. Parecía que hubiese perdido toda voluntad. Se había desfondado en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer.

«Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo».

Fue mi madre la que tomó la iniciativa durante aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a misa. Cuando regresaron, me dijo: «Venga, Moncho, vas a venir con nosotros a la Alameda». Me trajo la ropa de fiesta y mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo con voz muy grave: «Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro».

«Sí que se lo regaló».

«No, Moncho. No se lo regaló. ¿Has entendido bien? ¡No se lo regaló!»

«No, mamá, no se lo regaló».

Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. También habían bajado algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas, paisanos viejos con chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola al cinto. Dos filas de soldados abrían un pasillo desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado, como los que se usaban para transportar el ganado en la feria grande. Pero en la Alameda no había el bullicio de las ferias, sino un silencio grave, de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardias, salieron los detenidos. Iban atados de pies y manos, en silente cordada. De algunos no

sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, los de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, *Charli*, el vocalista de la Orquesta Sol y Vida, el cantero al que llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al final de la cordada, chepudo y feo como un sapo, el maestro.

Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco a poco, de la multitud fue saliendo un murmullo que acabó imitando aquellos insultos.

«¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!»

«Grita tú también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!» Mi madre llevaba a papá cogido del brazo, como si lo sujetase con todas sus fuerzas para que no desfalleciera. «¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!»

Y entonces oí cómo mi padre decía: «¡Traidores!» con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, «¡Criminales! ¡Rojos!». Soltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida hacia el maestro. «¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!»

Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. «¡Cabrón! ¡Hijo de mala madre!» Nunca le había oído llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. «Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso». Pero ahora se volvía hacia mí enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. «¡Grítale tú también, Monchiño, grítale tú también!»

Cuando los camiones arrancaron, cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrieron detrás, tirando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la Alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: «¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!»

Manuel Scorza

El director Becerra

—Mucho gusto, señor Ledesma... Yo ya temía que nadie ocupara esta vacante...

Ledesma tiritaba de soroche, de fatiga, de frío. El director co-

menzó a indicarle su horario.

—Lo siento mucho, doctor Becerra... Creo que me regreso a Lima. No soporto la altura. Si sigo acá, me muero. Ahora me explico por qué nadie solicitó antes el puesto.

¡Cerro es terrible, señor director!

Becerra sonrió, preocupado.

—No le tema a la altura, profesor. En unos días se le pasará todo malestar. Lo que pasa es que usted no está bien abrigado. Aquí usamos otra ropa. Para comenzar, tiene usted que comprarse calzoncillos largos y camisetas de lana... ¿Tiene con qué, profesor?

—Francamente, estoy con las justas.

—Tampoco se preocupe por eso. Ahora mismo le consigo un crédito en «Gamarra Hermanos»... Yo también sufrí como usted. ¡Ahora míreme! ¡Estoy completamente aclimatado! Lo que pasa es que aquí respiramos un tercio del oxígeno que se respira en la costa. El cuerpo reacciona fabricando glóbulos rojos. Dentro de quince días tendrá usted seis millones de glóbulos rojos. Entonces se adaptará.

Así fue. Ledesma se recuperó, se interesó por sus cursos. Ese año, el colegio inauguró una Sección Nocturna para los mineros: muchos de esos alumnos eran padres de los alumnos de la Sección Diurna. Enseñando en la Nocturna comenzó a descubrir el Perú secreto de los campesinos quechuas. El curso lo apasionó. Esos alumnos graves, que escuchaban sus lecciones de historia con los rostros tiznados por el trabajo en los socavones, le daban sentido a la enseñanza. Se adentró tanto en sus problemas que pronto olvidaron que él era hombre del norte. Cuando Radio Pasco ofreció un espacio al colegio, Ledesma se propuso como animador del programa cultural «La Alborada». Gracias a la radio, la gente terminó de perderle la desconfianza con que se recibe a todos los afuerinos. Comentaban sus programas, le solicitaban que denunciara abusos, le informaban de todo. A mediados de 1959, Ledesma percibió un cambio: los alumnos comenzaron a ralear. El semestre acabó con las aulas vacías. La ciudad también se despoblaba. La «Cerro de Pasco Corporation» había decidido cerrar algunas minas. Los precios del plomo y del zinc descendían en el mercado internacional. La empresa se protegía despidiendo a millares de mineros, forzándolos así a regresar a sus pueblos. Ledesma comentó el problema en su programa radial. A la mañana siguiente, conocidos y desconocidos lo felicitaron. «Gracias, señor Ledesma. Por fin alguien se ocupa de nosotros. Los periódicos no dicen absolutamente nada. ¿Sabe usted cuántos hemos sido despedidos? ¿Sabe cuántos

regresamos tuberculosos? ¿Sabe cuántos padecemos de silicosis?»

Pero al director Becerra lo visitó un representante de la Prefectura: que el programa del Colegio, por favor, no se apartara de su misión, la cultura. El director accedió. «Profesor Ledesma: la Prefectura dice que usted nos está metiendo en camisa de once varas. He prometido moderación. Pero aquí, entre nosotros, siga usted con el programa tal como está. Si los jóvenes no protestan, ¿quién va a protestar? A su edad yo también era rebelde. Pensaba siempre en la frase de González Prada: "¡Rompamos el pacto infame de hablar a media voz!" ¡Lo felicito, profesor!»

Luis Cernuda

El maestro

Lo fue mío en clase de retórica, y era bajo, rechoncho, con gafas idénticas a las que lleva Schubert en sus retratos, avanzando por los claustros a un paso corto y pausado, breviario en mano o descansada ésta en los bolsillos del manteo, el bonete derribado bien atrás sobre la cabeza grande, de pelo gris y fuerte. Casi siempre silencioso, o si emparejado con otro profesor acompasando la voz, que tenía un tanto recia y campanuda, las más veces solo en su celda, donde había algunos libros profanos mezclados a los religiosos, y desde la cual veía en la primavera cubrirse de hoja verde y fruto oscuro un moral que escalaba la pared del patinillo lóbrego adonde abría su ventana.

Un día intentó en clase leernos unos versos, trasluciendo su voz el entusiasmo emocionado, y debió serle duro comprender las burlas, veladas primero, descubiertas y malignas después, de los alumnos —porque admiraba la poesía y su arte, con resabio académico como es natural—. Fue él quien intentó hacerme recitar alguna vez, aunque un pudor más fuerte que mi complacencia enfriaba mi elocución; él quien me hizo escribir mis primeros versos, corrigiéndolos luego y dándome como precepto estético el que en mis temas literarios hubiera siempre un asidero plástico.

Me puse a la cabeza de la clase, distinción que ya tempranamente comencé a pagar con cierta impopularidad entre mis compañeros, y antes de los exámenes, como comprendiese mi timidez y desconfianza en mí mismo, me dijo: «Ve a la capilla y reza. Eso te dará valor».

Ya en la universidad, egoístamente, dejé de frecuentarlo. Una mañana de otoño áureo y hondo, en mi camino hacia la temprana clase primera, vi un pobre entierro solitario doblar la esquina, el muro de ladrillos rojos, por mí olvidado, del colegio: era el suyo. Fue el corazón quien sin aprenderlo de otros me lo dijo. Debió morir solo. No sé si pudo sostener en algo los últimos días de su vida.

Antonio Alatorre

La directora

La directora era una mujer extraordinaria: sólida, inteligente, enérgica, respetada por todos y también querida, porque era encantadora. Además, vivía enfrente de mi casa. Esto es importante. Vivía enfrente de mi casa... (Por favor, si ves que me desvío mucho de lo que tú quieres, nomás interrúmpeme. Yo voy diciendo lo que buenamente me viene a la cabeza.) Se llamaba María Mares. Mariquita. Era la directora, y era también la maestra de sexto año. Mariquita nos habló de la *Ilíada* y la *Odisea* y nos habló también de la guerra del 14. Nos habló de todo: de la locomotora, de las vacunas, de la electricidad... (Había en el salón un arcaico laboratorio de física; recuerdo sobre todo el disco de Faraday, que estaba descompuesto, pero que todavía servía para saber cómo se producía la electricidad.)

Además, llevábamos el registro del tiempo, quiero decir que el salón de sexto año era el observatorio meteorológico de Autlán. Día por día se anotaba la temperatura, el estado del cielo, la dirección del viento...; y era bonito cuando había un fenómeno fuera de serie, como rayos, o niebla, o un arco iris. Estábamos jugando, pero la cosa iba en serio. Todo eso era bonito. La escuela fue para mí un gran regocijo. Pero lo del regocijo vendrá después.

Otra maestra

Muy cerca de María Mares (un poco abajo, pero muy cerca) está la maestra de quinto año, Magdalena Arias, una mujer bonita y fresca (tendría apenas veinte años), de una familia de maestras; sus cuatro o cinco hermanas eran maestras de escuela, y tenía sólo un hermano hombre, un rancherote, igual que el papá. A Magdalena Arias le parecían sosas las cosas que se cantaban normalmente en la escuela,

«Mambrú se fue a la guerra», himno a la bandera, himno a Hidalgo, etcétera. A ella le gustaban las canciones de Agustín Lara, y eso era lo que cantábamos en quinto año: «Azul», «Concha nácar», «Ojos verdes» («Aquellos ojos verdes, / serenos como un lago...»), cosas muy... digamos cabareteras, sobre todo una que decía: «Manchó la blanca flor de tu pureza / y fue un estigma de tu triste vida», donde a la mujer que dio un mal paso se le aconsejaba al final: «Olvida tu dolor, / vive para el placer, / ¡y nunca, nunca vuelvas a querer!» Lo notable era que la directora de la escuela, o sea Mariquita, tolerara semejante libertad (o semejante libertinaje). Claro que esas canciones sonaban de una manera en el disco, una voz con acompañamiento de piano o de orquesta, y de otra manera en el salón de clase, un coro de voces infantiles, sin ningún acompañamiento. Nosotros estábamos encantados: nos sentíamos muy a la moda, muy modernos. Bueno, Magdalena Arias...

Eso que antes te dije de la circulación de la sangre, fue Magdalena Arias quien nos lo enseñó. Dibujaba en el pizarrón los pulmones, y en medio el corazón, con sus ventrículos y sus aurículas, y las venas y arterias, y nos explicaba cómo era la cosa. Toda la enseñanza era oral. No sé si tú puedes imaginar eso. El único libro que teníamos era el de lectura, *Infancia*. Al final se añadía uno más, geografía de América en quinto y geografía universal en sexto. Ningún libro de matemáticas, ni de gramática, ni de historia, ni de ciencias naturales, ni de anatomía y fisiología. Todo oral. Yo estaba fascinado, y cuando había muchos nombres raros, los apuntaba en un papelito: clavícula, húmero, cúbito, radio..., todo eso. Cuando ella preguntaba cosas en la siguiente clase de anatomía, era yo, naturalmente, el que mejor sabía las respuestas. Recuerdo la vez que mis compañeros protestaron: «¡Así qué chiste! Tiene las cosas apuntadas en un papelito», y Magdalena, con muy buen sentido, les dijo: «Pues hagan ustedes lo mismo».

Antonio Martínez Sarrión

Doña Visita y doña Estrella

Mis primeras maestras en párvulos fueron doña Visita y doña Estrella, su auxiliar y sustituta. Doña Visita era guapísima, joven, bienoliente, dulce y con una perpetua sonrisa luminosa en el rostro. De su

mano tibia subí uno a uno los áridos escalones de las cartillas de Trillo Torija de la Editorial Magisterio Español: «o-so, o-si-to, si-tio» y era como ir volando, cogido a la cintura de Leslie Caron por los muelles de París en plena noche, mientras del Sena sube una bruma ligera. Doña Estrella era una mujer enfurruñada con la cara llena de arrugas, muy pintados ojos, labios y mejillas y cuyos visajes y temblores espasmódicos revelaban más de un gramo de locura, lo que la llevó a una jubilación anticipada y el ingreso, me parece en su ancianidad, en el psiquiátrico. La ondulación permanente que doña Estrella gastaba, unida a las chispas que su errabundo cerebro emitía, lograban que su cabello pareciese un espeso estropajo de acero bien empapado de brillantina. Ello unido a sus modos descoyuntados, le daban algo de muñeca de guiñol. Pedagógicamente tampoco debía ser ninguna María Montessori y en alguna ocasión acudí a la deslumbrante doña Visita pidiéndole repaso, o sea «que me diera lección»: «Pero Antoñito, ¿no te acaba de dar doña Estrella?» «Sí, pero es como si nada».

Una insolencia propia del renacuajo consentido y repipi que yo empezaba a ser.

Dado el oficio de mi madre, maestra de niñas en el grupo escolar donde yo me iniciaba a los palotes, es lógico que gozara de un trato de favor con no pocas secuencias de gazmoñería y necio engreimiento. Alguna vez, sin embargo, encontraba la horma de mi zapato o sandalia, con la temida irrupción de doña Pilar. Era ésta la directora del grupo, mujer entrada en años, solterona, seca y avinagrada, muy de derechas pero con un *background* cultural en absoluto despreciable. Tía de mi maestra guapa, doña Pilar tanto se me aparecía en su figura de ángel flamígero y despiadado que me vedaba o interrumpía el encuentro con mamá, cuando ésta se hallaba en clase, como en su encarnación de la abuela cariñosa y proveedora de golosinas. [...]

Niños y niñas, educados en estricta separación a partir de párvulos como ya conté, nos encontrábamos a la salida, pero nuestra solidaridad y trato no pasaba del racimo formado en torno a la cesta de chucherías y golosinas de un vendedor o vendedora astrosos. Allí se expedían caramelos, semillas de girasol tostadas y saladas, «pirulís de La Habana / que el que no los cata / se queda con ganas», pringosas manzanas confitadas, altramuces, cacahuetes, petardos atados y mixtos para rascar por el suelo o las paredes, canicas de barro, «piedra» y cristal y, sobre todo, regaliz en barras negras de sabor denso y consistencia de alquitrán seco y en los inolvidables troncos de paloduz, de

pulpa dulcísima y amarilla, que se ponía estropajosa con la masticación, soltando en la boca un jugo bastante asqueroso, que nos encantaba.

Al llegar a los seis o siete años me tocó cambiar de patio e ingresé en la sorda y brutal fratría de los machos, fuera, aunque en absoluto alejado, de la tutela materna y con el distintivo, antipático a mis compañeros, de ser, quieras que no, el protegido del maestro en su condición de colega y muchas veces amigo de mi madre. Bien caro que pagué tales dudosos privilegios. De entrada o en pocos meses me pasaron dos o tres grados, con el resultado de constituirme en el más pequeño de la clase, donde pululaban ya mozancones de diez o doce años con la precoz malignidad que les daba tanto el ser niños de la más dura posguerra, como proceder, la escuela era pública y gratuita, de las capas más bajas y machacadas de la población. Es difícil olvidar sus oscuros jerséis de borra a cuadros con botones de madera, sus pantaloncillos de tela fina hasta en el invierno, sus manos rojas y heladas llenas de sabañones sangrantes, sus cabezas rapadas al cero, sus caras torvas, sus cuerpos encogidos y sus risas desdentadas, roncas y crueles. Aprovechaban los recreos o las ausencias del maestro para pelearse entre ellos u hostigarme, hacerme rabiar con cualquier motivo o darme algún capón que otro. Presa de la impotencia, jamás los denuncié al enseñante, más por miedo a represalias que por odio al chivateo, pero me desencajaba, chillaba como una rata, me lanzaba al suelo pataleando o intentaba alcanzar la puerta, que alguno hacía rato obstaculizaba con mueca sardónica. Supongo que por mis aullidos, aunque también por ser un personaje popular de novelas baratas, me apodaron *El coyote,* lo cual contribuía a enfurecerme aún más. Aquellas venganzas en vez de volverme más humilde potenciaron mi altivez de «repelente niño Vicente», lo que unido a mi carácter aunque tímido, compulsivo, charlatán y enredador, llevó al maestro a colocar a mi vera en el pupitre de la primera fila —¡cómo no!— a un gordo gigantesco y oligofrénico, rijoso como un mandril, de piernas peludas y aliento fétido. Era muy bueno, no en exceso baboso y bastante sobón, aunque no conmigo ni con los otros varoncitos, sino con toda niña o hembra joven que se ponía a tiro hasta constituir, andando el tiempo, el terror de todas las colegialas de la ciudad, que el lelo patrullaba sin parar como un huno. Los gritos histéricos que se oían de las chicas nada más divisarlo, contribuían a espolear su celo de garañón, que sólo encontraba paz y alivio con la música. En efecto, el muchacho dio en melómano eminente y se dedicaba, a

pie de templete del parque, a mimar los movimientos del director de la banda municipal. Cuando nos hicimos mayores, ya no me reconocía y me faltaron ganas para una más que problemática estimulación de su memoria. Creo que murió joven como todos los desgraciados de su condición.

Mucho más brutales que las sevicias y bromas dentro de las clases resultaban, sin embargo, los juegos muchachiles en el patio de recreo. De aquella rotación estacional de entretenimientos, que nadie sabía quién imponía y dónde se decretaba su tiempo —canicas, chapas, carátulas de cajas de cerillas, tapas de refrescos, huesos de albaricoque horadados, pídola (que en mi tierra tenía dos modalidades y nombres autárquicos: «pirulí» y «filoresa»): marro, «tú la llevas», escondite inglés, «moscardón», «clavo» o «lima»—, me ha quedado con una mezcla de fascinación y pavor un juego que debía remontarse al paleolítico: el de la taba. Al menos ya lo frecuentaban los golfos que pintó Murillo y describió Cervantes. La índole del juego era medieval, abyecta y fatalista y giraba en torno al hueso limpio de la rótula de un cordero, el cual presenta en sus cuatro caras configuraciones distintas. Aquella suerte de dado brutal era lanzado al aire por el jugador, que podía obtener —participaban cuatro niños—, según de qué lado cayera, los roles de reo, verdugo, rey y definidor de los palos a administrar con una correa doblada por su mitad. Lo vertiginoso del juego y los cambios de papeles alimentaban abisales sueños de poderío, odios eternos, venganzas enconadas y borracheras sadomasoquistas. Todo ello cocinado con la vehemencia y entrega que la niñez estila. En las grises mañanas de invierno, acuclillados sobre el suelo de cemento del patio, el torvo verdugo azotaba al reo con el cinto en la mano amoratada mediante un número, siempre alto, de vergajazos que el rey, con la congelada sonrisa de todos los tiranos, había admitido a su edecán, un minucioso contable. Supongo que debió ser un juego inventado por rabadanes y no sé por qué lo suelo relacionar con el golpe mortal que propinó Caín a su hermano Abel con una quijada de asno, según litografías y estampas.

Miguel Otero Silva

La señorita Berenice

No el padre, no la madre, sino la señorita Berenice, maestra de escuela, fue el personaje de mayor relieve en el transcurso de la infancia de Carmen Rosa. El padre, don Casimiro Villena en pleno goce de sus facultades, fue siempre una energía inaccesible. Entre la hacienda, las vacas lecheras, los viajes a La Villa, «La Espuela de Plata», los pequeños quehaceres que él se inventaba, se le iban como agua entre las manos las horas del día. Tiempo para hablar con las niñas, para acariciar a las niñas, nunca le sobró. Carmen Rosa recordaba, como suceso excepcional e inusitado, la ocasión en que don Casimiro la llevó de la mano hasta la plaza. Era domingo y pasó por Ortiz un italiano con una osa domesticada. La osa se llamaba Maruka y movía los pies torpemente al son de una pandereta que golpeaba su dueño. Era un italiano triste, de largos bigotes lacios, una osa triste, simulando una música y un baile a la vera de un pueblo triste. Pero Carmen Rosa aplaudió hasta enrojecerse las manos y gritó una y otra vez con el italiano:

—¡Baila, Maruka!

Don Casimiro le compró esa tarde caramelos en la bodega de Epifanio, unos largos caramelos de menta rayados en blanco y rojo, y hasta la montó a cabrito en sus hombros, al regreso, cuando ella se mostró cansada. Carmen Rosa se entusiasmó tanto que, una vez en la casa, se atrevió a pedir:

—Papaíto, ¡cuéntame un cuento!

Pero don Casimiro, sorprendido del tono y de la demanda, se limitó a responder con su gravedad de todos los días:

—Yo no sé cuentos, hija.

En cuanto a la madre, doña Carmelita, siempre había sido una sombra. Una sombra de don Casimiro primero, una sombra de la sombra de don Casimiro luego, una sombra de la propia Carmen Rosa más tarde. Era dulce y buena doña Carmelita. Gustaba de socorrer a los pobres y de consolar a los afligidos. Rezaba sus oraciones con ejemplar devoción y se multiplicaba ante el lecho de los enfermos. Pero por la infancia de Carmen Rosa pasó como una sombra amable que la vestía diariamente de limpio, le anudaba hermosos lazos azules en el pelo y la reprendía muy de tiempo en tiempo, cuando era imposible dejar de hacerlo:

—Carmen Rosa, ¡no te subas a las ramas del cotoperí que tú no eres un muchacho varón!

La señorita Berenice era muy diferente. Ella nunca se había casado, ni había tenido hijos soltera, «ni para Dios, ni para el diablo», como hubiera dicho el padre Tinedo. Su vida era un pequeño territorio que limitaba por todas partes con la escuela y con las matas de guayaba. Unas guayabas grandes como peras, de carne blanca y agridulce, que la señorita Berenice defendía heroicamente del sol y del viento, de la lluvia y de los pájaros, pero no de sus discípulas.

Era una mujer pálida, de una pulcritud impresionante, siempre olorosa a jabón y a agua del río, siempre recién bañada y vestida de blanco. Cuando el pelo rubio comenzó a encanecer y, más aún, cuando encaneció totalmente, Berenice fue adquiriendo visos de lirio, de nube, de velero.

No era Carmen Rosa la consentida, como pensaban las otras, sino el orgullo de la señorita Berenice. Había pasado muchos años dando clases en aquella escuelita —algún día la jubilaría el Ministerio de Instrucción, ya se lo habían prometido— y jamás se sentó en los bancos de su corredor una muchacha más atenta, más estudiosa, más curiosa que aquélla. Llegaba la primera, con Martica a rastras, y se marchaba la última, después de comerse las mejores guayabas y de hacer mil preguntas fuera de clase que las más veces ponían en grave aprieto a la maestra:

—Señorita Berenice, ¿a qué distancia de nosotros queda la estrella más lejana?

—Señorita Berenice, ¿por qué no se derrama el agua de los mares cuando la tierra da vueltas?

—Señorita Berenice, ¿por qué las gallinas necesitan un huevo para tener sus hijos?

—Señorita Berenice, ¿de dónde salió la madre de los hijos de Caín?

Tal vez Berenice escondía la añoranza de haber tenido una hija exactamente igual a Carmen Rosa. Tal vez pensaba acongojadamente en ese deseo no cumplido, a la hora del ángelus, cuando la casa se quedaba sola y la luz amarillenta de la lámpara de carburo hacía más desolada su soltería. Pero eso no significaba que Carmen Rosa fuera la consentida.

Cuando se realizaron los exámenes de instrucción primaria, la señorita Berenice tuvo la oportunidad de demostrar a las demás alumnas, y de demostrárselo a sí misma, que su interés hacia Carmen

Rosa no se debía a una predilección caprichosa, ni a una injusta discriminación para con las otras niñas del pueblo. Había llegado un bachiller desde Calabozo, representando al Consejo de Instrucción, y constituyó el jurado examinador junto con ella misma y el señor Núñez, maestro de la escuela de varones.

Por mucho tiempo recordaron en Ortiz aquellos aciagos exámenes que no pasaron de la prueba escrita. Se presentaron diecisiete alumnos, entre hembras y varones, de edades muy diversas. Pericote, por ejemplo, que era el mayor, ya usaba pantalones largos y se afeitaba el bigote. Aspiraban todos a pasar al quinto grado, a servir de semilla para la creación de un quinto grado en Ortiz, que no existía desde mucho antes de la peste española. El señor Núñez y la señorita Berenice, infinitamente más nerviosos que sus discípulos, sabían de antemano que aquello no era posible. Con anquilostomos, con paludismo, con miseria, con olvido no era posible que aquel puñado de rapaces infelices aprendiera lo suficiente para aprobar un examen que iba a cumplirse de acuerdo con las sinopsis elaboradas en Caracas para niños sanos y bien nutridos. La señorita Berenice estaba más lirio que nunca y el señor Núñez se secaba el sudor con un pañuelo a cuadros mientras el bachiller de Calabozo dictaba las tesis correspondientes a la prueba escrita: «El estado Trujillo. Población, ríos, distritos y municipios...» O la de gramática: «El adverbio. Definición y clasificación». O la de instrucción cívica: «Derechos constitucionales de los venezolanos».

Al día siguiente sucedió lo inevitable. El bachiller de Calabozo llegó apenadísimo a la escuela del señor Núñez, donde había de celebrarse la prueba oral. Como quien lanza al agua un objeto inútil, dejó caer sobre el pupitre del maestro un fajo de cuartillas.

—Ni haciendo un esfuerzo caritativo pueden aprobarse —dijo—. Casi todos dejaron páginas enteras en blanco y los que intentaron desarrollar algún tema lo hicieron cometiendo infinidad de errores. Y luego la caligrafía, tan rudimentaria, como si fueran niños de seis años. Y la ortografía, no se diga. Ustedes deben comprender...

Núñez y Berenice comprendían demasiado. Inclusive deseaban hablar de otro asunto, del verano que había sido muy riguroso ese año, de la salud del obispo que se venía haciendo precaria. Pero el bachiller de Calabozo insistió, esta vez sonreído:

—Por supuesto que hay una excepción. Las tesis de esta niña son excelentes.

Y extrajo de una carpeta de cuero las páginas que había escrito

Carmen Rosa. Un carmín candoroso se extendió por el rostro de la señorita Berenice. El propio señor Núñez, conmovido, estrechó efusivamente la mano de la maestra.

Al bachiller de Calabozo le correspondía el trago amargo de anunciar la hecatombe al tropel anhelante que esperaba a la puerta de la escuela.

—Pueden regresar a sus casas. No hay prueba oral.

Y la señorita Berenice, tomando de un brazo a Carmen Rosa:

—Tú te quedas.

Presentó la prueba oral, única a responder ante tres examinadores, sin darse cuenta exacta de lo que estaba sucediendo. Y luego, cuando comprendió que había llegado sola y sobresaliente a un quinto grado que nunca existiría, se echó a llorar.

CAPÍTULO 5

«Aquellos hombres predicaban miedo»

Memoria amarga del maestro

Leopoldo Alas *Clarín*

ZURITA

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir a usted.

—Ése es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vio un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño llorón.

Zurita tardaba en contestar.

—¿No sabe usted cómo se llama? —gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquiles ha dicho usted?

—Sí... señor —respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es usted el hijo de Peleo? —preguntó muy serio el profesor.

—No, señor —contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rastra de jovialidad lastimosa—: Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscaban, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en artes, había cursado la carrera del notariado, y estaba terminando con el doctorado la de filosofía y letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y cada asignatura había sido ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habrían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también; y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, a quien sabía casi de memoria, y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado, su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas, y con esto y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto, que daba carácter al rostro de Aquiles, era una especie de resol ideal esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba a inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita, deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de

la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razón, de la poesía, de la crematística, de cuanto Dios crio, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo, menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él; no, lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más o de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la Ética, capítulo tercero, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del capítulo tercero de la segunda parte de la Ética, quiso continuar la broma de aquella tarde a costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó a la ocasión de las preguntas, se volvió a Zurita y le dijo:

—A ver, el señor don Aquiles Zurita. Hágame usted el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio, ¿qué entiende usted por conocimiento?

Aquiles se incorporó y tropezó con la cabeza en el techo: se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. *(Risas.)*

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado metafísica en Valencia...

—Bueno, pues... diga usted: ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada; el profesor tomó la cómica seriedad que usaba cuando se sentía muy satisfecho.

Aquiles se quedó triste. «Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia».

Mientras el profesor pasaba a otros alumnos, para contener a los revoltosos, a quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía más era tener que juzgar de modo poco favorable a una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, había saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque tenía la voz débil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!

Sí, Aquiles era un nombre ridículo en él. Su señor padre le había hecho un flaco servicio; ¡pero cuánto le debía! Bien podía perdonarle aquella ridiculez recordando que por él había amado los clásicos, había aprendido a respetar las autoridades, a admirar lo admirable, a ver a Dios en sus obras y a creer que la belleza está en todo y que la poesía es, *como decía el gran Jovellanos,* «el lenguaje del entusiasmo y la obra del genio». ¡Oh dómine de Azuqueca, tu hijo no reniega de ti, ni de tu pedantería, a la que debe la rectitud clásica de su espíritu, alimento fuerte, demasiado fuerte para el cuerpo débil y torcido con que la naturaleza quiso engalanarle interinamente!

Pero aquel mismo señor catedrático, seguía pensando Zurita, ¿hacía tan mal en burlarse de él? ¡Quién sabe! Acaso era un humorista; sí, señor, uno de esos ingenios de quien hablan los libros de retórica filosófica al uso. Nunca se había explicado bien Aquiles en qué consistía aquello del *humour* inglés, traducido después a todos los idiomas, pero, ya que hombres más sabios que él lo decían, debía de ser cosa buena. ¿No aseguraban algunos estéticos alemanes (¡los alemanes!, ¡qué gran cosa ser alemán!) que el humorismo es el grado más alto del ingenio? ¿Que cuando ya uno, de puro inteligente, no sirve para nada bueno, sirve todavía para reírse de los demás? Pues de esta clase, sin duda, era el señor catedrático: un gran ingenio, un humorista que se reía de él muy a su gusto. Claro, ¿a quién se le ocurre llamarse Aquiles y haber estudiado en Valencia?

Antonio Martínez Sarrión

LOS NIÑOS DE LA VICTORIA

Mi promoción, en el primer año de bachiller, era llamada por algún profesor «los niños de la victoria», puesto que la mayor parte habíamos nacido en el año 1939. Entre los que pronto serían mis amigos, aparte de Manolo Gaspar, se hallaban José Antonio Serra, Pedro Jesús Lledó, Jaime Belda, Pepe Aguilar, Juan Monteagudo y Rafael Moya, todos éstos hijos de profesionales liberales, funcionarios, profesores

o comerciantes de un buen pasar. Luego había una caterva de chicos y chicas, pues la educación, cosa rara en la época, era mixta en aquel centro, de más borroso recuerdo. De cualquier modo, el total sufrió sucesivos cernidos y abandonos, hasta concluir los estudios secundarios, en mi rama de letras, no más allá de quince o dieciséis alumnos, lo que era óptimo en cuanto a la individuación y aprovechamiento lectivo, pero no tan bueno en lo que tocaba al férreo control, un poco de escuela primaria. Agreguémosle la mediocridad del cuerpo docente, que sufrió una brutal limpia tras la guerra civil de sus elementos, en general, más dinámicos, generosos e informados. Con todo y con eso mi centro presentaba un nivel, en comparación con otros religiosos o privados, evidentemente superior.

Desde muy temprano, pues, apilados en torno a los radiadores que apenas entibiaban aquellas galerías iluminadas con bombillas de veinticinco vatios encerradas en globos lechosos y con azulejos en los muros que acrecentaban la sensación de frío gracias a sus destellos metálicos, aguardábamos el momento en que el catedrático, tan a disgusto como nosotros o más, penetraba en el aula, inundándola los alumnos a continuación, cabizbajos y torpones, para colocarnos en nuestros prefijados asientos o al buen tuntún, según el grado de prusianismo mental del maestro.

No me atrae gran cosa trazar ahora una galería de retratos de todos los profesores que me cayeron en suerte o desgracia, pero sí tendré que pergeñar al menos la figura de algunos de ellos, primero porque los tipos pintorescos y de extraños perfiles van siendo cada vez menos en esta civilización uniformadora y lela y en segundo término porque tales bultos, siempre en acción frente a nuestro silencio, admiración, indiferencia o temor, quedan impresos indeleblemente en la muy plástica memoria de esa edad, hasta llegar a adquirir con los años contrastados perfiles de medallones, bajorrelieves o esculturas.

El catedrático más eminente y de mayor personalidad que tuve en todo mi bachillerato, fuera de don Francisco Pérez que constituye un caso aparte por mi condición discipular antes y cómplice ahora respecto a él en todos los terrenos, menos en el de las matemáticas precisamente, fue don Jerónimo Toledano con el que cursé, con interrupción de un solo año, mis estudios de lengua y literatura españolas. Judío nacido en Tánger o Tetuán, hablaba un español riquísimo y jugoso con acento andaluz muy cerrado. Bajo, rechoncho, con cuello de toro, nariz corva y no muy grande, noble y alta cabeza con entradas en el negro pelo muy rizado, debía andar por los cincuenta

años cuando empezó a darme clases y detrás de él había una trayectoria personal y profesional desastrosa. Casó joven, como recuerda Ramón Gómez de la Serna en su admirable biografía de Valle-Inclán, con la hija mayor del escritor, Concha, y con su esperable oposición. Se rumoreaba que don Jerónimo, por rojo —a mí me parece ahora que no pasaba de un asustadizo liberal— había perdido un instituto madrileño, siendo desterrado tras la guerra al de Albacete. A mi pueblo solía acudir, en época lectiva, un par de días por semana en los que agrupaba todas sus clases. Acabado el maratón, regresaba en un rápido, tercera clase, a Madrid donde vivía austeramente en un piso de la calle de Andrés Torrejón, junto a la basílica de Atocha. Corría la especie de que, separado de su mujer hacía años, debía subvenir a la costosa estancia de un hijo adolescente o muy joven, internado en uno de aquellos sanatorios antituberculosos que, durante la posguerra y antes de los antibióticos, proliferaron como setas en la zona más abrigada de la sierra de Guadarrama. Tenía también una hija de la que no había más noticias. Para echarle más patetismo a la situación, se contaba que era feísima. Se puede imaginar lo que aquel profesor podía hacer con los sueldos de la época teniendo que pagarse una fonda, pues no le llegaba para hotel, y desplazamientos semanales en tren. Fue el único profesor de secundaria que desde el primer día de clase nos llamó de usted, oscilando su talante de lo benevolente y laxo a lo irritable o a la pura ausencia enfoscada, detrás de un periódico o libro, emplazándonos en ese caso a que repasásemos la lección ante las inminentes preguntas que nunca llegaban. A causa de su rareza y oscilaciones de humor era temido por el alumnado, aunque al final del curso tendía a ser más bien machadiano y apenas suspendía a nadie. Como didacta, para mí al menos, era tan arbitrario como perfecto. [...]

En comparación con don Jerónimo Toledano mis otros profesores y maestros, no sólo del bachillerato sino de la carrera y otros estudios, resultan desvaídos. Los dos que intentaron enseñarme matemáticas, por ejemplo, eran individuos bastante penosos: los tres primeros cursos me tocó un vejete encorvado, solterón, astroso, con inmensos abrigos de paño muy fino que le tapaban los pies, muy miope y al que se le caía la moquita desde una nariz algo corvina y de punta, siempre húmeda y rojiza. Hablaba muy deprisa marchando a pequeños pasitos por el aula, mientras se frotaba las nudosas manos, colgándole una colilla muy babeada del labio inferior. La boca dejaba asomar unos dientes de un amarillo casi negro. Era auxiliar de la

asignatura y los alumnos no le guardaban respeto alguno, aludiéndole siempre por su mote de Potaje. Y fue que en cierta ocasión le echaron en el tintero de la mesa unas judías o garbanzos y al ir a mojar la pluma al extremo del palillero, tropezó con una legumbre seca. Con gesto, entonces, entre estupefacto o indignado, musitó a toda velocidad y lanzando saliva: «¡Esto más que tinta pareciera un potaje!» Era un buen hombre, pero el peor didacta que cabe pensar. No le sacaba muchas cabezas el otro matemático, hombre menos destartalado, un señor distinguido incluso, que vivía en una casa noble con jardín, pérgola y balaustradas, céntrica y muy cerca del instituto. Contable o alto empleado de la Tabacalera, su miopía resultaba mayor que la de Potaje y era extremadamente serio y aburrido, andando todo el rato escondido tras una monumental cartera de cuero negro, llena de listas, talonarios, libros y papeles. Para variar, yo seguí siendo bastante nulo en matemáticas, por lo que en casa sufría de repasos intensivos, que no concluían al cerrar la noche, requiriendo de una última tanda mañanera, en la cama y antes de levantarme, asearme y desayunar con mi madre, inflexible a mi vera, interrogándome sobre la suma de quebrados o la extracción de una raíz, que más que cuadrada me parecía dentaria y sin anestesia. Pese a lo anterior nunca fui suspendido en las convocatorias de junio ni en matemáticas, ni en asignatura alguna, valga la vanidad, pero en aquéllas solía subir poco del aprobado.

El catedrático de filosofía, disciplina que se cursaba a partir del quinto curso, era un tipo burlón y *bon vivant* que si no doctísimo —corrió el bulo de que su cátedra la había obtenido otro por él— al menos me hizo entender para siempre el componente irónico que cualquier encaramiento ante el mundo y el hombre supone y precisa. No era Sócrates, sin embargo, su pensador más querido, sino, cosa rara en un hombre que de Heidegger no debía tener más que vagas noticias en revistas especializadas, los presocráticos, en los que como Toledano en el *mester de clerecía,* se demoraba embelesado durante todo un trimestre, con evidente perjuicio de la filosofía moderna que en el manual que recomendó terminaba en la lección dedicada a la tríada Bergson, Husserl, Scheler. En la sesión dedicada a explicar el método del segundo, se produjo un bufo percance que me concernió, muy revelador del talante humorístico de aquel hombre. La clase de filosofía era la última de la jornada matutina y a su término los chicos bajábamos en tromba unas escaleras, sólo para alumnos, hacia el andén inferior y la salida.

Solíamos franquear los escalones de tres en tres, rugiendo y vociferando, mientras nos golpeábamos con los cartapacios de libros y apuntes. Mi aullido aquella mañana debió ser tan destemplado y ensordecedor que el profesor, con la pachorra que le caracterizaba, y sin perder la sonrisa le dijo a un estudiante que salía con retraso: «Por favor, por el hueco de la escalera, que aún lo alcanzas, dile a Sarrión que suba». El otro gritó la orden y volví grupas. Don Luis me aguardaba en la puerta del aula: «Ahora vas a volver a bajar despacio y en silencio y el próximo día me traes una redacción, un vamos a llamarle "complemento dominical" en tres cuartillas, con el siguiente tema: "Fenomenología del alarido"». De más está decir que cumplí el castigo y que daría algo por saber qué diablos pude especular con dieciséis años sobre tan abstracto y pintoresco enunciado.

Mi maestro de lengua y literatura latina era un cura, un poco de misa y olla, aunque de excelente familia. Cazador y socio del Círculo Cinegético Albacetense, contertulio de mi padre por lo tanto. Tiraba de continuo, buscando en las honduras del pantalón, bajo la sotana algo gastada, de la clásica petaca de cuero gastado, con las que enrollaba unos muy considerables pitillos de tabaco negro, que solían eternizársele, apagados, sobre el labio inferior algo caedizo. Era en verdad un santo varón, que para mayor beatitud suya y gozo de sus desvergonzados alumnos estaba afectado de una fenomenal sordera, circunstancia ésta no aliviada por prótesis, trompetilla o aparato alguno, y que impidió que supiéramos una palabra de la antigua y noble lengua del Lacio. Nadie sabía otra cosa que recitar como una cotorra y muy cerca de su oído, lo que un compañero, en un plano más bajo desde la primera fila y tapándose la boca, iba susurrando: descomposición de un periodo en oraciones simples, enunciación de cada parte de la oración y traducción final del fragmento que tocase: César, Suetonio o Livio. Así transcurrieron cinco o seis cursos y aún me llena de asombro que pudiésemos pasar, ahí ya sin trampa ni cartón, el examen de grado, que se realizaba al final del sexto año. Y lo que fue más inaudito, la prueba en la universidad, que coronaba el curso preuniversitario. [...]

Como puede comprobarse, el área de las humanidades, por afición mía y calidad humana de algunos profesores, fue la más próxima a mis fervores estudiantiles porque, aparte de las nulas condiciones didácticas de mis polvorientos profesores de matemáticas, los restantes enseñantes de la rama de ciencias de la naturaleza, cuando no eran fatuos y memoriones, caían en el sadismo y la haraganería,

como aquél de física y química, que se solazaba con el silencio aterrado de sus alumnos, cuando ascendía y descendía múltiples veces con la pluma, sobre la lista de nombres, antes de pronunciar el de la víctima, que sin apenas excepciones era vejada por aquel energúmeno en la pizarra, antes de mandarla de vuelta a su asiento con un cero ostentosamente redondeado hasta romper el papel. A este señor que luego llegó a ser, naturalmente a dedo, presidente de la Diputación por algún tiempo, le dio un día la ventolera de que, por grupos de tres o cuatro, nos fuéramos familiarizando en horas muertas con el mundo del experimento. Empezamos, pues, a frecuentar un gabinete de artilugios instalado en dependencias anejas al aula y que era una auténtica delicia: debió ser formado antes de la guerra, cuando se edificó y abrió el centro, y consistía en un pintoresco conglomerado de máquinas de física recreativa, manómetros, aparatos ópticos y productores de electricidad a manivela, poleas, barómetros, sismógrafos, telégrafos y teléfonos primitivos, láminas anatómicas, telescopios y microscopios, telémetros y hasta una damajuana con feto conservado en formol. Y mil cachivaches más, admirables, raros, lúgubres, oxidados, la mayor parte de ellos descompuestos o faltos de algún elemento o pieza central.

Había un esqueleto de huesos reales —el plástico apenas comenzaba a asomar como lujosísimo elemento— con el cual bromeábamos entre los gritos histéricos de las chicas. En la zona dedicada a la química, la proliferación de tubos, matraces, redomas, alambiques, cánulas, frascos con tapones de esmeril llenos de líquidos multicolores y ese olor característico amargo, ácido y de botica antigua, terminaban redondeando toda una atmósfera fáustica, con los rimeros de libracos y revistas, que se amontonaban en mesas de obra adosadas al muro y recubiertas con blancos azulejos y estanterías de pino sobre ellas. Se condensaba allí la cifra y alegoría de la Sapiencia tal como yo la intuía y me sentí muchas veces un poquito Nostradamus, Nicolás Flammel o Cagliostro. De allí data mi fascinación por Durero, el artista que mejor plasmó icónicamente ese mundo. No me cansaba de examinar número a número y hoja a hoja la revista *Arbor* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que constituía para mí el depósito y *thessaurus* de todos los arcanos del pensamiento, la ciencia, la especulación y las artes. La verdad es que aquellos inhóspitos y de algún modo cálidos recintos, donde sin vigilancia ni tutoría alguna campábamos por nuestros respetos, constituyeron el reino de la libertad y el ensueño más absolutos y gozosos. El cátedro,

entre sus obligaciones políticas y su desgana, se limitó a introducirnos en la cueva de los portentos y a adiestrarnos en el experimento más palmario e inocuo: el consistente en volcar sodio en un recipiente con agua, con el regocijante efecto de que el elemento se apiñara en hirvientes bolitas que corrían por los bordes de vidrio hasta disolverse. Enseguida, nuestro deporte favorito fue echar carreras «a ver si tu bolita o la mía llegan primero a la meta» que era la mentada evaporación final. De modo que lo único que le puedo agradecer al profesor fue aquella confianza en nosotros, al dejarnos triscar por gabinetes y salas encantadas y el desinterés y ausencia sistemática de nuestros juegos, risas y exploraciones. Las torturas memorísticas de la retención de la tabla periódica de elementos químicos simples o el razonamiento de la ley de Gay-Lussac o de la ecuación de Clapeyron, hay que situarlos en el otro platillo de la balanza, como adquisiciones de cultura en las peores condiciones de terror y sumisión, acaso producto de los desarreglos entre dispépticos, crematísticos y epocales del enseñante, acarreos que a la postre han desaparecido casi del todo de mi caletre, no sabría decir si para bien o para mal.

Miguel de Unamuno

Fue mi primer maestro

Fue mi primer maestro, mi maestro de primeras letras, un viejecillo que olía a incienso y a alcanfor, cubierto con gorrilla de borla que le colgaba a un lado de la cabeza, narigudo, con largo levitón de grandes bolsillos, algodón en los oídos y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre de El Pavero. Los pavos éramos nosotros, naturalmente; ¡y tan pavos!

Repartía cañazos en sus momentos de justicia, que era una bendición. En un rinconcito de un cuarto oscuro, donde no les diera la luz, tenía la gran colección de cañas, bien secas, curadas y mondas. Cuando se atufaba, cerraba los ojos para ser más justiciero, y cañazo por aquí, cañazo por allá, a frente, a diestro y siniestro, al que lo cogía lo cogía, y luego paz para todos. Y era ello una verdadera fiesta, porque entonces nos apresurábamos todos a refugiarnos del cañazo, metiéndonos debajo de los bancos.

José Agustín Goytisolo

Mis maestros

Aquellos hombres
predicaban miedo.
Miedo convulso
en la lección diaria;
oscuro miedo
por los corredores
entre esperma y latín
en la espantosa
composición exacta
de lugar: un niño
solo; mentido
y solo; amordazado
y frío buceando
en el pozo:
arriba; arriba;
sin aire casi;
arriba; más aún
hasta alcanzar
el borde de la vida.

Emiliano Pérez Cruz

Y él me lleva en su mirada

Profesor Carlos alias El Popochas. El Popochas. Me causas risa; tienes piernas de popocha: flacas, secas, trastabillantes como aquella vez que dejaste de dar tu clase pues en ese momento llegaba Jorge al salón con media hora de retraso; burló ágil (de eso estoy segura) la vigilancia del prefecto Guadalupe y ahora está en el quicio de la puerta, míralo, la abrió con fuerza y tararea alguna melodía, los brazos en jarras: el desafío es pleno. Vamos, Popochas, despierta, obsérvalo; está canturreando y tú no actúas a pesar del rencor que le tienes. Es él y viene a pelear, ¿no lo adivinas?, de lo contrario ¿crees que se habría presentado? Violó tus normas, sintetizadas sobre el pizarrón, en un enorme cartel con letras violáceas:

Paz y Orden es Progreso

Orden, sí, señor. Tú, Popochas, alegabas que él nos haría fuertes, nos llevaría al triunfo destinado sólo a los más *fuertes*. (Pero ahora las sábanas te pesan como una lápida marmórea, ya no me dices que formando a la juventud en el amor a la patria y dándole a beber de la fuente del saber haremos gente de provecho, productiva.) Qué fácil; mira cómo sonrío, irónica, y el espejo en el que ahora me veo miente porque no sabe la verdad. Ni tú ni yo. ¡Qué fea me veo sin peinar! ¿No quieres mirarte un momento? ¿Acaso tienes miedo? No me gusta tu aspecto, te pondré un poco de colorete en las mejillas.

Así, así. Eres buen hombre, disciplinado. La disciplina, el orden. ¿Te acuerdas que la entrada a la Escuela Secundaria Diurna número 60-bis era a las siete y media en punto? «¿En el punto de quién, prof?», te albureó alguna vez Jorge y en castigo lo remitiste a la dirección, maldito. De ahí lo enviaron a lavar los guáteres sin mascarilla ni guantes: a mano limpia. Cumplía sin respingar, teniendo detrás al prefecto Guadalupe (ojos de vicioso, degradado y degradante, quien en su juventud y hasta antes de cumplir los treinta y seis fue soldado raso; murió enfermo de disciplina, de *eso* que ustedes llaman disciplina: después de lo de Jorge volvió a vestir el uniforme y cayó en una emboscada que los guerrilleros de la sierra le tendieron al convoy en donde iba; no se perdió gran cosa porque siempre fue un infeliz, terror del alumnado, perseguidor infatigable de niñas impúberes o de curvas precoces, como las mías en aquel tiempo; delator de alumnos que saltaban la barda para vivir no entrando a clases; vendedor de boletos para rifas que nunca se llevaban a cabo, y ay de aquel que protestara). ¿Ángel? No, demonio custodio de Jorge, entretenido con las manos en el excusado, amarillento, resbaloso, maloliente. El prefecto se descuidó y Jorge, ¿no lo ves?, corre al taller de carpintería al que yo quise ingresar, pero nunca pude porque la señorita Catalán decía que no eran labores propias de una mujer.

(Para nosotras era el taller de corte y confección, o el de cocina. Alguna vez te pidieron, Popochas barriga de pulquero, que intercedieras en la dirección o con Catalán, la subdirectora, para que se nos autorizara, pero ella nunca aceptó: «¡Machorras, marranas indecentes, ¿para qué quieren entrar al taller de los hombres?!» Eso dijo Catalán y le diste la razón.)

Pero mira a Jorge, obsérvalo: regresa con un bote de pegamento en la mano; el viento encrespa su pelo corto y la corbata se le agita

como bandera. Llega a los guáteres y oprime con fuerza la mamila en los bordes de las tazas de cerámica percudida. Están listas. Jorge esconde el recipiente y se va. El prefecto Guadalupe salió con un memorándum a la SEP. (Ahora te peino un poco, así. Podría hacerte trenzas diminutas, infinidad de trencitas. Pero no tiene chiste. Ni las disfrutarías. Nunca tuviste sentido del humor, ni cuando a tus alumnos predilectos les calentamos los fríos asientos de lámina con antorchas de periódico y al sentarse, después del recreo, llevaron el susto de su vida al no saber por qué la temperatura tan elevada de los mesabancos. No fuiste capaz de sonreír, a pesar de que toda la clase fue unánime en la carcajada. A todos, excepto a tus predilectos, nos privaste de la media hora de recreo durante un mes, sin salir siquiera a orinar o comer algo. Pero no ocultaste tu satisfacción cuando Galdina no pudo contenerse y se orinó en los calzones. Sólo entonces levantaste el castigo.)

El alboroto por lo del pegamento fue después. Tú te enteraste bien, Popochas, porque eras el profesor encargado de la Comisión de Orden. Las estúpidas niñas, compañeras mías, a la hora del recreo abarrotaron los guáteres y media docena de ellas salió con las pantaletas adheridas a las nalgas. Catalán reprendía: «No se dice nalgas, niñas majaderas, sino «pompis»; y no es «voy a hacer caca», sino «popó». Fueron a quejarse a la dirección y llegaste a los baños junto con Catalán; sorprendieron a las de tercer año —ninguna de mi grupo— frente al tocador, rizándose las pestañas y con los labios pintados, como si hubieran comido dulce de grosella o pitayas. Ahí ocultas, levantaban con alfileres la bastilla de sus faldas, rellenaban los brasieres con hule espuma, botaban las tobilleras y se ponían medias. La subdirectora casi sufre un colapso al ver a sus niñas, inocencia que no debía ser tocada ni por el pétalo de una rosa, con las mejillas rojas por el colorete y el bilé a granel y el rímel agrandando sus ojos (pero más la sorpresa); algunas cayeron al tratar de huir aterradas y otras más, al intentar descender de sus puestos desde donde espiaban los guáteres de los muchachos, metían los pies en las tazas. Hubo severas sanciones para todos, y tú dejaste sentir el peso de la autoridad.

(Popochas trató de culparte a ti, Jorge, pero con habilidad evadiste la acusación y la cosa no pasó a mayores; te odió de por vida, pues resultabas una mancha en su larga carrera al frente de la Comisión, una mancha tan molesta como la del cristal de la ventana desde donde vemos caer esta lluvia intermitente, monótona; el agua inunda el

cáliz de las gladiolas del patio. Mira desde este sexto piso a la portera, cómo va con sus reumas a cuestas y su eterno rebozo rayado envolviendo su cabeza. A ella se le murió su esposo, el sordito que boleaba a las puertas de la iglesia de Moneda; era cojo, pues el tren le cortó un pie allá, por donde estaban los tiraderos de Azcapotzalco. Ahora lleva su viudez arropada en un silencio plácido. Se siente satisfecha y dice que sólo aguarda que Dios la recoja. Su rebozo es como una coraza milenaria que nos impide conocer lo que realmente ha vivido, nunca habla más de lo necesario, y se pasa el día con sus cenzontles y sus gatos. ¿Temerá sentir la frescura de la lluvia? Mira esta abeja que tengo atrapada en el vaso de cristal cortado que me regalaste; adhiere las patas sin esperanzas, buscando la libertad. Ya está, eres libre, libre de perderte en la lluvia y de morirte lejos. Libre como nosotros. Jorge... ¡Jorge! ¡Joorgeee! Es inútil, nunca más estarás conmigo.)

Imposible. ¡Jooorgeee! Por más que grite ya no estarás junto a mí. Tanto tiempo ha pasado. (Maldito seas de por vida, Popochas, y maldito tu vagar en las sombras, de donde espero nunca saldrás para molestar como los difuntos de mi madre: la aterrorizaban en medio de sus sueños y le silbaban a los oídos frases ininteligibles hasta que despertaba sobresaltada y le decía a mi padre: «Por más que te tocaba el cuerpo con los pies y te zarandeaba para que despertaras y rezaras alguna oración o lanzaras maldiciones para ahuyentarlos, era imposible». Y el cuerpo de alguna ánima que ella sentía se le cargaba hasta impedirle respirar, queriéndole hablar y ella sólo entendía «evoción, effvvfción, derffuxión» o algo así; despertaba sobresaltada y sudorosa, fue cuando se murió mi abuelita, la del pueblo donde dicen que pasó tiempos de hambre indecibles, peleándoles a los perros las tortillas de masa martajada para darles de comer a sus siete hijas que le dejó el difunto Telésforo, profesor de la escuelita en la que encontraron a un niño emparedado que, decían, era de la maestra anterior quien lo tuvo y lo mató por temor a enfrentar la ira del pueblo, que castigaba sangrientamente los devaneos de las mujeres —sobre todo cuando ellas eran solteras y se agenciaban un amante casado—. En la escuela solamente quedó el hueco como seña de la maldad de ¿quién? Una grieta similar a la que sueño a diario y en la que temo caer y de donde tú, Popochas, nunca saldrás porque siempre temiste arriesgar más de lo que te permite la rienda de tus normas y tus...) Me espantaste, Popochas: sentí, vi que movías una mano. Me causas una inquietud sólo comparable a la que me producía la

señorita Catalán, por ejemplo la vez que me torcí una mano en la clase de educación física y me raspé la rodilla derecha, en la que Jorge me hacía cosquillas con su lengua cuando nos íbamos al bosque de Aragón de «pinta», o durante los escarceos eróticos que compartíamos con Celia, otra novia a la que quería tanto como a mí y quien estuvo varias veces con nosotros en el lecho. Si quieres que te siga contando, deja que te ponga tantito bilé en los labios. Así, para la boquita un poco, no seas arisco. El rojo te va muy mal, mejor un poco de brillo. ¡Qué asco, tus belfos perrunos no se ven bien con nada! El nacarado te lo voy a dejar. Recuerdo que ése llevaba la señorita Catalán cuando se ofreció para curarme, no permitió que me llevaran a la enfermería. Me introdujeron a su oficina, y ahí me acarició como no te das idea, Popochas, y no pude decir nada: aunque amenacé gritar, ella lo evitó preguntándome por Jorge y Celia. Estaba enterada de nuestras relaciones. A él nunca le dijo nada, pero creo que a eso se debió el castigo de aquella vez que le dijo «Maldita vieja quedada» cuando pasó a su lado; a pesar de que la maldición fue entre dientes, Catalán alcanzó a escuchar y dio órdenes precisas para un nuevo castigo. Jorge era un campeón para acarreárselos.

Ella sí era una solterona empedernida: pasaba de los cincuenta años y tuvo un novio al que amó hasta la locura y estuvo a punto de entregársele, pero lo abandonó cuando supo que era casado. Se sintió desdichada pero pronto consiguió otro, porque antes su rostro no era tan terrible como ahora, ajado por la castidad y el tiempo, no así su cuerpo, conservado con redondeces que incitarían a cualquiera para buscar la manera de intimar con ella. A Bubú, mi compañero de banca, lo vio una vez espiando debajo de la escalera; Catalán cerró instintivamente las piernas, descendió y le propinó dos sonoras bofetadas. Bubú sólo rio. Perra suerte la de la subdirectora: el otro novio murió la víspera de la boda: caminaba por un bosque cercano a su casa y lo apuñalearon para robarle. Arrojaron el cuerpo al fondo de un pozo y cuando lo sacaron, dicen, olía tan mal como los excrementos de los muchachos que se intoxicaron en la escuela porque Jorge, al faltarle al respeto a Catalán, fue castigado por ti, Popochas, y lo pusieron a fregar con escobetilla todo el patio después de la hora del recreo.

Se las ingenió como pudo y violó el candado de la cooperativa escolar; quitó la crema a las tortas y les untó del resistol que había ocultado en un cono de leche; los alumnos del turno vespertino las engulleron golosamente. Tuvieron que soportar los lavados estomaca-

les que los de la Cruz Roja les aplicaron. Nunca supieron quién fue el responsable y culparon a la lechería que les enviaba la crema, pues unas dos veces había sucedido ya, pero como era una empresa influyente el problema no trascendió.

Jorge, siempre Jorge fue inculpado en todo: si se perdían los gises y aparecían las paredes de la escuela con los nombres de los maestros y su correspondiente apodo; si había un dibujo pornográfico en las paredes de los guáteres; si ponchaban un balón de voleibol; si una niña se quejaba de los mirones que asolaban los vestidores de las muchachas; todo, todo Jorge sin mayores trámites.

Luis García Montero

Tiempo de exámenes

Al niño del último pupitre no se le dan bien las matemáticas. Se queda frío cuando mira los problemas en la pizarra, o en el encerado, como dice el padre Osorio con una pronunciación perfecta, puliendo casi las sílabas y sacándoles brillo con un paño lingüístico de Valladolid, salga usted al encerado y no baje los ojos, sí, usted, que quiero llevarme la satisfacción de ver cómo un día trae bien hechos sus deberes. Claro que al niño del último pupitre tampoco se le da bien el latín, se vuelve loco con las declinaciones y con los verbos, salta por las hojas del diccionario igual que un preso que recorre las esquinas de su celda, una y otra vez, abandonado a unos movimientos mecánicos que carecen de sentido y de esperanza. Sería el mismo mal trago si el examen fuese de latín, si el padre Osorio hubiese copiado en la pizarra, con su letra perfecta de amanuense pulcro, una hazaña de Julio César o una canallada de Catilina, pero el examen es de matemáticas y los números tiemblan de quietud y de frío, y el niño del último pupitre lo intenta, se equivoca, tacha, ve cómo los folios se convierten en un desfigurado campo de batalla, en la huida torpe de un calamar que lo llena todo de borrones y de tinta.

El padre Osorio vigila con ritmo de procesión o de ermitaño, cruza por los pupitres con un silencio majestuoso, arrastrando en cada paso toda la Historia Sagrada, todas las hazañas de Julio César y todas las profecías incomprensibles de los números. Los demás niños escriben, resuelven operaciones, están a la altura de sus caras, tan bien peinados, tan limpios, tan futuros arquitectos o notarios o here-

deros de la empresa familiar o doctores en medicina y cirugía. Sólo el niño del último pupitre se ha dado cuenta de que el padre Osorio tiene una gota de sudor parada encima del labio, una gota redonda como una *o* perfecta, que no se decide a caer, que no se deshace en la piel de cera, que no perturba el solemne paseo del sacerdote, una gota que parece un borrón de agua, una minúscula tachadura. Cada vez que se acerca el padre Osorio, el niño del último pupitre vigila la gota de sudor, comprueba que sigue ahí, sin caerse, como los calcetines de todos sus compañeros, que no se caen ni siquiera cuando juegan al fútbol, porque corren como futuros arquitectos, y saltan verdaderamente como doctores en medicina y cirugía, y rematan como si ya fueran notarios, limpios y bien peinados y con los calcetines en su sitio.

¿Qué va a ser de mí?, se pregunta el niño, aquí, pensando en la gota de sudor o en los obedientes calcetines de los compañeros en vez de resolver problemas de matemáticas, ¿qué va a ser de mí?, porque eso es lo que murmura el padre Osorio después de cada examen de latín o matemáticas, ¿qué va a ser de ti?, y eso es lo que le manda copiar cien veces, sin borrones ni tachaduras, en un folio más blanco que la nieve de Sierra Nevada, ¿qué va a ser de mí?, porque en el mundo hay más cosas que las películas del domingo por la tarde, más cosas que las novelas de las horas de estudio, porque es necesario aprender declinaciones y raíces cuadradas si quieres ordenar tu cabeza, tener claras las ideas, evitar que se te abra la boca como un pasmarote cuando terminan las películas y se encienden las luces y se acaba de golpe el domingo, mucho antes de que suene el despertador del lunes, mucho antes de que recuerdes que no has hecho los deberes, justo con la música final y los créditos difusos en la pantalla.

Pero la gota de sudor no cae, sigue firme y perfecta encima del labio, igual que el día que la vio por primera vez, aquella mañana de frío en la que sudar era una extravagancia, un error climatológico, cuando el niño del último pupitre fue el único en darse cuenta de que el padre Osorio no se había afeitado y se acercó a él para preguntarle por doña Matilde, la profesora de dibujo, que llevaba una semana sin venir a clase. Aquel día extraño, en el que la cara ojerosa del sacerdote se encendió con un rosa pálido, mientras sonreía tristemente al niño del último pupitre, le revolvía el pelo y le murmuraba «¿Qué va a ser de nosotros?», sin poder evitar que un temblor arañase la lentitud pulida de sus palabras.

CAPÍTULO 6

«Nunca más pararme frente a la pizarra»

Crítica de la escuela

Nicanor Parra

AUTORRETRATO

Considerad, muchachos,
Esta lengua roída por el cáncer:
Soy profesor en un liceo obscuro
He perdido la voz haciendo clases.
(Después de todo o nada
Hago cuarenta horas semanales.)
¿Qué os parece mi cara abofeteada?
¡Verdad que inspira lástima mirarme!
Y qué decís de esta nariz podrida
Por la cal de la tiza degradante.

En materia de ojos, a tres metros
No reconozco ni a mi propia madre.
¿Qué me sucede? —Nada.
Me los he arruinado haciendo clases:
La mala luz, el sol,
La venenosa luna miserable.
Y todo para qué
Para ganar un pan imperdonable
Duro como la cara del burgués

Y con sabor y con olor a sangre.
¡Para qué hemos nacido como hombres
Si nos dan una muerte de animales!

Por el exceso de trabajo, a veces
Veo formas extrañas en el aire,
Oigo carreras locas,
Risas, conversaciones criminales.
Observad estas manos
y estas mejillas blancas de cadáver,
Estos escasos pelos que me quedan,
¡Estas negras arrugas infernales!
Sin embargo yo fui tal como ustedes,
Joven, lleno de bellos ideales,
Soñé fundiendo el cobre
Y limando las caras del diamante:
Aquí me tienen hoy
Detrás de este mesón inconfortable
Embrutecido por el sonsonete
De las quinientas horas semanales.

Salvador Novo

El amigo ido

Me escribe Napoleón:
«El Colegio es muy grande,
nos levantamos muy temprano,
hablamos únicamente inglés,
te mando un retrato del edificio...»

Ya no robaremos juntos dulces
de las alacenas, ni escaparemos
hacia el río para ahogarnos a medias
y pescar sandías sangrientas.

Ya voy a presentar sexto año;
después, según todas las probabilidades,
aprenderé todo lo que se deba,

seré médico,
tendré ambiciones, barba, pantalón largo...

Pero si tengo un hijo
haré que nadie nunca le enseñe nada.
Quiero que sea tan perezoso y feliz
como a mí no me dejaron mis padres
ni a mis padres mis abuelos
ni a mis abuelos Dios.

Fernando Arrabal

FUE EN MATEMÁTICAS

Fue en matemáticas donde saqué mejores notas siempre.

Uno. Dos, dos. Tres, tres, tres. Sí. Uno, dos, tres. Sí.

Le pregunté que cómo que dos y dos son cuatro, y ella me lo explicó. Se lo volví a preguntar y ella me lo volvió a explicar. Luego se lo fui a preguntar otra vez, pero me callé.

La monja de la escuela te dijo que la única asignatura que se me daba bien eran las matemáticas, a pesar de que no tenía memoria.

Tres, tres, tres. Dos, dos... Uno. Sí. Uno, dos, tres. Sí.

La monja me dijo que dos más dos eran cuatro y que eso caía de su peso, y que dos sillas más dos sillas hacen cuatro sillas, y que dos lápices más dos lápices hacen cuatro lápices, y que dos gatos más dos gatos hacen cuatro gatos. Y yo le pregunté si las dos sillas eran iguales a las dos sillas. Y ella me dijo que sí. Y yo le dije que si eran iguales que el dos al dos. Y ella me dijo que sí, claro que sí. Y luego le fui a hacer otra pregunta, pero me callé.

En Madrid, el profesor te dijo que en la materia que más destacaba era en matemáticas.

Uno, uno, uno. Dos, dos. Tres. No. Uno, dos, tres. Sí.

La monja me dijo que eso lo sabían todos, y yo me callé. La monja me dijo que esas cosas no se tendrían, ni siquiera, que explicar, y yo me callé. Y la monja me dijo que dos más dos son cuatro, que dos sillas más dos sillas son cuatro sillas, que dos gatos más dos gatos son cuatro gatos, que dos niños más dos niños son cuatro niños. (Esa vez la monja no me habló de lápices.) Y yo me callé. Y luego le dije:

«¿No es eso una trampa para que todo salga bien?»

Y ella me dijo que no, que claro que no.

Fue en matemáticas donde saqué mejores notas, tanto en Madrid como en Villa Ramiro.

Uno, dos, tres. Sí.

Rafael Alberti

Los ángeles colegiales

Ninguno comprendíamos el secreto nocturno de las pizarras
ni por qué la esfera armilar se exaltaba tan sola cuando la mirábamos.
Sólo sabíamos que una circunferencia puede no ser redonda
y que un eclipse de luna equivoca a las flores
y adelanta el reloj de los pájaros.
Ninguno comprendíamos nada:
ni por qué nuestros dedos eran de tinta china
y la tarde cerraba compases para al alba abrir libros.
Sólo sabíamos que una recta, si quiere, puede ser curva o quebrada
y que las estrellas errantes son niños que ignoran la aritmética.

Rosella di Paolo

Profesora de lengua y literatura-ex

Sepan que estoy viviendo, nubes, sepan que canto.

Javier Sologuren

Nunca más pararme frente a la pizarra —ecce donna—
con un cucharón
a meter en los platazos vacíos de sus cabezas
el engrudo homérico, la berenjena eglógica
el idioma esdrújulo y miserable, ni más
tizas de colores en salsa chimichurri
para abrirles la boca
ojalá el entendimiento.
Ya no la tarjeta en la tostadora horaria
saltando con su tardanza en rojo vivo,

ni exámenes para probar cuánto resisten
mis nalgas en el pupitre y cuántos acentos
puede gotear un Faber Castell 031.
Se acabó la clase, la ilusión de mango,
todos al recreo, yo al recreo (pero sin vuelta)
al recreo de desclavarme de la pizarra
saltar por la escalera al fin resucitada
último día, las rejas se levantan
y en este valle ameno
nubes, sepan que canto
sepan que canto, bestias!

Teresa de la Parra

MAMÁ NOS HABÍA PUESTO EN EL COLEGIO

Con el objeto de civilizarnos lo antes posible, desde el siguiente día, desplegando inmensa actividad, la pobre Mamá nos había ya puesto en el colegio; o sea, que comenzamos a ir con regularidad, mañana y tarde, a una casa tan limpia como destartalada, y llena de ecos, situada a cuadra y media de la nuestra, en la cual dos señoritas distinguidas, cargadas de méritos y de necesidades, enseñaban con melancolía el abecedario y el catecismo a una docena de niñitas.

Allí, en una sala vasta, entre muebles de Viena; tapetes de crochet; retratos de noble actitud cuyos marcos y lienzos se disputaban por igual la polilla y los ratones; sobre un suelo esterado en donde a trechos florecían alegremente los ladrillos, y bajo un techo empapelado en donde, a trechos también, florecían tristemente las goteras; allí, entre las dos señoritas distinguidas y las doce niñitas analfabetas, tuvo lugar en forma rápida el proceso de nuestra civilización. Debo confesar que fue a costa de numerosas humillaciones, luchas y derrotas. Los pueblos adquieren la civilización guerreando y sufriendo: lo mismo la adquirimos nosotras.

He aquí, por ejemplo, cómo aprendí a conocer yo, en forma imborrable, ilustrada por pellizcos y bofetadas, el valor de la moneda.

Frente a la puerta de nuestro colegio o asilo de la melancolía y de las letras, sentada en el escalón de un zaguán, con un gran paño blanco sobre cabeza y hombros, un espantador de moscas, blanco también, en su mano derecha, y en sus rodillas un amplio azafate

poblado de polvorosas, suspiros, yemas, melcochas y coquitos que brillaban al sol como piedras preciosas, se instalaba todas las tardes una vendedora de dulces. Aquella vendedora de actitud hierática con su paño blanco y su enigmático rostro negro era lo mismo que una diosa o un hada. Sus dulces, acariciados en perpetuo vaivén por las tiras inmaculadas y sonoras del espantador de moscas, eran los dones divinos que otorgaban sus manos al que le diese un centavo. Nosotras no teníamos la menor esperanza de recibirlos nunca, siendo así que Papá había declarado:

—No veo ninguna necesidad de que apuren a las niñitas en el colegio, tienen tiempo de aprender a leer. Lo que sí me parece en cambio indispensable es que las vigilen mucho, cuando atraviesan la calle no vayan a comer nada que pueda estar contaminado por el polvo o las moscas.

Encadenadas a tal mandamiento, sin jamás tener un centavo, confieso, por lo que a mí atañe, que no pasaba un día sin que yo rindiese a la vendedora el tributo de mi profunda, humilde, devoción. Me detenía si posible era, pegada a su azafate, allí, con las dos manos cruzadas en la espalda, señal de rendimiento, contemplaba un rato las polvorosas, yemas, melcochas y coquitos, escuchaba el *chss, chss,* del espantador de moscas y me iba por fin lanzando esos suspiros que nos brotan del alma ante los deseos irrealizables.

Pero no hay que respetar demasiado las leyes. Es sabiduría burlarlas con audacia ante los propios ojos de la autoridad, tan dispuesta siempre a aceptar cualquier colaboración o complicidad que la desprestigie.

Una tarde, pues, antes de ir al colegio, me acerqué a Mamá y llena de habilidad le dije con atrevimiento y dulzura:

—Mamaíta, regálame un centavo.

No sé si por distracción o por generosidad, Mamá no sólo me regaló un centavo, sino que me regaló una moneda de cinco centavos en plata, la cual dado su exiguo tamaño despertó en mi alma las zozobras de la desconfianza. No obstante, la tomé y resolví guardarla apuñada en mi mano, con perseverancia y prudencia, todo el tiempo que fuese menester. Con mis cinco centavos acalorados y sudorosos, llegué al colegio, di mi lección, en la cual, después de confundir varias veces la pe con la be, distinguí con inteligencia la a de la doble ve. La señorita melancólica que se hallaba en función aquella tarde declaró en tono lastimero que había sabido muy bien mi lección. Con la satisfacción que da el deber cumplido, y con mis cinco centa-

vos siempre apuñados, aprovechando una coyuntura, salí furtivamente de la vasta sala, atravesé en carrera zaguán, acera y arroyo, hasta llegar, ¡eureka!, a donde estaba la vendedora de dulces. Allí, sin cruzar, no, las manos en la espalda, me di a contemplar su azafate, anhelante, aunque atormentada por la indecisión y por la desconfianza que me inspiraba mi exigua moneda.

Unos instantes después regresé al recinto en donde balbucía la ciencia y por ese humano, funesto prurito, de hacernos admirar, humillando con el fulgor de nuestra suerte al mayor número posible de personas, me acerqué a un grupo que según costumbre dialogaba con animación de espaldas al pizarrón y a la profesora:

—Me fui —dije triunfante y con la boca aún llena—, me fui enfrente, donde está la dulcera, cogí una polvorosa, le di un centavo chiquito y ella me regaló cuatro centavos grandes además de la polvorosa que estaba muy buena: ¡ya me la comí!

Las burlas, risas y cuchufletas con que recibió el público mi breve discurso fueron tantas y tan acerbas, que Violeta, por espíritu de familia, en honor mío con una generosidad que hasta entonces yo no hubiese sospechado, comenzó a repartir bofetadas y pellizcos en el auditorio, ante las voces y miradas de severidad impotente que lanzaba, hasta más no poder, la profesora o señorita melancólica.

La reyerta, en la cual volaron varias cartillas y numerosas planas de palotes torcidos horriblemente manchados de tinta, y en la cual tuve necesariamente que intervenir, fue desigual y cruda.

En ella me arrancaron un lazo que me había atado Mamá en la cabeza; queriendo dar un golpe magistral, me lo di yo misma contra uno de los muebles de Viena, rodé por ello al suelo extraviando así tres de mis cuatro centavos que sepultó la estera en el océano de sus descosidos y desflecados. Entretanto Violeta acababa de poner fin a la refriega en forma inesperada y sangrienta. Como una de las pacíficas espectadoras que, no habiendo tomado parte ni en las burlas ni en la lucha, a más de hallarse mirando, se hallase mudando, y tuviese un diente sostenido apenas por un hilo, Violeta, al pasar con violencia junto a ella, la tropezó y se lo arrancó de cuajo involuntariamente y en forma sangrienta, cosa que produjo una impresión atroz. La pacífica desdentada comenzó a llorar en silencio, la lucha cesó y Violeta quedó cubierta de ignominia. Pudimos escuchar entonces la voz de la señorita melancólica quien a la vista de la sangre y del diente inmolado repetía ya por cuarta o quinta vez con voz afónica, dirigiéndose a Violeta y a mí:

—Bien se ve que ustedes dos vienen del monte, de no tratar más que pollinos y becerros.

La verdad es amarga, yo me la tragué en silencio. Violeta, no. Violeta contestó inmediatamente a la señorita afónica y melancólica que un becerro un pollino y un burro era ella. Respuesta que nos acarreó naturalmente nuevos reproches y nuevas humillaciones redactados en plural y recibidos en familia y en común.

Gabriel García Márquez

Me hastiaban las clases

Me hastiaban las clases, salvo las de literatura —que aprendía de memoria— y tenía en ellas un protagonismo único. Aburrido de estudiar, dejaba todo a merced de la buena suerte. Tenía un instinto propio para presentir los puntos álgidos de cada materia, y casi adivinar los que más interesaban a los maestros para no estudiar el resto. La realidad es que no entendía por qué debía sacrificar ingenio y tiempo en materias que no me conmovían y por lo mismo no iban a servirme de nada en una vida que no era mía.

Me he atrevido a pensar que la mayoría de mis maestros me calificaban más bien por mi modo de ser que por mis exámenes. Me salvaban mis respuestas imprevistas, mis ocurrencias dementes, mis invenciones irracionales. Sin embargo, cuando terminé el quinto año, con sobresaltos académicos que no me sentía capaz de superar, tomé conciencia de mis límites. El bachillerato había sido hasta entonces un camino empedrado de milagros, pero el corazón me advertía que al final del quinto me esperaba una muralla infranqueable. La verdad sin adornos era que me faltaban ya la voluntad, la vocación, el orden, la plata y la ortografía para embarcarme en una carrera académica. Mejor dicho: los años volaban y no tenía ni la mínima idea de lo que iba a hacer de mi vida, pues había de pasar todavía mucho tiempo antes de darme cuenta de que aun ese estado de derrota era propicio, porque no hay nada de este mundo ni del otro que no sea útil para un escritor.

Augusto Monterroso

La escuela nunca me gustó

La escuela nunca me gustó y siempre la rechacé. Mis escasas experiencias vitales me habían hecho demasiado tímido como para enfrentar día a día sin angustia los problemas que cada mañana traía consigo, ya fuera en los salones de clase como en los recreos. La aritmética, la geografía, la botánica, presentaban todos los días dificultades que había que vencer por orgullo o por vergüenza, pero nunca por placer o con gusto; las multiplicaciones de quebrados (las divisiones de quebrados pasaron muy pronto a ser algo absolutamente fuera de este mundo); el dibujo de un mapa de Centroamérica con el trazado de sus sinuosas líneas divisorias, que por supuesto en mi cartulina no coincidían nunca, ni de manera remota, con las del reluciente original colgado en la pared que nos servía de modelo; o el de las montañas, los lagos y los ríos que había que colorear con crayones verdes o azules; distinguir una planta fanerógama de una criptógama y hacer las descripciones de las flores con sus corolas, estambres y pistilos; en fin, todo lo que hubiera que aprender por fuerza constituía un cúmulo de signos amenazadores que se revolvían en mi mente cuando me dirigía a la escuela. Por lo general iba a la escuela solo, a pie, distrayéndome en el trayecto con los pequeños arroyos que se formaban en los lados de las calles sin pavimentar en la temporada de lluvias; buscando en la tierra mojada hormigas gigantes o zompopos para ponerlos a pelear entre sí y ver cómo terminaban destrozándose; viendo una manada de perros que se disputaban con ferocidad la posesión de una escuálida hembra asustada; bueno, cualquier cosa que sirviera para retrasar el mayor tiempo posible la llegada a la escuela y el cruce de la alta puerta de madera que se cerraba en forma inexorable a las ocho en punto. [...]

A todo esto, y a otras horas, había que añadir la constante amenaza de un llamado del director a la dirección; los ejercicios de caligrafía Palmer con sus círculos y diagonales que había que hacer con tinta negra y con plumillas (puestas en el extremo de un canutero) metálicas, doradas o plateadas, cuyas puntas se rompían siempre al segundo intento; aprender de memoria los nombres de los sucesivos puntos de las fronteras de cada país centroamericano con sus respectivos vecinos, nombres de los que ahora recuerdo uno, quizá por su sonoridad: el Mal Paso de Similatón. ¿Qué cosa podía ser ese

Similatón: un barranco, un río, un personaje, un despeñadero? ¿Entre Honduras y Guatemala? ¿Entre Honduras y Nicaragua? ¿A quién le importa? ¿A quién podía importarle? Pero no saber señalar su lugar preciso significaba entonces amonestaciones, vergüenza y sufrimiento.

En cuanto a los recreos, en ellos me esperarían día a día los juegos en los que pese a mis reiterados ensayos nunca pude interesarme de veras, debido sobre todo a mi total incapacidad para intentarlos en serio y dedicarles la atención y el esfuerzo (yo era perezoso) que requerían; o las peleas a puñetazo limpio con los otros niños, que me atraían aún menos, pues o yo ganaba a los golpes y después de un fugaz momento de orgullo —y de íntima sorpresa, por otra parte, ante mi triunfo— me quedaba culposo y arrepentido; o perdía, y entonces la humillación ante mi derrota me atormentaba y se instalaba dentro de mí durante un tiempo exageradamente largo. [...]

Siento a mi alrededor a mis compañeros de escuela: admiro a unos por su valor, su dedicación o su memoria; me doy cuenta de la adulación de otros con los maestros; percibo el ridículo con los presumidos y los orgullosos; y están los buscadores de aprobación; los prontos a ayudarme en la tarea; los serios con que se podía confiar y que sabían guardar los secretos; los dispuestos a compartir sus juegos y sus útiles; los que por lo bajo te soplaban con clase la respuesta equivocada para lucirse ellos con la correcta.

Escojo en consecuencia o rechazo compañeros de juegos, de confidencias, de camino de regreso a casa, los que a su vez me rechazan o me escogen como compañero y amigo de fiar. ¿En dónde están ahora? Sólo recuerdo de ellos algún gesto, alguna frase que a través de los años resuena aún en mis oídos. O sus vagas facciones con la sonrisa triste de los personajes de los sueños.

Recuerdo nítidamente la cara y los modales de aquel maestro, pero no cómo se llamaba. Sin embargo, es sin duda a él a quien debo mis primeras lecturas serias de poesía o ensayo, distintas de las habituales que hacía en casa.

Así, de ese tercer año, del cuarto y parte el quinto, que no terminé, permanece en mi memoria, por lo que hace al último, una ventana muy grande en un aula de un segundo piso, y en esta aula, iluminada por el sol matinal, la figura de ese maestro moviéndose sin cesar de su mesa al pizarrón y viceversa. Quizá debido a esos pequeños vuelos y a su rostro afilado de pájaro había recibido de los alumnos el mote inocente de «Palomo». Lo recuerdo poniéndome a leer

en voz alta pequeños trozos de un libro poco común entre los de su clase, titulado *Lecturas para colegios,* que había sido preparado por el educador costarricense Moisés Vincenzi. Cualesquiera que hayan sido mis problemas con la enseñanza en la escuela, me da gusto declarar con énfasis que difícilmente ha podido existir en primaria alguna un libro de lecturas mejor que ése. Sé también con seguridad que a mí me abrió otro de los caminos por los que sin saberlo continuaba internándome en la literatura.

Eduardo Haro Tecglen

COLEGIO, FÚTBOL

Nunca amé el colegio. Nunca amé a las buenas monjitas, a la señorita Tasita y a don Jesús que tenían un colegio de piso (aquéllos, tan valiosos, hoy absorbidos: en él escribí lo que se publicó por primera vez en un tebeo, unos posibles versos, y ponía debajo: «Eduardo Haro, 8 años»), ni al del cura don Manuel (pegaba con una regla, y yo pensaba: «Si me lo hace a mí, le tiro un tintero». Un día me pegó y le tiré el tintero. Uno de aquellos tinteros empotrados en un agujero del pupitre, de loza blanquísima: a la tinta le añadían vinagre, que no la descomponía y la alargaba. El cura me encerró, llamó a mi padre y le explicó el caso. Mi padre le dijo: «Cómo, ¿que le ha pegado usted? El niño, entonces, ha hecho lo que debía». Y me llevó. El colegio se llamaba, hasta hace poco, Donoso Cortés. Un nombre predestinado). No amé el instituto Calderón de la Barca, ni aun con Machado en la cátedra de francés. No entendía a mis compañeros. Prefería estar con las chicas: he estado toda mi vida con ellas. No peleaba, no jugaba al fútbol. Odiaba el fútbol: lo odio aún, injustamente. Todo odio es injusto.

Cuando empieza la temporada de fútbol siento una pequeña náusea, seguida por otra un poco mayor. La primera es por el fútbol en sí; la segunda, por la injusticia, la sinrazón que supone la primera; por sentir un odio. Estamos programados desde lejos; hubo un tiempo en que se nos inscribieron algunos tatuajes que perduran. Quizá sea mejor llegar a morir sin saber que se está tatuado y creyendo que uno ha dispuesto en la vida de una personalidad singular y ufana. Pero la época es de los revisionismos, y hay que practicarlos con uno mismo: hasta disolverse, si se puede conseguir.

El deporte, entonces, aparecía como lo opuesto a la inteligencia. Algunos diminutos intelectuales de patio de colegio nos enorgullecíamos ya de saber que estábamos en esa aristocracia inútil y, frecuentemente, moral; nos gustaban las palabras, seguíamos con el apasionamiento posible las páginas mal escritas y dudosas del libro de historia. Y hasta el latín. Pequeños tontos, renunciábamos a la pelota que los otros pateaban con fruición, con un goce visible y audible, una felicidad energuménica, entre insultos y peleas; renunciábamos, también, a los insultos y las peleas. No eran dignas.

Se juntaban muchos rasgos en nuestro tatuaje. El fútbol, o su remedo bárbaro en el adoquinado del patio, era algo viril, y nosotros —tres o cuatro, que conversábamos en voz baja en un rincón— sabíamos que no queríamos ser viriles. Nos aproximábamos al grupo de las niñas. Entonces —la República— había conducción, y había también feminismo: en aquella patria perdida para siempre estaba ya todo lo que ahora se quiere reconstruir. Curiosamente, no queríamos ser viriles —«macho», se decían ya ellos, unos a otros— porque nos gustaban aquellas niñas y porque no queríamos diferenciarnos de ellas. Los más vertidos al sexo y a la mujer, y destinados irremediablemente a ello, éramos, para los otros, los maricas. No se abstenían de decirlo. A veces pienso que ojalá lo hubiese sido y lo siguiera siendo. Una canonjía. Pero el tatuaje del ADN, y de lo que se oía en donde creíamos que debíamos oír, estaba escrito. [...]

Pero con respecto al fútbol, aunque sea de banderolas y pancartas, y de representaciones de nacionalidades, y aunque se lleve ahora a esa exaltación a la violencia que siempre se esperaba de él, he ido cambiando de ideas. Pienso qué hubiese sido de mi vida si una tarde de invierno, dejando los libros en el suelo y la compañía fascinante de las niñas y de los amigos eruditos de Verne y de Victor Hugo —la atracción francesa, otro desastre—, me hubiese aproximado al grupo de los pequeños futbolistas del patio y hubiese pedido pelota, como ellos, con su grito destemplado y prematuramente hombruno —¡eh, gilipuertas! ¡Échamela a mí!— y hubiera seguido y seguido, tarde tras tarde, hasta siempre.

Luis Antonio de Villena

Vislumbres de hoguera

Antes de aquel colegio severo y alto
que me destruyó y creyó construirme (y pudo construirme),
asistí, hace miles de años,
a unas escuelitas de barrio que olían
a tiza y goma de borrar,
raro olor dulzón que era (¿lo es aún?)
el olor de los niños...
Hacíamos palotes en cuadernos y pizarras
y cantábamos las multiplicaciones.
Más tarde una maestra joven (recuerdo con rencor su nombre)
me quitó, por alguna sonsera,
unas gafitas de sol de plástico verde,
de las que tengo un maravilloso recuerdo
porque yo apuntaba ya extravagante y coqueto.
Y tuve miedo —alguna tarde—
cuando el tosco don Fidel amenazaba
con no dejarnos salir de la clase (un piso vulgar y corriente)
hasta que san Juan baje el dedo.
Pero ¿qué serían esos pequeños contratiempos
o miedos —el miedo, solar de la infancia y del hombre—
junto al que vendría después,
el horrible miedo en el colegio gótico,
en un barrio elegante,
el miedo a la humillación, al daño, al odio sin motivo aparente?
Bienllegado, hermano miedo,
espantoso custodio de mi larga infancia.
Dios te perdone —y los perdone—
si puede. Porque es mentira que lo haga la vida.
Hermano sucio miedo,
que me hiciste crecer y me sofisticaste,
que aseguraste mi distancia y aire,
destruyendo —casi destruyendo—
a aquel niño de las gafitas verdes de sol,
antes de ser judío, chicano, marqués, alquimista, satanista...
Mi miedo normal,
antes de mi miedo hereje.

Besé al segundo y ahora —rompiendo la distancia—
quiero también besar al primero.
Casi normal
(con olor a tiza y goma de borrar)
pese a las inolvidables, mías, queridísimas
gafitas de sol —perdidas— en plástico verde...

Antonio Martínez Sarrión

1946: ESCUELA PÚBLICA

Todo era gris y desconchado,
rencoroso y atroz. Las criaturas
maduraban muy pronto en lo peor:
el capricho, el sadismo, los instintos
cainitas. Solían ponderarse,
febrilmente, modelos alemanes
de aviones, masacres contra indios
en los peores *westerns*,
razzias imperialistas con lanceros.
Se burlaban del Negus,
y en las fotos de Gandhi
clavaban un gargajo muy reído.
La hora del recreo era temible:
imponían su arbitrio los más bestias:
retacos ya con bíceps abultados
y repuntes de barba
que, sólo por mirarles, te insultaban,
te tiraban al suelo, te hacían comer tierra
o te la deslizaban hasta el sexo
después de abrirte la bragueta.
Si te veían renuente a sus depredaciones
de tártaros borrachos,
con torturas más fuertes la emprendían:
empujarte y frotarte contra los urinarios
que rezumaban baba y pestilencia,
obligarte a jugar una partida
de una ruleta tosca y despiadada,
propia de rabadanes o espoliques

en la antigua Caldea
que, mediante una taba de cordero,
en funciones de dado,
sorteaba dignidades: rey,
verdugo, condenado o reo,
y administraba duros cintarazos
que prohibían, no sólo las lágrimas,
sino el quejido, el rictus de dolor.
Nunca vi a los maestros
cortar las salvajadas. Impensable
acudir a la denuncia:
iba en ello la honra.
Todo era abotargado, el aire no corría,
instalándose en aulas y pasillos
como una rata hedionda y desventrada.

Todo era miserable, sórdido, sometido.
Pero llegaba abril y en los arriates
escondidos del patio,
una mañana con aire más tibio,
y sin tarjeta de presentación,
estallaban las lilas
y ellas te consolaban
un año y otro y otro.
Todavía,
al asaltarte su delgado aroma
en una encrucijada del Retiro,
sesenta años después,
se humedecen tus ojos.

CAPÍTULO 7

«Amaba su inocencia, su cálido contacto durante el juego...»

El amor en los tiempos del colegio

José Luis Piquero

ROMEO EN EL INTERNADO

Amaba su inocencia, su cálido contacto
casual durante el juego,
la sonrisa radiante que también cautivara
desde el primer momento al Superior.
Los muchachos más rudos le regalaban dulces
y todos le escogíamos para formar equipos.

Yo amaba como un loco su pereza en las tardes
de calor cuando, medio adormilado,
la postura indolente, parecía perderse
en el huerto, muy lejos tras el gran ventanal,
y el profesor de Ciencias era un adorno inútil.
Le amaba si el jersey se le caía
de la cintura hasta casi el tobillo,
o al declarar muy serio su aversión por la sopa,
o no entendiendo un chiste con alusiones verdes.

Amaba sobre todo su indefensión, las lágrimas
que tanto embellecieron sus ojos cierta vez
al herirse la pierna en el patio, y llevarle

apoyado en mi hombro a buscar una venda.

Y el momento glorioso en que le dieron
—por su cara bonita— el papel de Julieta
y pude al fin decirle que le amaba, le amaba,
en voz alta, mirándole a los ojos,
ante todo el colegio, ante mis padres.

Gonzalo Torrente Ballester

Aquel curso tuvimos una niña nueva

Nunca había logrado que me atrajeran las compañeras de curso, pero esto acaso esté mal dicho, porque nunca me lo había propuesto. Habían crecido conmigo, o, al menos, cerca de mí, y había visto sin sorpresa cómo les iban apuntando las tetas. Tampoco mis compañeros les hacían mucho caso, quiero decir que no se sabía de ninguno que estuviera enamorado de ninguna de ellas, aunque quién sabe si entre nosotros existiría algún amor secreto de esos que saben disimular las miradas y enmascarar en toses los suspiros. Pero aquel curso tuvimos una niña nueva, y por el apellido le tocó sentarse junto a mí. Venía de Madrid, era hija de un funcionario importante y resultó bastante sabihonda, pero no tanto que pudiese superar a Sotero, de modo que en este aspecto alguien quedaba por encima de ella. No obstante, nos desdeñaba ostensiblemente, no por nada, sino porque ella venía de Madrid y nosotros éramos unos provincianos que hablábamos con fuerte acento regional. Era corriente que nos corrigiese. «¡De aquélla! ¿Qué quiere decir "de aquélla"?» Y se reía. Le llamaba, al orballo, sirimiri, y al pan reseco, pan duro. Nos resultaba rara y un poquito ridícula, pero nadie en público se atrevía a reírse de ella, porque era guapa, distinta de las nuestras, que también lo eran, aunque de un modo más local. Ésta, que se llamaba Rosalía, tenía el rostro ovalado y moreno, los ojos oscuros, y unas grandes trenzas negras que le caían encima de los pechos y que llevaba siempre atadas con dos lazos. Yo me enamoré de ella inmediatamente, pues entonces enamorarse consistía en pensar en alguien día y noche, o, dicho más exactamente, en recordarla, también en interpretar sus palabras y sus gestos, si eran o no favorables. En tal sentido poco tuve que interpretar, pues, a pesar de sentarse a mi lado, me daba

ostensiblemente la espalda y no me dirigía la palabra, ni siquiera para preguntarme algo que no supiera, aunque bien es verdad que lo sabía todo y lo hacía notar. Yo no sé cuándo aconteció que, en el recreo, la empujé sin querer, o tropecé con ella, y ella me rechazó con un enérgico «¡Aparta, feo!», que todo el mundo oyó, del que rio todo el mundo, y me dejó desolado, sin más consuelo que el oportuno, aunque inútil, consejo de Sotero: «No hay que hacer caso a las mujeres». A las cuales, por entonces, él no se mostraba sensible, sino explícitamente desdeñoso e insultante, de modo que en mi caso, según tuvo a bien explicarme, él la habría rechazado con un violento «¡Apártate de mi camino, zorra!», que yo hubiera sido incapaz de proferir. Aquel consejo no me sirvió de nada. Había sido el hazmerreír del curso, y la niña de las trenzas oscuras, Rosalía, sin dar explicaciones cuando se las pidieron, le rogó al profesor que la cambiaran de sitio, y como él insistiera en que explicase la causa, le respondió que para oírle mejor, lo que provocó una gran carcajada en la clase y que todos mirasen para mí. Nunca me metí más en mí mismo que en aquella ocasión, nunca sentí la falta de Belinha como entonces, pero, cosa curiosa, la humillación y la murria se fueron transformando sin que yo me diese cuenta, y una mañana de clase, mientras el profesor hablaba de los invertebrados, me hallé escribiendo el quinto verso de un soneto cuya consonante se me resistía. Pero el soneto, al fin, salió, a costa de mi ignorancia de ciertas cualidades de los animales superiores. Se titulaba sencillamente *A Rosalía* y no sólo le perdonaba su ofensa en torpes endecasílabos, acaso alguno de ellos cojo, sino que, al final, le declaraba mi amor. Se lo entregué personalmente, sacando fuerzas de flaqueza, y ella lo recibió con una carcajada, y se rio más, mucho más, después de haberlo leído. «Mirad, muchachos, lo que me escribió este tonto», y a un corro que congregó a su alrededor le fue leyendo mis versos, y todos se rieron una vez más, cada vez más, si no fue una muchacha de las de siempre, que salió en mi defensa. «¡Pues bien podéis reíros, pero ninguno es capaz de escribir unos versos como éstos!»; y después añadió que los hallaba bonitos y que ya le hubiera gustado que alguien le escribiese a ella una cosa semejante. ¡Dios la tenga en su gloria, la pobre Elvirita, muerta de tisis poco tiempo después, cuando ya, bachilleres todos, nos habíamos desperdigado! En la clase de literatura de aquel día continuaron las risas, y cuando el profesor preguntó qué nos pasaba, alguien le respondió: «¡Es que Filomeno Freijomil le escribió unos versos de amor a Rosalía!» El profesor no los acompañó en las risas, les respondió

que las muchachas bonitas estaban en el mundo para que los adolescentes les escribieran versos de amor, y que le satisfacía que, entre los de su clase, hubiera salido un poeta. Rosalía, sin que se lo pidiera, le entregó el papel, y el profesor lo guardó en el bolsillo y, dirigiéndose a mí, me dijo en un tono más que amistoso, tierno, y que le agradecí siempre, que ya hablaríamos. Hablamos, en efecto, al día siguiente, después de terminar las clases. Me preguntó si sería capaz de encontrarle defectos al soneto. Le respondí que sí. Me lo dio, lo fui leyendo y señalando los ripios, los tropiezos, las sinalefas forzadas, las sílabas de más y las de menos. «Pues no te desanimes, porque, a pesar de todo eso, el soneto tiene algo». Sacó del bolsillo un libro y me lo entregó. «Toma, lee eso y léelo bien; mejor, estúdialo. Te servirá de mucho». Eran unos sonetos de Lope de Vega, y en seguida me enfrasqué en ellos, y hasta llegué a preguntar al profesor algunas rarezas que no entendía o que no podía explicarme. Faltaba poco para terminar el curso. Hablé más veces con aquel profesor, me dio consejos y me pidió que, si escribía algo más, que se lo enseñara. Pero yo no me atrevía, aunque por la cabeza me anduviesen sonetos sueltos y algunas otras estrofas. Pero la vergüenza que los versos a Rosalía me habían hecho pasar aún me duraba: una vergüenza sorda ante mí mismo.

Tere Irastortza

ALCÁNZAME LOS SUEÑOS INTERCALADOS...

Alcánzame
los sueños
intercalados
en las operaciones de matemáticas,
los corazones pintados
detrás de los resúmenes de historia,
entre los dedos
las fórmulas,
los cálculos,
las nubes
con los besos

sin poner mordaza

a los labios que venían gritando,
sin retardar
la carrera de los pies
empujados
por navajas
y además
los poemas acaramelados
y noctámbulos
que nunca escribiste
envueltos
en las horas
que has pasado pensando en mí.

Luis Antonio de Villena

Fernando

Él nunca supo que fuimos tan amigos. Y vista desde aquí —desde quien empieza a darse cuenta de lo que es el tiempo— es ésta una de las inexperiencias más tristes que he tenido.

Era el año penúltimo del bachillerato. Andábamos en los quince años y yo detestaba los deportes. Prefería pasear, leer, inventar mis mundos o comentar con Tomás las novelas que él pensaba hacer, y los estudios mitológicos o los poemas modernistas que yo emprendía. Tomás era en la clase, evidentemente, mi mejor amigo. Pero en la intimidad, en el mágico momento del deseo, yo sabía que no era cierto. Mi amigo, mi gran amigo, era Fernando Zito. Un chico alto, cuatro o cinco meses mayor que yo y excelente jugador de *hockey.* (Aunque ahora ya no sé si sabré describir la gracia inmensa de sus rasgos o la sensación de vida, sensualidad y belleza de su cuerpo joven.) No, no estoy hablando de un matón de colegio, o del chulo peganiños de una clase, ni de un Dargelos terrible y hosco. Fernando era buen estudiante, llevaba gafas que con admirable naturalidad le venían al rostro, y un mechón de travieso pelo castaño le adornaba la frente. Era alto (ya he dicho), esbelto, elegante, duro, pero prevaleciendo la idea de ligereza sobre la de fuerza. Y era amable en general, con todos, aunque yo realmente le tratase poco: alguna leve conversación sobre notas o estudios, e insignificantes saludos de *¡hola!* y *¡hasta luego!* Pero le miraba, le miraba mucho, cuando llevaba el pan-

talón sobre todo un poco más ceñido, cuando salía a dar la lección, solo, en el estrado; en clase de gimnasia cuando se cambiaba de ropa, o estando sentado en el pupitre, cuando la tensión de la rodilla elevaba un trecho la pernera de su pantalón y sobre el calcetín corto, se veía un poco la pierna, con la negrura muy leve del vello que nacía...

¡Cuánta hermosura! Era un cuerpo adolescente, dorado, elástico y perfecto. Y el rostro (si no bello exactamente), atrapado de gracia y de finura, con un casi imperceptible renglón de bozo sobre el labio alto. Yo amaba a Fernando. Quería —me expresaré mejor— ser intensamente su amigo. Imaginaba mi camaradería con él y su belleza, mi contacto con su cuerpo cómplice, mi privilegiada asistencia a sus ceremonias nocturnas. Porque él, muy buen *congregante* religioso y jugador de *hockey* sobre patines al parecer notable según he contado, era también *boy-scout* —me sigue gustando esa palabra— y hacía, como tal, frecuentes salidas de fin de semana a la montaña con otros chicos... Allí, al anochecer, vivaquearían junto al fuego con olor de campo, y yo soñaba ser uno de ellos. Mi saco de dormir junto al suyo, fumando quizás un cigarrillo antes del sueño, mientras la calentura (de nadie, la calentura a secas) nos iba quemando entre las piernas. Yo imaginaba ir con Fernando a la sierra un día, y trepar peñas y saltar a su lado, y reírnos juntos, comprando vino y latas de sardinas en la fonda del pueblo, y bañarnos juntos también en el río, y que él me enseñase luego (como hacen tantos chicos entre sí) el tímido vello que le apuntaba en los tobillos o en el pubis, compitiendo los dos y excitándonos virilmente al mismo tiempo... Pues su cuerpo era dorado y duro y lleno de la belleza que pide gritos y luces de bengala, porque imposible parece tanta armonía exenta. Y luego vendría la noche en el vivac, el recuento de aquel día amistoso, la narración de lo que los muchachos sueñan hacer con las chicas que aún no conocen, los secretos tántricos de las erecciones y del semen sagrado; aquel momento en que seríamos absolutamente dos amigos, conocedores sin oculto de su propio cuerpo, de su humor, de su pudor y de sus ansias... Una vieja historia, en fin, de camaradas. Pero a Fernando nunca le vi en la sierra (nunca fui allí de esa manera) y oía sólo que tal domingo había ido, o que se preparaba a ir —con otros— la siguiente semana.

¿Por qué Fernando Zito no hubiese podido ser amigo mío? Creo que yo no le era antipático, pero debía verme lejano y solo, como en realidad lo era y estaba. Me comentaba si había leído tal libro —brevemente— pero jamás iniciaba una conversación que supusiese com-

partir todo lo otro, es decir, el lado fraterno de la vida. Yo era un muchachito raro, débil, inteligente, extraño. Él se me aparecía a mí en la plenitud de una adolescencia vital y viril, llena de alegría amistosa en aquel cuerpo suave (seguro) y hermosamente núbil, en el sentido exacto de la palabra, es decir *en edad de matrimonio,* en esa edad santa en que los primitivos iniciaban a los muchachos en los ritos del sexo, sabiendo que la húmeda tensión de ese momento es el fragor mismo de un día de equinoccio...

Una vez, creo que en una clase de historia del arte el profesor me llamó la atención porque yo —un poco sin darme cuenta— estaba inatento, mirando a Fernando. *¿Quiere dejar de mirarle?,* me dijo en un tono muy natural. Como él estaba en un pupitre ligeramente detrás del mío, y en otra fila, para verle yo debía sesgar ligeramente cuerpo y cara. El incidente (por lo que significa) era de los que podía levantar la hilaridad o el desdén terrible de toda la clase. Pero nada sucedió ni nadie comentó nada, acaso por la naturalidad espontánea (rara en mí) con la que me di la vuelta dejando de mirar a mi amigo, mientras contestaba en un susurro al profesor: *Estaba distraído;* lo que de otro lado era más que evidente.

He dicho ya que nunca fui con Fernando a la sierra, aunque alguna vez le vi con el uniforme de *boy-scout,* soñando en silencio mi camaradería imposible. Pero sí le vi jugar al *hockey* varias veces.

Aunque ningún deporte me atraía mucho, solía quedarme por las tardes, al acabar las clases, mirando un rato a los chicos que jugaban o se entrenaban, en los patios amplios del colegio, sobre los patines. Él se quedaba también muchas veces. Aún más esbelto sobre las ruedas, se deslizaba sobre el cemento con el calzón azul, como una representación de Helios o del Euro joven, soplando y guiando su tiro de caballos brillantes y felices... Un día, al verme (no recuerdo el tiempo que podría llevar yo asistiendo a tales sesiones) me preguntó si me interesaba y por qué no jugaba al *hockey...* Le respondí (mintiendo y transido de júbilo) que me interesaba mucho y que lo había jugado siendo más pequeño, pero que un día me caí, y el médico me prohibió jugar, porque tenía un principio de escoliosis lumbar —asunto que, por cierto, años después, no fue mentira—. Fernando me sonrió muy amablemente, y me invitó a ir a ver los partidos más interesantes. Aquel domingo precisamente, me dijo, jugaban por la mañana en el colegio, ellos —nuestro equipo— contra no recuerdo qué otro centro. Era lo mejor de alevines y debía —como aficionado— verlo. Balbucí que no sabía cómo se me habría podido pasar tal evento por

alto y prometí la asistencia. Fernando —rodando ya mágico en sus patines hacia otro extremo— me gritó: *¡Búscame en los vestuarios cuando acabe el partido!* De momento no me di cuenta de lo que eso significaba. Llegó el domingo, y muy contra mi costumbre salí de casa temprano —mamá y la muchacha, sorprendidas— para ir a ver un partido de *hockey* al colegio. *¿Estás seguro que no te han castigado?,* me decía mamá. Ella sabía que no, pero creo que tampoco creía o comprendía mi súbita pasión por el deporte.

El patio central del colegio estaba lleno de chicos —muchos desconocidos para mí— que gritaban y saltaban, alrededor de las vallas que delimitaban el campo de *hockey,* con sus porterías enanas. Supongo que el partido sería bueno o aceptable. No lo recuerdo. Veo sólo brincos, colores, aullidos, y todo amalgamado con el deslizarse de las ruedas sobre el cemento y el ruido de los palos de madera entrechocados, con el golpetón final de algún tiro a puerta. Ni me acuerdo tampoco de quiénes ganaron, aunque debieron ser *los nuestros* si pienso la alegría que reinaba en los vestuarios. Porque quizás sólo un momento antes de acudir me había dado cuenta de lo que implicaba la frase de Fernando. Buscarle (¿para qué?) allí donde todo el equipo, antes de la ducha, se desnudaba... Y no era yo *mirón* practicante, que eso es lo que me daba miedo. No encontrar a los demás, sino encontrar así a Fernando y mirarle, y que me viera. Que se diera cuenta de la jubilosa manera (que él no habría notado en mí) en que yo quería ser su amigo, insisto, *su amigo,* nada más que eso, como lo pueden ser plenamente dos muchachos...

Llegué a la puerta de los vestuarios intentando disimular mi zozobra. Entré, y al primero que vi —allí, en un inmediato lateral, quitándose las medias— le pregunté fingiendo desenvoltura. *¿Zito está? Al fondo,* me contestó sin apenas percatarse. No hubiese sabido (aquel día) decir cómo era la habitación que recorrí cual un sonámbulo, sin mirar a nadie, mientras los chicos se movían a mi alrededor y hablaban y reían, cambiándose de ropa, desnudos camino de las duchas o peinándose —quizás— envueltos en una toalla... Mi mala suerte (no sé si ahora pensaría lo mismo) me hizo hallar, efectivamente al final de la sala, a Fernando en el momento mismo en que ultimaba el desnudo. Le saludé, supongo que con el aspecto mismo de un zombi. Mis ojos intentaban mirar al vacío. Pero no lo conseguían del todo. Entonces, arrojando la última prenda al suelo (era todo sonrisas, brillo, perfección, hermosura) me dijo: *¿Qué tal, eh, qué te ha parecido?* Improvisé lo que fuese, posiblemente algo que quería ser *técnico,* mien-

tras él se introducía ágilmente en un compartimento de ducha, y abriendo el agua, sin cerrar la cortina, me gritaba, en un lenguaje matizado por el líquido: *Yo he estado muy mal. Cuando Raúl me centró, y tiré a puerta, joder lo hice muy mal, porque en ese momento...* No, no voy a divagar sobre *hockey.* El espectáculo era tan fascinante —y era la primera vez en mi vida que lo contemplaba con tal naturalidad— que quedé como absorto. Contestaba cualquier cosa para dejarle que siguiese hablando, mientras se movía al ducharse y repetía frases, y el agua le resbalaba (le acariciaba y caía con un ruido que no sabría imitar). Me pidió que le alcanzase la toalla, y ciñéndola, salió. Creo que me dijo que todos (el equipo) irían a tomar juntos una cerveza antes de irse a casa, y me invitó a compartirla. Pero yo rehusé. Se me había hecho muy tarde —dije—. *Hoy hay invitados en casa, y tengo que estar muy puntual. Gracias, tengo que irme. Ha estado muy bien. Bueno, adiós, hasta luego.* Y como una Cenicienta cualquiera, urgida por una imaginaria hora fatídica, salí apresurado del vestuario, sin volverme y rápidamente, apenas Fernando me propuso ir con todos al aperitivo. La explicación era sencilla. Mi control, mi disimulado interés por cosas que en realidad nada me decían, podría —entre todos— hacérseme duro, demasiado cuesta arriba, y de otro lado, la inesperada, la enorme emoción de haber visto a Fernando tal como lo había visto, bajo el agua cálida de la ducha, aceleró demasiado mis sensaciones, mi pasión, podría decir incluso, en una especie de taquicardia anfetamínica... No podía más. Tenía que salir corriendo y perder lo que podría venir, para gozarme solo, con lo que ya había tenido. Imagino que un poeta platónico habría escrito toda su vida, por una sola escena como ésta.

Pero por algún raro motivo que se me escapa —timidez muy posiblemente, miedo a que se *diera cuenta*— no volví más a ningún partido de *hockey,* y hasta rehuí (no con la mirada) a mi amigo. Al escribir me voy dando cuenta del espanto de lo que digo. Cercenar mi sentimiento para que no se *notase.* Quemaba una parte de mí mismo —la mejor parte de mí mismo— en una de tantas hogueras como la Edad Media había visto y seguía viendo... y ni decirlo podía. El *pecado,* no en balde, lo titulan *nefando.* Ni una palabra.

CAPÍTULO 8

«La palabra escrita diez mil veces entre lágrimas...»

Los castigos escolares

Salustiano Masó

LOS CASTIGOS

Hoy que a tanto castigo te aclimatas,
cuando ya todo es calabozo y látigo
y has visto a la justicia en cueros vivos
con sus forúnculos y sus vergüenzas,
recuerda cuando nada comprendías
de los brazos en cruz o la palabra
escrita diez mil veces entre lágrimas.
El bastón o la férula caían
con majestad terrible, encarnizándose
en el nombre de un dios hosco y metódico
contra tu cuerpo tímido, inocente.

Hoy eres ya galápago. Resistes
las purgas y los palos que te vengan.
Tienes tu vino, tu filosofía,
tus analgésicos para ir pasándolo.
Te modelas en cera o explosivo.
Pero entonces, recuerda, con qué pasmo
te bebías la hiel sin escupirla
por miedo a hieles mucho más amargas.
La sorpresa del ciervo atarazado

en su reino del bosque por inmundos
perros lacayos que obedecen siempre.
Con los brazos en cruz y gruesos tomos
en las palmas abiertas parecías
un ruiseñor estrangulado vivo
por un sádico. Nadie vio en tu pecho
aquella rosa roja pisoteada
entre letrinas. Te condecoraban
con orejas de asno. En ti eran alas.
Te remontabas a tus cumbres áureas
y nunca oíste en el siniestro valle
el inmenso rebuzno del sistema.
Amabas las palabras nunca escritas
y los delfines y los gavilanes.
De cara a la pared, entre humedades
de catacumbas y de santo oficio,
encendías tu jungla con luz propia,
trasmutabas arañas en jaguares,
tu débil pecho era un acorazado
y tú su capitán sobre las olas.

Degradado te ves hoy, sin el viento
que ayer te diera impulso y jerarquía.
Tu barco zozobró hace muchos años.
Ya en el ángulo aquel no habita el hada,
tus leones murieron en el circo...

Te tientas las orejas en las sienes:
altas, peludas, tiernas, palpitantes.
Pero ya no te sirven para el vuelo.

Mario Vargas Llosa

El patio estaba sacudido por los gritos

Javier se adelantó por un segundo:
—¡Pito! —gritó, ya de pie.
La tensión se quebró, violentamente, como una explosión. Todos estábamos parados: el doctor Abásalo tenía la boca abierta. Enroje-

cía, apretando los puños. Cuando, recobrándose, levantaba una mano y parecía a punto de lanzar un sermón, el pito sonó de verdad. Salimos corriendo con estrépito, enloquecidos, azuzados por el graznido de cuervo de Amaya, que avanzaba volteando carpetas.

El patio estaba sacudido por los gritos. Los de cuarto y tercero habían salido antes, formaban un gran círculo que se mecía bajo el polvo. Casi con nosotros, entraron los de primero y segundo; traían nuevas frases agresivas, más odio. El círculo creció. La indignación era unánime en la Media. (La Primaria tenía un patio pequeño, de mosaicos azules, en el ala opuesta del colegio.)

—Quiere fregarnos, el serrano.

—Sí. Maldito sea.

Nadie hablaba de los exámenes finales. El fulgor de las pupilas. las vociferaciones, el escándalo indicaban que había llegado el momento de enfrentar al director. De pronto, dejé de hacer esfuerzos por contenerme y comencé a recorrer febrilmente los grupos: «¿nos friega y nos callamos?» «Hay que hacer algo». «Hay que hacerle algo».

Una mano férrea me extrajo del centro del círculo.

—Tú no —dijo Javier—. No te metas. Te expulsan. Ya lo sabes.

—Ahora no me importa. Me las va a pagar todas. Es mi oportunidad, ¿ves? Hagamos que formen.

En voz baja fuimos repitiendo por el patio, de oído en oído: «Formen filas», «a formar, rápido».

—¡Formemos las filas! —el vozarrón de Raygada vibró en el aire sofocante de la mañana.

Muchos, a la vez, corearon:

—¡A formar! ¡A formar!

Los inspectores Gallardo y Romero vieron entonces, sorprendidos, que de pronto decaía el bullicio y se organizaban las filas antes de concluir el recreo. Estaban apoyados en la pared, junto a la sala de profesores, frente a nosotros, y nos miraban nerviosamente. Luego se miraron entre ellos. En la puerta habían aparecido algunos profesores; también estaban extrañados.

El inspector Gallardo se aproximó:

—¡Oigan! —gritó, desconcertado—. Todavía no...

—Calla —repuso alguien, desde atrás—. ¡Calla, Gallardo, maricón!

Gallardo se puso pálido. A grandes pasos, con gesto amenazador. invadió las filas. A su espalda, varios gritaban: «¡Gallardo, maricón!»

—Marchemos —dije—. Demos vueltas al patio. Primero los de quinto.

Comenzamos a marchar. Taconeábamos con fuerza, hasta dolernos los pies. A la segunda vuelta —formábamos un rectángulo perfecto, ajustado a las dimensiones del patio— Javier, Raygada, León y yo principiamos:

—Ho-ra-rio; ho-ra-rio; ho-ra-rio...

El coro se hizo general.

—¡Más fuerte! —prorrumpió la voz de alguien que yo odiaba: Lu—. ¡Griten!

De inmediato, el vocerío aumentó hasta ensordecer.

—Ho-ra-rio; ho-ra-rio; ho-ra-rio...

Los profesores, cautamente, habían desaparecido cerrando tras ellos la puerta de la sala. Al pasar los de quinto junto al rincón donde Teobaldo vendía fruta sobre un madero, dijo algo que no oímos. Movía las manos, como alentándonos. «Puerco», pensé.

Los gritos arreciaban. Pero ni el compás de la marcha, ni el estímulo de los chillidos, bastaban para disimular que estábamos asustados. Aquella espera era angustiosa. ¿Por qué tardaba en salir? Aparentando valor aún, repetíamos la frase, mas habían comenzado a mirarse unos a otros y se escuchaban, de cuando en cuando, agudas risitas forzadas. «No debo pensar en nada, me decía. Ahora no». Ya me costaba trabajo gritar: estaba ronco y me ardía la garganta. De pronto, casi sin saberlo, miraba el cielo: perseguía a un gallinazo que planeaba suavemente sobre el colegio, bajo una bóveda azul, límpida y profunda, alumbrada por un disco amarillo en un costado, como un lunar. Bajé la cabeza, rápidamente.

Pequeño, amoratado, Ferrufino había aparecido al final del pasillo que desembocaba en el patio de recreo. Los pasitos breves y chuecos, como de pato, que lo acercaban interrumpían abusivamente el silencio que había reinado de improviso, sorprendiéndome. (La puerta de la sala de profesores se abre: asoma un rostro diminuto, cómico. Estrada quiere espiarnos: ve al director a unos pasos: velozmente, se hunde; su mano infantil cierra la puerta.) Ferrufino estaba frente a nosotros: recorría desorbitado los grupos de estudiantes enmudecidos. Se habían deshecho las filas: algunos corrieron a los baños, otros rodeaban desesperadamente la cantina de Teobaldo. Javier, Raygada, León y yo quedamos inmóviles.

—No tengan miedo —dije, pero nadie me oyó porque simultáneamente había dicho el director:

—Toque el pito, Gallardo.

De nuevo se organizaron las hileras, esta vez con lentitud. El

calor no era todavía excesivo, pero ya padecíamos cierto sopor, una especie de aburrimiento. «Se cansaron —murmuró Javier—. Malo». Y advirtió, furioso:

—¡Cuidado con hablar!

Otros propagaron el aviso.

No —dije—. Espera. Se pondrán como fieras apenas hable Ferrufino.

Pasaron algunos segundos de silencio, de sospechosa gravedad, antes de que fuéramos levantando la vista, uno por uno, hacia aquel hombrecito vestido de gris. Estaba con las manos enlazadas sobre el vientre, los pies juntos, quieto.

—No quiero saber quién inició este tumulto —recitaba. Un actor: el tono de su voz, pausado, suave, las palabras casi cordiales, su postura de estatua, eran cuidadosamente afectadas. ¿Habría estado ensayándose solo, en su despacho?—. Actos como éste son una vergüenza para ustedes, para el colegio y para mí. He tenido mucha paciencia, demasiada, óiganlo bien, con el promotor de estos desórdenes, pero ha llegado al límite...

¿Yo o Lu? Una interminable y ávida lengua de fuego lamía mi espalda, mi cuello, mis mejillas a medida que los ojos de toda la Media iban girando hasta encontrarme. ¿Me miraba Lu? ¿Tenía envidia? ¿Me miraban los coyotes? Desde atrás, alguien palmeó mi brazo dos veces, alentándome. El director habló largamente sobre Dios, la disciplina y los valores supremos del espíritu. Dijo que las puertas de la dirección estaban siempre abiertas, que los valientes de verdad debían dar la cara.

—Dar la cara —repitió: ahora era autoritario—, es decir, hablar de frente, hablarme a mí.

—¡No seas imbécil! —dije, rápido—. ¡No seas imbécil!

Pero Raygada ya había levantado su mano al mismo tiempo que daba un paso a la izquierda, abandonando la formación. Una sonrisa complaciente cruzó la boca de Ferrufino y desapareció de inmediato.

—Escucho, Raygada... —dijo.

A medida que éste hablaba, sus palabras le inyectaban valor. Llegó incluso, en un momento, a agitar sus brazos, dramáticamente. Afirmó que no éramos malos y que amábamos el colegio y a nuestros maestros; recordó que la juventud era impulsiva. En nombre de todos, pidió disculpas. Luego tartamudeó, pero siguió adelante:

—Nosotros le pedimos, señor director, que ponga horarios de exámenes como en años anteriores... —se calló, asustado.

—Anote, Gallardo —dijo Ferrufino—. El alumno Raygada ven-

drá a estudiar la próxima semana, todos los días, hasta las nueve de la noche —hizo una pausa—. El motivo figurará en la libreta: por rebelarse contra una disposición pedagógica.

—Señor director... —Raygada estaba lívido.

—Me parece justo —susurró Javier—. Por bruto.

José Martínez Ruiz, *Azorín*

Mis aficiones bibliográficas

Hace un momento ha salido el maestro; no hay nada comparable en la vida a estos breves y deliciosos respiros que los muchachos tenemos cuando se aleja de nosotros momentáneamente este hombre terrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos. A las posturas violentas de sumisión, a los gestos modosos, suceden repentinamente los movimientos libres, los saltos locos, las caras expansivas. A la inacción letal, sucede la vida plena e inconsciente. Y esta vida, aquí entre nosotros en esta clase soleada, en este minuto en que está ausente el maestro, consiste en subirnos a los bancos, en golpear los pupitres, en correr desaforadamente de una parte a otra.

Sin embargo, yo no corro, ni grito, ni golpeo; yo tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo. No puedo ya hacer memoria de quién me lo dio ni cuándo comencé a leerlo, pero sí afirmo que este libro me interesaba profundamente, porque trataba de brujas, de encantamientos, de misteriosas artes mágicas. ¿Tenía la cubierta amarilla? Sí, sí, la tenía; este detalle no se ha desaferrado de mi cerebro.

Y es el caso que yo comienzo a leer este pequeño libro en medio de la formidable batahola de los muchachos enardecidos; nunca he experimentado una delicia tan grande, tan honda, tan intensa como esta lectura... Y de pronto, en este embebecimiento mío, siento que una mano cae sobre el libro brutalmente; entonces levanto la vista y veo que el bullicio ha cesado y que el maestro me ha arrebatado mi tesoro.

No os diré mi angustia y mi tristeza, ni trataré de encareceros la honda huella que dejan en los espíritus infantiles, para toda la vida, estas transiciones súbitas y brutales del placer al dolor. Desde la fecha de este caso he andado mucho por el mundo, he leído infinitos libros; pero nunca se va de mi cerebro el ansia de esta lectura deliciosa y el amargor cruel de esta interrupción bárbara.

Eduardo Galeano

La educación

En las cercanías de la Universidad de Stanford, pude conocer otra universidad, más chiquita, que dicta cursos de obediencia. Los alumnos, perros de todas las razas, colores y tamaños, aprenden a no ser perros. Cuando ladran, la profesora los castiga apretándoles el hocico con el puño y pegando un doloroso tirón al collar de pinchos de acero. Cuando callan, la profesora les recompensa el silencio con golosinas. Así se enseña el olvido de ladrar.

Capítulo 9

«Me encendí yo de manera en el deseo de saber leer...»

El afán de conocimiento

Sor Juana Inés de la Cruz

Respuesta a Sor Filotea de la Cruz

Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que os quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba que diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo.

Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenden las muje-

res, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedía así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza: que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado de cosas (de las accesorias hablo, no de las formales), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma, pero ¡miserable de mí!, trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dio el Cielo, pues de apagarse o embarazarse con tanto ejercicio que la religión tiene, reventaba como pólvora, y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus.*

Volví (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la estudiosa

tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. ¡Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar, debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un San Jerónimo y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija. Esto me proponía yo de mí misma y me parecía razón; si no es que era (y eso es lo más cierto) lisonjear y aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndola como obligatorio su propio gusto.

Con esto proseguí, dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fue virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural que Dios quiso poner en David? ¿Cómo sin Aritmética se podrán entender tantos cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordias y propiedades de los números? ¿Cómo sin Geometría se podrán medir el Arca Santa del Testamente y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes tan maravilloso? ¿Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fue el mismo David el artífice que dio la disposición y la traza, y el Sabio Rey sólo fue sobrestante que la ejecutó; donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitra-

be sin significado; y así de otras sus partes, sin que el más mínimo filete estuviese sólo por el servicio y complemento del Arte, sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los libros historiales? Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero. ¿Cómo sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los libros legales? ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura; tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar? ¿Cómo sin muchas reglas y lección de Santos Padres se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues sin ser muy perito en la Música, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores que hay en tantos lugares, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham, por las Ciudades, de que si perdonaría habiendo cincuenta justos, y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es sesquinona y es como de *mi* a *re;* de aquí a cuarenta, que es sesquioctava y es como de *re* a *mi;* de aquí a treinta, que es sesquitercia, que es la del diatesarón; de aquí a veinte, que es la proporción sesquiáltera, que es la del diapente; de aquí a diez, que es la dupla, que es el diapasón; y como no hay más proporciones armónicas no pasó de ahí? Pues ¿cómo se podrá entender esto sin Música? Allá en el Libro de Job le dice Dios: *Numquid coniungere valebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare? Numquid producis Luciferum in tempore suo, et Vesperum super filios terrae consurgere facis?* cuyos términos, sin noticia de Astrología, será imposible entender. Y no sólo estas nobles ciencias; pero no hay arte mecánica que no se mencione. Y en fin, como el Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven; y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil, ni aun posible) pide otra circunstancia más que todo lo dicho, que es una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás.

Jorge Guillén

COMIENZO DE CURSO

A Juan Ruiz Peña

Ya se doran las hojas, ya las tardes
Son lo mejor del día
Bajo su luz madura de sosiego,
Ya comienza el curso.
Aprender, enseñar, lecciones, aulas.

Siempre en octubre comenzaba el año.
¡Y cuántas veces esta luz de otoño
Me recordó a Fray Luis:
«Ya el tiempo nos convida
A los estudios nobles...»!

Ramón Gómez de la Serna

EL GRAN PEDAGOGO

Este pedagogo no era de los que enseñan y enseñan *test* a los niños haciéndoles el engaño de la estampa cuando más descuidados están y anotándoles más o menos mala nota por lo que dicen al ver la estampa con ingenuidad distraída.

Este pedagogo tenía un plan filantrópico para iluminar a los niños sorprendidos por el colegio.

Escribía y escribía comunicaciones al ministerio y hasta se dirigió a algunos ricachos pidiendo una subvención para realizar su plan.

Nadie le contestaba hasta que un día comprometiendo su sueldo para esta vida y la otra consiguió que le enviasen un gran cajón de caviar del país.

Los niños sobrealimentados con caviar comenzaron a progresar, a ser geniales, a ver la pega de los grabados tontos de los *test* y cuando llegó el inspector le envolvieron en ironías.

En vista de eso el maestro aquel fue declarado en situación de disponible y se cerró la escuela durante una temporada como si hubiese habido una epidemia.

Isabel Pérez Montalbán

Tercera enseñanza

Materias que no enseñan en la escuela:
Tener mucha paciencia. Cuidar la duna móvil
y el barro ajardinado de los días.
Beber el llanto seco. Comer óxido y pan.
Conducirse en los tanques del domingo violento.
Desvestirse con prisa. Cerrar con fuerza el grifo
caliente del deseo. Contener toda náusea.
Leer a los suicidas, a los supervivientes
boreales del Gulag, del Holocausto.
Mirar lo que soñé en la distancia:
una casa en la playa hoy en ruinas,
guarida de las ratas y los yonkis.
No confundir molinos con gigantes.
Familia significa las voces de un pastor
que agrupa a su rebaño. Y también
perderse en lo nocturno por el monte,
pasar miedo, soltarse de la cuerda
colgada a un precipicio de abandono.

De memoria aprenderse y después olvidarse.

Antonio Machado

Habla Juan de Mairena a sus alumnos

(Mairena, en su clase de Retórica y Poética.)

—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».

El alumno escribe lo que se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

Mairena. —No está mal.

Guadalupe Dueñas

Al revés

A Fausto Vega

El letrero decía: «Nebrija (Elio Antonio de) *profesor de literatura*». La recién llegada confrontó direcciones, alzó sus pequeñas tenazas y llamó.

—¿Aquí enseñan español?

—Sí —respondió Beatriz—, pero a personas...

—¡Vamos!, ni que yo fuera del Suplemento... Vengo desde la mar...

—Desde el mar —le espetó con desprecio.

—...y tengo muchas ganas de aprender.

—¿Qué estudios ha hecho? —preguntó el profesor con desesperada transigencia.

La presunta discípula sacó un cuaderno —flameaba en la cubierta azul marchoso «Opera Omnia»— y leyó sin timidez: *De lo que sucedió a un caballito de mar; Historia de una espada. Parafernalia de Tritón.* Cuando llegó a *Crisoelefantina,* el dómine mordió su chupa y le dijo que no continuara: «Ya quedo enterado de que por lo menos simula leer».

—Es que yo soy la autora...

—Entonces puede que aprenda a escribir. ¿Cuál es su nombre?

—Rosita. Rosita de Acapulco. Me dicen así, aunque en verdad...

—No me importa el nombre que prefiera. Acomódese donde guste.

Rosita escogió un pupitre y desenfadada lo adornó con espejos, arena y pedacitos de concha.

Nosotros rehuíamos su compañía, aunque nos pareciera gracioso su interés por el aprendizaje y su insistencia en que oyéramos sus composiciones arrastradas por una voz insegura.

Margarita, resignada, padecía en su hombro la dureza de los garfios de Rosita y la reiteración sobre sus fantásticas historias del mar: de cómo las ostras van secando su carne en austeridad continua hasta que su soledad se convierte en una perla, de los pulpos que nublan la distancia con hemorragias de odio, del sanguinario amor de las tortugas y de las casas de apartamientos construidas dentro de las ballenas.

Olivia en cambio, altiva y ojiverde, no cejaba en mostrarle desprecio a cambio de íntimo y rebuscado temor. Yo aconsejaba a Cordelia retratara al bicho, pues era notable que semejante criatura hiciera lo

que hacía; Cordelia apretaba los labios y me hundía en sus ojos azules.

Decidimos ignorar a Rosita. La supusimos obra de la imaginación, broma afrentosa del Nebrija; no le hablábamos ni mirábamos siquiera el lugar donde debía estar; pero nuestra reticencia decaía cuando nos daba tironcillos en las faldas o con mayor atrevimiento trepaba hasta el regazo y colérica nos pellizcaba, debo decir, moderadamente.

«Qué apretadas y míseras son las capitalinas»; o bien: «A mis condiscípulas, catrinas fósiles», fueron letreros corrientes en el pizarrón.

Una vez tuve que decirle que no fuera insolente y, rebelde, me contestó que su familia era mejor que la mía, que lo que pasaba era que yo y las obtusas compañeras le teníamos envidia. Que no se creyeran Beatriz ni Olivia que podían hacerla menos y enemistarla con Margarita —me lo decía castañeteando sus mandíbulas y con sonido más tartajoso.

—¡Ya verán si no las quiebro de un mordisco! Y a usted que se anda ahí de boba y burlándose la voy a dejar más morada que una bugambilia. ¡No soy personaje de sus cuentos!

Sonora y endemoniada subió a su banca y estuvo leyendo hasta que el sol sacó la última luz de la biblioteca.

En las clases, la de Acapulco era igualmente intolerable. Preguntona y marisabidilla no soltaba oportunidad de lucimiento. El profesor tenía que esforzarse para que el coraje sólo le enrojeciera los ojos. Un día, sin embargo, consiguió Rosita hacerlo reír, porque matreramente casi le arrancó el calcañar a Olivia. Ésta soltó un «¡animal!» inconfundible, al que la otra contestó «tenerlo a mucha honra». Todos la festejamos y Rosita, oronda, fue a su lugar en seguimiento de su ruido.

Otra vez se trató del género y Rosita alegó que ella no era ninguna mercancía, ni entendía lo de accidente; que a cada quien su madre sabría cómo la había echado al mundo y que no aceptaba lo de epiceno, pues seguro que ella no tenía de eso, que sencillamente era un congrio.

—¿Un qué?... —recalcó el profesor.

—¡Un congrio!

—¡Puf, hija de español...!

A pesar de las repetidas promesas de no interrumpir más, la lección fue suspendida, igual como sucedió cuando al finalizar el verbo se mencionó a los irregulares. Rápida y conmovida Rosita tronó que

todo permitía menos ataques a la religión. «No hay más Verbo que el Encarnado y no tolero que se le divida y menos que se le considere irregular. Esta clase no puede continuar!» Dio tales chillidos que íbamos por el zaguán, y sus estridentes «herejes, babilonios, ciudadanos del pecado» sonaban como si los trajéramos en la oreja.

Por su predilecta Margarita supimos de su afán por convertirse en sirena. Rosita de Acapulco había venido al altiplano a graduarse en dicción. «Un cangrejo gusta poco, mejor es lo otro».

—¿Se imaginan —la remedó Margarita— el pez espada que huye con su rauda flecha de zafiros como un cometa del agua, y la extraña flor que ríe con sus once pétalos caoba, que al sentirse tocados se vuelven blandos y tibios y sus punzones de luto se dispersan en carcajadas... y el canto, el imán del canto sobre explosivos marineros? Pero no pronuncio bien, no entono.

El animalejo entonces veía el suave y dúctil oleaje del jardín y con vocecilla apenas perceptible cantaba:

Por quererte alcanzar, por no tener,
el tiempo es breve y queda la ilusión;
apenas si detengo el corazón
aparte de tu alma y de mi ser.

—¿Por qué no mejor va a una escuela de canto? —aconsejaba Margarita.

—Pues aquí ¿para qué se estudia?

—Aquí es para los que quieren escribir.

—Con razón... No, eso ya sé... Lo que quiero es algo mejor pagado y, francamente, la demanda de sirenas es excitante... No se ría, ¡yo soy muy católica!

—¿Pero usted podría...?

—¡Vaya que si podré! Usted no entiende de cuando una quiere mejorar... usted es rica.

—No le diga nada a esas pesadas —se refería a nosotras—, pero yo sé que me emplearían. Me figuro que piensa que no tengo ni figura ni tamaño. Eso no importa, lo que deseo es el doblaje. Hay algunas sirenas que han envejecido, ya no pueden cantar; entonces, como no pueden alquilar a otras sirenas porque eso sería tanto como impedirles su carrera, pues pagan los servicios de quien se los presta... ¡Ahí entro yo! Imagine, imagine una voz que ensancha el ruido del mar y un pecho furioso donde resuena implacable, inclemente.

¡Cuánto prestigio para mi casa, cuánto honor para mí!...; pero usted dice que aquí no enseñan eso...

—No, aquí no. En el Conservatorio.

Margarita inútilmente ponía entre la canción de Rosita y su hombro la debilidad del cuaderno, pero en sus ojos asustados recorrían las cosas caminos de alivio y esperanza. La cangrejo no cesaba de cantar, contaba historias de medusas, de los peces que se reproducen sin pecado, porque van sin mirar a las hembras que despiertan a los huevecillos náufragos como lágrimas; hablaba de la malagua que tiembla en su cristal maligno; de las estrellas submarinas que están copiando a los astros y de los pescaditos múltiples que siempre van de la mano con bullicioso plumaje de cobre y ojos esmeralda...

Rosita fue adonde estaba el profesor.

—Me voy, señor.

—¿Cómo que se va? Cuánto daño han hecho al idioma las repentinas lenguas que son impulsadas por la galerna de la pasión, más que por el motor del raciocinio. ¿Se va usted a sí misma? ¡Hágalo, vamos, hágalo!

—Pues en el diccionario aparece como transitivo.

—A ver, a ver... ¡Esta Academia... imperdonable! Así que ¿se va usted?

Como siempre, el profesor cursaba el error. Rosita, para que no pareciera burla, prefirió mover afirmativamente la cabeza.

—La inconstancia, la ausencia de firmeza arruinan las mejores intenciones, socavan la virtud y demeritan los espíritus. Hace un mes deseaba aprender y, hoy, en menos de un minuto, seguramente, decidió marcharse.

—Es que yo quiero ser sirena.

—¡Basta de locuras! Llega usted, destartala la clase y ahora sale con esa estúpida invención...

—Usted no conoce el mar...

—¡Silencio!...

—Ni el sol.

—¡Que se calle...!

—Ni la vida. Puede que sepa muchas cosas...

—¡Insolente! Le digo a usted que...

—...tantas, que muchas ha olvidado, pero hay otras que hasta su imaginación desconoce. (No quiero discursos, ¡cállese!) Profesor, ser sirena, absolutamente sirena, más que serlo por la carne, es privilegio de las que, como yo, lo somos por elección (qué idiotez). Usted no

entiende, pero también, deseoso de saber, entregó a eso, perdóneme, los mejores jugos de su espíritu. (¡Bueno, termine usted!) Yo insisto en ser sirena y pongo mi fuerza (a dónde vamos a dar con tales disparates, esto se acaba, ahora se va usted porque yo la echo) en conseguirlo, ser sirena no es lo que cree usted, ni éstas: amigo, déjeme que le diga así, la seducción no es asunto de sirenas; los simples mortales no pueden verlo de otra manera, pero en verdad es sólo amor, sabe, puro y potente amor, reunión y festejo de lo creado. (¡Cuánta locura!) Un canto de alabanza y quien nos oye se inflama en nuestro gozo y participa de esta gracia, y desaparece porque nosotras protegemos su deseo de compañía; pero nadie lo devora ni lo descuartiza. Por lo contrario, se le trata como a un elegido (¡Fuera, bribona, fuera! Esto es el colmo. Si no se marcha la machaco) y nada puede nadie contra nosotras, somos de irrealidad, de sutileza, de fantasía. Ojalá, pobrecito de usted, alguna vez nos oiga.

El profesor arrojó su cólera contra el crustáceo; pero sólo dio contra el seco golpe de la puerta.

Elena Garro

Una hoja seca marcaba las páginas

Una hoja seca marcaba las páginas del libro que Elisa guardaba debajo de su almohada.

—¡Vámonos!

Nos fuimos de prisa, sin los dulces y con el libro. Buscamos un lugar seguro donde hojearlo. Todos los lugares eran peligrosos. Miramos a las copas de los árboles y escogimos la más verde, la más alta. Sentadas en una horqueta leímos: *La Ilíada.* Así empezó la desdichada Guerra de Troya.

«¡Canta, oh Musa, la cólera del Pélida Aquiles!»

La cólera de Elisa duró muchas semanas. Nosotras, ensordecidas por el fragor de las batallas, apenas tuvimos tiempo de escucharla.

—¿En dónde se esconden todo el día?

—¡Hum!... Quién sabe...

Arriba, entre las hojas, nos esperaban Néstor, Ulises, Aquiles, Agamenón, Héctor, Andrómaco, Paris y Helena. Sin darnos cuenta, los días empezaron a separarse los unos de los otros. Después, los días se separaron de las noches; luego el viento se apartó del Cañón

de la Mano, y sopló extranjero sobre los árboles, el cielo se alejó del jardín y nos encontramos en un mundo dividido y peligroso.

«No permitas que los perros devoren mi cadáver», decía Héctor por tierra, alzando el brazo para apoyar su súplica; Aquiles, de pie, con la lanza apoyada en la garganta del caído, lo miraba desdeñoso.

—¡Pobre Héctor!

—Yo estoy con Aquiles —contestó Eva súbitamente desconocida.

Y me miró. Antes, nunca me había mirado. Yo la miré. Estaba a horcajadas sobre la rama del árbol, como otra persona que no fuera yo misma. Me sorprendieron sus cabellos, su voz y sus ojos. Era otra. Sentí vértigo. El árbol se alejó de mí y el suelo se fue muy abajo. También ella desconoció mi voz, mis cabellos y mis ojos. Y también tuvo vértigo. Descendimos afianzándonos al tronco, con miedo de que se desvaneciera.

—Yo estoy con Héctor —repetí en el suelo y sintiendo que ya no pisaba tierra. Miré la casa y sus tejados torcidos me desconocieron. Me fui a la cocina segura de encontrarla igual que antes, igual a mí misma, pero la puerta entablerada me dejó pasar con hostilidad. Las criadas habían cambiado. Sus ojos brillaban separados de sus cabellos. Picaban las cebollas con gestos que me parecieron feroces. El ruido del cuchillo estaba separado del olor de la cebolla.

—Yo estoy con Aquiles —repitió Eva abrazándose a las faldas rosas de Estefanía.

—Yo estoy con Héctor —dije con firmeza, abrazada a las faldas lilas de Candelaria.

Y con Héctor empecé a conocer el mundo a solas. El mundo a solas, únicamente era sensaciones. Me separé de mis pasos y los oí retumbar solitarios en el corredor. Me dolía el pecho. El olor de la vainilla ya no era la vainilla, sino vibraciones. El viento del Cañón de la Mano se apartó de la voz de Candelaria. Yo no tocaba nada, estaba fuera del mundo. Busqué a mi padre y a mi madre porque me aterró la idea de quedarme sola. La casa también estaba sola y retumbaba como retumban las piedras que aventamos en un llano solitario. Mis padres no lo sabían y las palabras fueron inútiles, porque también ellas se habían vaciado de su contenido. Al atardecer, separada de la tarde, entré a la cocina.

—Candelaria, ¿tú me quieres mucho?

—¡Quién va a querer a una «güera» mala!

Candelaria se puso a reír. Su risa sonó en otro instante. La noche bajó como una campana negra. Más arriba de ella, estaba la Gloria y

yo no la veía. Héctor y Aquiles se paseaban en el Reino de las Sombras y Eva y yo los seguíamos, pisando agujeros negros.

—Leli, ¿me quieres?

—Sí, te quiero mucho.

Ahora nos queríamos. Era muy raro querer a alguien, querer a todo el mundo: a Elisa, a Antonio, a Candelaria, a Rutilio. Los queríamos porque no podíamos tocarlos.

Eva y yo nos mirábamos las manos, los pies, los cabellos, tan encerrados en ellos mismos, tan lejos de nosotros. Era increíble que mi mano fuera yo, se movía como si fuera ella misma. Y también queríamos a nuestras manos como a otras personas, tan extrañas como nosotras o tan irreales como los árboles, los patios, la cocina. Perdíamos cuerpo y el mundo había perdido cuerpo. Por eso nos amábamos, con el amor desesperado de los fantasmas. Y no había solución. Antes de la Guerra de Troya fuimos dos en una, no amábamos, sólo estábamos, sin saber bien a bien en dónde. Héctor y Aquiles no nos guardaron compañía. Sólo nos dejaron solas, rondando, rondándonos, sin tocarnos, ni tocar nada nunca más. También ellos giraban solos en el Reino de las Sombras, sin poder acostumbrarse a su condición de almas en pena. Por las noches yo oía a Héctor arrastrando sus armas. Eva escuchaba los pasos de Aquiles y el rumor metálico de su escudo.

—Yo estoy con Héctor —afirmaba en la mañana en medio de los muros evanescentes de mi cuarto.

—Yo, con Aquiles —decía la voz de Eva muy lejos de su lengua. Las dos voces estaban muy lejos de los cuerpos, sentados en la misma cama.

Luis García Montero

El cuarto de Irene

Ha vuelto al colegio. Son los primeros días, cada cosa está en su sitio, aún no ha dado tiempo a que la indisciplina de la monotonía lo revuelva todo, ni siquiera parece ponerse en duda la voluntad de orden. A mitad de septiembre las calles se visten con la paradoja de una solemnidad juguetona, una seriedad alegre, el azul marino y el gris de los uniformes escolares. Los dormitorios también vigilan su propia paradoja, respiran en calma y parecen selvas ordenadas, leo-

neras convertidas por unos días en jardín razonable, como si en el corazón de cada niño se hubiese escondido un filósofo metódico y alemán, dispuesto a delimitar exactamente el espacio y a calcular la distribución más fértil del tiempo. En contra de lo que afirman los refranes, las vidas nuevas, los buenos propósitos, piensan poco en el 1° de enero, fecha hipotecada por la madurez y la resaca, por el cinismo o la mala conciencia. Los buenos propósitos firman sus mejores alianzas con el calendario escolar, saben la edad que les conviene, conocen la época propicia para cambiar de piel, no se separan casi nunca del 15 de septiembre.

En el cuarto de Irene todo está en su sitio. Los libros de texto ocupan el lugar designado en las estanterías, con una disposición amable y equilibrada, que devuelve a la realidad su antigua confianza renacentista. Aquí las matemáticas, aquí la lengua, aquí las ciencias naturales, aquí la lectura, una palabra junto a otra, las multiplicaciones al lado de los verbos, el nombre de los minerales contagiándose de los cuentos y las fantasías; casi resulta posible imaginar las sucesiones de un mundo completo y abarcable. Aunque los nuevos libros ya han sido encomendados a la prisión de sus forros de plástico, de vez en cuando se escapa de ellos una palabra o un dibujo. Por el silencio optimista de la habitación relampaguean las operaciones al cuadrado, el Nilo, la calcopirita, las poleas de un albañil, las aplicaciones al medio o el caballo sonriente que nos da la bienvenida, se presenta y nos habla en inglés. Las palabras novedosas llegan cargadas con el prestigio de la edad, son como peldaños en una escalera necesaria. Antes han pertenecido a una amiga mayor, poder pronunciarlas significa ascender en la jerarquía biológica de la realidad. Los libros de texto ayudan a crecer más que las vitaminas, nos extienden cada año un certificado de madurez, un aviso de futuro sin peligro de jubilación.

Los estuches son una versión cromática de las buenas intenciones. El sacapuntas ofrece su prestigio afilado, la goma se vanagloria de su limpieza, la regla se comporta con una rectitud sin cicatrices, la cremallera funciona a salvo de los descosidos y los lápices de colores conservan el orden de sus matices y sus significados. A uno le entran ganas de explicarse el porvenir con la planificación convencida de un dibujo simple, los trazos amarillos del sol, el verde de los árboles, el garabato de los pájaros, la simetría de las ventanas, el equilibrio ingenuo del tejado. Para comprender el cielo de septiembre hay que sacarle punta a un lápiz de color azul oscuro, porque la luz se deshoja igual que la madera.

Mañana va a ser muy fácil encontrarlo todo. El estuche encima del escritorio, los libros en la estantería, la ropa doblada en la butaca, las zapatillas nuevas al pie de la cama, podremos sin duda llegar pronto al colegio. Más adelante no resultará tan fácil, porque los lunes estarán aparcados en el calendario como los autobuses escolares, echando humo y reteniendo el tráfico, empeñados en que no pasen los otros días de la semana. La misión del tiempo es desgastarnos, ahumarnos, subrayarnos, olvidarnos en cualquier esquina del patio. El desorden, los rotos y las pérdidas coincidirán con la impuntualidad y con el frío, materia de otros despertares y otras discusiones. Ahora sólo importan los buenos propósitos, el deseo instintivo de cumplir con la vida. Cuando una niña cierra los ojos, sus sueños se abrazan a una fragilidad de ilusiones y miedos. Los grandes almacenes y las editoriales viven de eso, saben que su clientela está dispuesta a pagar cualquier precio. Todos los años queremos entrar con el pie derecho en el colegio.

CAPÍTULO 10

«Seguirá la lucha o triunfará sencillamente el sueño»

Reflexiones pedagógicas

Leonardo Acosta

TAREAS

Llevo en mi mano izquierda
un par de zapatos sucios
y en la derecha
un puñado de lápices sin punta

Atravieso la mañana
y mis próximas tareas
se reducen a esto:
uno: lustrar los zapatos
dos: afilar los lápices

Luego volverá la confusión
seguirá la lucha
o triunfará,
sencillamente,
el sueño.

Gabriela Mistral

Pensamientos pedagógicos

Para las que enseñamos

1. Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas.

2. Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.

3. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.

4. Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna, y la relación de cada conocimiento con la vida.

5. Hacer innecesaria la vigilancia de la jefe. En aquella a quien no se vigila, se confía.

6. Hacerse necesaria, volverse indispensable: ésa es la manera de conseguir la estabilidad en un empleo.

7. Empecemos, las que enseñamos, por no acudir a los medios espurios para ascender. La carta de recomendación, oficial o no oficial, casi siempre es la muleta para el que no camina bien.

8. Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela ¿dónde podrán exigirse estas cosas?

9. La maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio, al no renovarse espiritualmente.

10. Cada repetición de la orden de una jefe, por bondadosa que sea, es la amonestación y la constancia de una falta.

11. Más puede enseñar un analfabeto que un ser sin honradez, sin equidad.

12. Hay que merecer el empleo cada día. No bastan los aciertos ni la actividad ocasionales.

13. Todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros.

14. No hay más aristocracia, dentro de un personal, que la aristocracia o selección moral —los virtuosos— y la aristocracia de la cultura, o sea de los capaces.

15. Para corregir no hay que temer. El peor maestro es el maestro con miedo.

16. Todo puede decirse; pero hay que dar con la forma. La más acre reprimenda puede hacerse sin deprimir ni envenenar un alma.

17. La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad.

18. Lo grotesco proporciona una alegría innoble. Hay que evitarlo en los niños.

19. Hay que eliminar de las fiestas escolares todo lo chabacano.

20. Es una vergüenza que hayan penetrado en la escuela el *couplet* y la danza grotesca.

21. La nobleza de la enseñanza comienza en la clase atenta y comprende el canto exaltador en sentido espiritual, la danza antigua —gracia y decoro—, la charla sin crueldad y el traje simple y correcto.

22. Tan peligroso es que la maestra superficial charle con la alumna, como es hermoso que esté a su lado siempre la maestra que tiene algo que enseñar fuera de clase.

23. Las parábolas de Jesús son el eterno modelo de enseñanza: usar la imagen, ser sencilla y dar, bajo apariencia simple, el pensamiento más hondo.

24. Es un vacío intolerable el de la instrucción que antes de dar conocimientos, no enseña métodos para estudiar.

25. Como todo no es posible retenerlo, hay que hacer que la alumna seleccione y sepa distinguir entre la médula de un trozo, y el detalle útil pero no indispensable.

26. Como los niños no son mercancías, es vergonzoso regatear el tiempo en la escuela. Nos mandan instruir por horas, y educar siempre. Luego pertenecemos a la escuela en todo momento que ella nos necesite.

27. El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña, que la pedagogía.

28. Estudiamos sin amor y aplicamos sin amor las máximas y aforismos de Pestalozzi y Froebel, esas almas tan tiernas, y por eso no alcanzamos lo que alcanzaron ellos.

29. No es nocivo comentar la vida con las alumnas, cuando el comentario critica sin emponzoñar, alaba sin pasión y tiene intención educadora.

30. La vanidad es el peor vicio de una maestra, porque la que se cree perfecta se ha cerrado, en verdad, todos los caminos hacia la perfección.

31. Nada es más difícil que medir en una clase hasta dónde llegan la amenidad y la alegría y dónde comienzan la charlatanería y el desorden.

32. En el progreso o el desprestigio de un colegio todos tenemos parte.
33. ¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?
34. Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos.
35. Todo esfuerzo que no es sostenido se pierde.
36. La maestra que no respeta su mismo horario y lo altera sólo para su comodidad personal, enseña con eso el desorden y la falta de seriedad.
37. La escuela no puede tolerar las modas sin decencia.
38. El deber más elemental de la mujer que enseña es el decoro en su vestido. Tan vergonzosa como la falta de aseo es la falta de seriedad en su exterior.
39. No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas.
40. Existen dulzuras que no son sino debilidades.
41. El buen sembrador siembra cantando.
42. Toda lección es susceptible de belleza.
43. Es preciso no considerar la escuela como casa de *una* sino de todas.
44. Hay derecho a la crítica, pero después de haber hecho con éxito lo que se critica.
45. Todo mérito se salva. La humanidad no está hecha de ciegos y ninguna injusticia persiste.
46. Nada más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a un texto.

Augusto Monterroso

AÚN HAY CLASES

Mis alumnos de la Universidad, *in illo tempore:*

—¿Podemos tratarlo de tú, maestro?

Yo:

—Sí; pero sólo durante la clase.

Luis Britto García

Composición escolar: los seres mayores

Los se res mayo res saben multi plicar los seres ma yores sa ben di vidir los se res mayores sa ben su mar los seres ma yores saben res tar los se res mayo res sa ben escri bir los seres mayo res saben dibujar los ser es mayo res saben domar los caballos saben los hectolitros y las coníferas y las cariátides los seres ma yores saben todo a mi me dan mu cho miedo los seres ma yores a mime da mi edo ser ma yor sa ber lo todo

menos la Ceño rita Rita que es la maestra nueva a ella le pido un di bujo i me a echo un muñeco un ocho con dos ojitos a mi no me gusta el di bujo

a mi no me gus ta que la Ceño rita Rita le da pena ella no sa be en tonces los seres ma yores tam poco saben enton ces que ai de tras de las co sas

nunca voi acer mayor

RU VEN

Debe frenar los errores

Vicente Aleixandre

Como un niño que en la tarde brumosa...

Como un niño que en la tarde brumosa, va diciendo su lección
[y se duerme.
y allí sobre el magno pupitre está el mudo profesor que no
[escucha.
Y ha entrado en la última hora un vapor leve, porfiado,
pronto espesísimo, y ha ido envolviéndolos a todos.
Todos blandos, tranquilos, serenados, suspiradores,
ah, cuán verdaderamente reconocibles.
Por la mañana han jugado,
han quebrado, proyectado sus límites, sus ángulos, sus risas, sus
[imprecaciones, quizá sus lloros.
Y ahora una brisa inoíble, una bruma, un silencio, casi un beso
[los une,

los borra, los acaricia, suavísimamente los recompone.
Ahora son como son. Ahora puede reconocérseles.
Y todos en la clase se han ido adurmiendo.
Y se alza la voz todavía, porque la clase dormida se sobrevive.
Una borrosa voz sin destino, que se oye y que no se supiera ya de
[quién fuese.
Y existe la bruma dulce, casi olorosa, embriagante,
y todos tienen su cabeza sobre la blanda nube que los envuelve.
Y quizá un niño medio se despierta y entreabre los ojos,
y mira y ve también el alto pupitre desdibujado
y sobre él el bulto grueso, casi de trapo, dormido, caído,
del abolido profesor que allí sueña.

Nuria Amat

Una actriz en peligro de ser feliz

Mi madre es esta señora rubia sentada en la primera fila de sillas colocadas en el patio de la escuela frente al escenario preparado para la fiesta de fin de curso. Ha conseguido ocupar uno de los mejores asientos. Mi madre tiene por costumbre ser demasiado puntual. Tampoco le gusta que le hagan esperar porque siempre tiene prisa, todo se le acumula, dice ella, y su cabeza no da para tanto. Aunque nadie lo diría al verla allí sentada en primera fila con sus gafas de sol sobre los ojos y en la falda su bolso grande y pesado.

Ha mirado tres veces su reloj de pulsera. Hoy tiene suerte. Cinco minutos antes de empezar la función salen los niños en filas de dos desde los mayores a los más pequeños. Al que llora se lo aparta. Los otros van ocupando los lugares asignados. Hay música sonando en los altavoces.

Mi madre, sin perder de vista su reloj, me busca entre el grupo de niños apiñados en el suelo del patio, debajo del escenario improvisado. Ahora me ha visto y nos saludamos con la mano. Ella me sonríe y yo le sonrío. Volvemos a agitar la mano. Yo doy un codazo a Sandra y le digo: Allí está mamá. Sandra mira pero no saluda. Mi madre me manda un beso con la mano. Ahora ya que nos hemos visto parece más tranquila. Si tuviera que levantarse en medio de la función será porque la escuela no ha cumplido con el horario y ella tiene mucha prisa. No puede multiplicarse en otra aunque quisiera.

Una madre sola es diferente. La gente se da cuenta y no dicen nada pero saben lo distinta que es mi madre a las otras madres. Ella me lo ha contado.

Un día, me dijo, decidí tenerte. Y te busqué por todas partes. Un día, me dijo, recorrí el mundo entero, viajé a China, India, Yucatán hasta dar contigo. Te llevé conmigo en un capazo, como las cigüeñas. No puedes imaginarte cuánto te he deseado, mi vida.

Mi madre me quiere y yo también la quiero. Cuando no la veo, viajo por el mundo entero hasta dar con ella. Al final, siempre viene y me encuentra.

Yo la miro y ella me mira y sonríe y mira su reloj y yo temo que se haga tarde y mi madre tenga que irse porque a las cinco en punto tiene una reunión de trabajo.

El trabajo de mi madre la obliga a ir a los lugares más extraños. Mi madre habla de una ciudad donde unos bestias matan niños. En otra ciudad los niños son devorados por ratas y cucarachas. A las niñas no las quiere nadie por ser niñas.

El profesor Carlos se coloca delante del micrófono y saluda al público. Mi madre, si pudiera, le cortaría su discurso con unas tijeras. Está rabiosa con él. Apenas le quedan quince minutos y su hija tiene que salir en este intervalo de tiempo, de lo contrario le será imposible ver su actuación. Y la niña estará triste y ella preocupada. Temo sus tijeras. Y que se levante del asiento y haga una escena. Y todo el mundo se dé cuenta de que mi madre no es mi madre.

La música ha cambiado de melodía. Ahora suenan unos tambores furiosos. Por una parte sale el dragón, por la otra aparece el valiente San Jorge. Tras el dragón se esconde la princesa. Yo no soy la princesa. Soy el otro. Todavía no es mi turno. A mi lado, Santi Colomer llora. Tiene miedo. La profesora ha venido corriendo a buscarlo. San Jorge mata al dragón. Luego se acerca a la princesa, la da una rosa y se casa con ella.

Todos aplauden. Yo aplaudo. Esto es un teatro.

Un grupo de niñas y niños están de pie sobre el escenario. Yo estoy en ese grupo y espero. Avanzamos unos pasos. De acuerdo. Ahora la música ha dejado de sonar. El profesor Carlos pide al público un poco de paciencia. Sólo cinco minutos. No podré soportarlo. Mi madre va a levantarse. Ya ha cogido sus tijeras. Estoy a punto de hacer un disparate. Adelantarme unos pasos y decir mi verso. Aunque no sea la hora y no me toque. Veo a mi madre nerviosa con su reloj de pulsera. Que no se me olvide el poema. Pero no lo repito por

miedo a olvidarlo. Y miro hacia el árbol grande del jardín para distraerme y no tener que mirar abajo. Esto sí es miedo mientras voy subiendo por las ramas de aquel árbol hasta llegar al cielo.

Por si acaso miro arriba. El profesor Carlos me ha empujado. Es mi turno. Me adelanto hacia el micrófono. Ahora no puedo mirar al cielo. Pero tampoco al público. ¿Y si mi madre se levanta? ¿Y si mi madre se ha ido? La miro. No la miro. No la veo.

Virgilio Piñera

HE TENIDO QUE IR A PIE A LA ESCUELA

He tenido que ir a pie a la escuela. Hay huelga de guaguas. Una buena caminata de tres kilómetros. ¿Por qué no puede uno salir a la calle y caminar de un tirón todo lo que tendremos que ir caminando día a día en la vida? De golpe se evacuarían los cientos de miles de cosas que exigen a nuestras piernas ponerse en movimiento, llegaríamos a casa rendidos, pero acreedores de un descanso bien ganado. Dicen las Escrituras que Dios hizo cosas en siete días para miles de años y que después se echó a descansar. ¡Bah! En la escuela reina gran excitación entre los profesores. Debido a «la crisis que atravesamos», el director se vería en la triste necesidad de rebajarnos el sueldo. María se ha vuelto una tigresa, Julia una leona, Inés una hiena. No es nada difícil ponerse en cuatro patas y comenzar a rugir. Ellas lo hacen de lo lindo. En medio de sus rugidos y de sus espumarajos de rabia pronuncian frases inconexas: «derechos conculcados», «atropello sin nombre», «morirse de hambre», «acusaremos», «mataremos», «moriremos». Bien dicho: moriremos. Es la única frase que me convence. Entretanto llegan más profesores, ya han formado un comité, se habla de recoger firmas, de ir a los diarios. Juzgándolo por mí, nunca hubiera creído que esos idiotas resultasen unos revolucionarios. Sorpresas que nuestros colegas se encargan de darnos. Pasa una hora y nadie se pone de acuerdo; por fin el director nos llama, dice que el actual estado de depresión económica, que patatí, que patatá... Yo sé que es un perfecto canalla, sé que ni aun con lo que ganamos nos alcanza para mal comer. [...]

Significa pasarme dos horas después de las clases metido en su inmundo despacho amañando números, soportando su aliento vinoso y escuchando sus comentarios sobre la probidad. Pero acepto, me

inclino, ya estoy temblando de sólo pensar que pueda perder el empleo, y tanto me inclino que casi estoy por decirle que además de la contabilidad podría limpiar el edificio y hacer los mandados. Un hombre de pelo en pecho, un ser a quien la sangre ardiera en las venas, ese que tiene la justicia social como primer mandamiento, aplastaría a este director como se aplasta a una mosca. Yo no puedo, yo soy la mosca, yo sólo trato de escapar revoloteando de acá para allá sobre los manteles. Tarde o temprano me aplastarán de un puñetazo. Me poso en uno de los pliegues del cortinaje, cierro los ojos, veo que han sido estériles los esfuerzos hechos entre los veinte y los treinta años para que me salieran pelos en el pecho... El resultado ha sido el robustecimiento de mi cobardía.

Llevo los libros sólo tres veces por semana, los días intermedios debo vigilar a los niños que cumplen su castigo después de las clases. Salir de Scila para caer en Caribdis... Aunque bien pensado, prefiero la contabilidad a los niños. Al menos, los números no saben que yo les tengo miedo, pero estos pequeños demonios conocen mi lado flaco. Me hacen muecas, me tiran bolitas de papel, algunos me desafían a pelearnos a la salida, en una palabra, me infantilizan.

Hoy es viernes, hoy es día de vérmelas con los números. Los cochinos números del cochino director. Éste se ha ido temprano, debe lavarse y perfumarse para recibir la medalla que el gobierno le concede por sus veinticinco años en esta escuela. Elevaré un escrito al ministro de Educación indicándole que esta medalla sea hecha con los excrementos de mis alumnos. No merece otra.

Mi labor consiste en alterar el debe y el haber de estos libros. Sacar cifras de una columna y ponerlas en otra, es decir, defraudar al fisco. Éste es el lado simpático del director: igual a un artista del trapecio él gana la vida suspendido del hilo de una falsa honorabilidad. Hay que quitarse el sombrero ante el director: ¿cómo es posible que un hombre sea y no sea un redomado pillo? Los moralistas dirían que el hecho de no ser descubierto en la pillería no quita al pillo su condición de tal, pero si el señor director logra seguir parado en su alambre hasta poner el pie en la tumba no habrá moralista con moral bastante para probar que el señor director es un ladrón de tomo y lomo. La vida no es tan sencilla como parece y un tipo como el director (los hay por millares en millares de profesiones) es, a la vez, un ladrón y un santo. Bueno, yo podría denunciar sus sucios manejos, ahora mismo dejo el lápiz sobre la mesa, me pongo el saco, agarro los libros, pido una audiencia al ministro, en cinco minutos pruebo que

siete por ocho no son treinta y cinco..., y el director cae del alambre, pero el director no caerá, por algo soy yo quien lleva sus libros amañados, él me ha escogido, después de un profundo estudio sabe que me tiene a su merced, sabe que yo también bailo en otra cuerda floja y que un paso en falso me precipitaría en el abismo. Prefiero la bajeza de encubrirlo al civismo de desenmascararlo. Yo no soy un héroe. [...]

Y así va la vida en esta casa. Pero no me quejo. Trabajo todo el día, por la mañana hago la limpieza, por la tarde llevo la contabilidad, y cuando no la llevo, me utilizan como mandadero. Pero no me quejo. Si Josefa ha podido aguantar veinte años, no veo por qué yo no pueda aguantarlos. Hay que resistir a pie firme en espera del asilo o del hospital, la promesa de esos amables refugios me da ánimo para seguir luchando con estas fieras.

—Sebastián, venga un momento.

Es el director. Me pone en las manos un montón de papeles. Son pruebas de exámenes de los niños del colegio. Me quedo estupefacto. Soy un sirviente, ya no soy un maestro, no tengo por qué calificar esas pruebas, me paga como sirviente, no como profesor. Ya esto pasa de la raya, me negaré, sufriré las consecuencias de mi negativa, si consiento, exigirá mañana cosas peores.

—No tengo tiempo para ver estos exámenes —me dice—, encárguese de calificarlos. No sea severo, no desapruebe a nadie; el crédito de una escuela depende de la brillantez de sus alumnos.

Termino por agarrar los papeles. Si me niego me echaría a la calle, entonces empezarían los peligros, mejor será mostrarme sumiso. Casi demuestro alegría por este refuerzo de mis tareas. [...]

He calificado docenas de exámenes. Me duele la mano, pero con todo, resulta mejor que una confesión en regla. Para evitar su probabilidad estoy dispuesto a trabajar las veinticuatro horas del día en estas pruebas de gramática que revelan a los futuros padres de la patria. Poco a poco me voy haciendo a mi nueva vida. En un mes he aprendido mi oficio casi a la perfección. Me gusta particularmente entrar de mañana en el salón y mirar los muebles enmascarados con las fundas blancas.

Antonio Machado

MAIRENA, EXAMINADOR

Mairena era, como examinador, extremadamente benévolo. Suspendía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

—¿Sabe usted algo de los griegos?

—Los griegos..., los griegos eran unos bárbaros...

—Vaya usted bendito de Dios.

—¿...?

—Que puede usted retirarse.

Era Mairena —no obstante su apariencia seráfica— hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable.

—¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? —decía el visitante, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro admirativo.

Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—¡Me basta ver a su padre!

Julio Torri

EL PROFESOR LEÍA EL PASAJE DE KIRKÉ

El profesor leía el pasaje de Kirké. Uno de los alumnos se puso de pie indignado.

—Ese pasaje —prorrumpió— es ofensivo e intolerable para los cerdos, la especie más vilipendiada y martirizada por nosotros. ¿Por qué se considera perniciosa la transformación de los compañeros de Odiseo en puercos? ¿Para qué, sin tomarles su parecer, se les convierte de nuevo en seres humanos? Cierto que se les embellece y rejuvenece para darles en algún modo una merecida compensación...

El discurso se volvió ininteligible porque se trocó en una sucesión de gruñidos a que hicieron coro los demás discípulos.

Ante los hocicos amenazadores y los colmillos inquietantes, ganó

el maestro como pudo la puerta, no sin disculpar débilmente antes al poeta, y aludir con algo de tacto a su linaje israelita y a la repugnancia atávica por perniles y embutidos.

Berta Piñán

Lección de gramática

¿Cómo se dice en *uolof* la palabra frontera, la palabra
patria? ¿Y en *soniké*? ¿Cómo le llamáis al desamparo?
Si queréis decir en *bereber*, por ejemplo, «yo tuve una casa
en un arrabal de Rabat», ¿ponéis en este orden la frase? ¿Cómo
se conjugan en *bambara* los verbos que llevan al norte,
qué adjetivos le encajan a la palabra mar, a la palabra muerte?
Si tenéis que marchar, ¿es la palabra adiós un sustantivo?
¿Cómo se pronuncia en *diakhanké* la palabra exilio? ¿Hay que
juntar los labios? ¿Duelen? ¿Qué pronombres usáis para el que
[espera
en la playa, para el que regresa sin nada? Cuando señaláis hacia
[allá, en dirección
a casa, ¿qué adverbio escogéis? ¿Cómo se dice en vuestra, en
[nuestra lengua,
la palabra futuro?

Procedencias de los textos

Capítulo 1

José Asunción Silva, «Infancia», de José Olivis Jiménez, *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana,* Madrid, Hiperión, 1994, pp. 143-144.

Juan Goytisolo, «En uno de estos cajones...», de *Señas de identidad,* Barcelona, Seix Barral, 1976, p. 15.

Antonio Machado, «Recuerdo infantil» en *Poesías completas,* Buenos Aires, Losada, 1968, p. 21.

Gabriel García Márquez, «El consuelo fue que en Cataca...», de *Vivir para contarla,* México, Diana, 2002, pp. 117-118.

José Emilio Pacheco, «En los recreos comíamos tortas de nata...», de *Las batallas en el desierto,* México, ©1981, Ediciones Era, S. A. de C. V., pp. 13-17.

Antonio Alatorre, «Yo me eduqué en una escuelita muy modesta...», de Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío,* México, Centre d'Études Mexicaines et Centroamericaines, 1993, pp. 14 y 19-20.

María Luisa Puga, «Y así era...», de *Pánico o peligro,* México, Siglo XXI, 1983, pp. 8, 9 y 11.

Benito Pérez Galdós, «¡Cosa rara!...», de *Miau,* Navarra, Salvat, 1985, pp. 39-41.

Octavio Paz, «Los azares de la guerra civil...», de Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío,* México, Centre d'Études Mexicaines et Centroamericaines, 1993, pp. 171-172.

Capítulo 2

José Joaquín Fernández de Lizardi, capítulo 1 de *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, pp. 35-41.

Manuel Azaña, «Declaro con rubor...», de *El jardín de los frailes*, Madrid, Ediciones El País, 2003, pp. 42-48.

Inés Arredondo, «Mariana», de *La señal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, pp. 139-143.

José Lezama Lima, «En aquel primer día de clase...», de *Paradiso*, Madrid, Fundamentos, 1974, pp. 88-90.

Eduardo Mallea, «VI», de *La sala de espera*, Buenos Aires, Sudamericana, 1953.

Gabriel García Márquez, «De acuerdo con la convocatoria...», de *Vivir para contarla*, México, Diana, 2002, pp. 166-169, 187-193.

Piedad Bonnett, «Los estudiantes», *Babelia, El País*, 4 de septiembre de 2003.

Capítulo 3

Carlos León, «En la escuela», de *Novelas cortas*, Barcelona, Bruguera, 1973, pp. 45-47.

Enrique González Martínez, «Romance de José Conde» de *Los contemporáneos. Una antología general*, México, Secretaría de Educación Pública / Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 31.

Salvador Novo, «La escuela», de *Los contemporáneos. Una antología general*, México, Secretaría de Educación Pública / Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 259.

Jorge Edwards, «El señor Ramírez tuvo que guardarse su mal humor...», de *El peso de la noche*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 70-80.

Ana Mairena, «Todo empezó aquel día...», de *Los Extraordinarios*, Barcelona, Seix Barral, 1978, pp. 43-49.

Jorge Ibargüengoitia, «El puente de los asnos», de *Viajes en la América ignota*, México, Planeta-Joaquín Mortiz, 1990, pp. 146-154.

Luis Britto García, «Señorita, yo no fui» y «Los niños contra los catetos», de *Abrapalabra*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, pp. 82-84.

FRANCISCO DE QUEVEDO, «Amaneció...», de *Historia de la vida del Buscón*, Barcelona, Juventud, 1968, pp. 81-83.
MANUEL VICENT, «Sangre», de *El País*, 11 de abril de 2004.
LUIS GARCÍA MONTERO, «El campus», de *Almanaque de fabulador*, Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 89-92.

Capítulo 4

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, «No sé qué aprendí en realidad...», de *Vivir para contarla*, México, Diana, 2002, pp. 228-234.
JUAN GOYTISOLO, «Cuando el primer día de curso...», de *Fiestas*, Barcelona, Destino, 1984, pp. 63-70.
BERNANDO ATXAGA, «Recuerdo escolar», de *Horas extras*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 65-68.
MANUEL RIVAS, «La lengua de las mariposas», de *¿Qué me quieres, amor?*, Madrid, Alfaguara, 1996, pp. 23-41.
MANUEL SCORZA, «Mucho gusto, señor Ledesma...», de *La tumba del relámpago*, México, Siglo XXI, 1981, pp. 12-22.
LUIS CERNUDA, «El maestro», de *Ocnos*, Madrid, Taurus, 1979, p. 31.
ANTONIO ALATORRE, «La directora era una mujer extraordinaria...», de Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, Centre d'Études Mexicaines et Centroamericaines, México, 1993, pp. 23-25.
ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN, «Mis primeras maestras en párvulos...», de *Infancias y corrupciones*, Madrid, Alfaguara, 1993, pp. 97-102.
MIGUEL OTERO SILVA, «No el padre, no la madre...», de *Casas muertas*, Navarra, Salvat, 1983, pp. 54-59.

Capítulo 5

LEOPOLDO ALAS *CLARÍN*, «Zurita», de *Doña Berta y otros relatos*, Navarra, Salvat, 1969, pp. 72-76.
ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN, «Mi promoción...», de *Infancias y corrupciones*, Madrid, Alfaguara, 1993, pp. 185-188, 192-195 y 195-199.
MIGUEL DE UNAMUNO, «Fue mi primer maestro...», de *Recuerdos de niñez y mocedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 11.
JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, «Mis maestros», de *Poesía*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 142.
EMILIANO PÉREZ CRUZ, «Y él me lleva en su mirada», de *Si camino voy*

como los ciegos, México, Delegación Cuauhtémoc, 1987, pp. 87-91.
LUIS GARCÍA MONTERO, «Tiempo de exámenes», de *Almanaque de fabulador,* Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 89-92.

Capítulo 6

NICANOR PARRA, «Autorretrato», de *Poemas y antipoemas,* Madrid, Cátedra, 1988, pp. 72-73.
SALVADOR NOVO, «El amigo ido», de *Los contemporáneos. Una antología general,* México, Secretaría de Educación Pública / Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 261.
FERNANDO ARRABAL, «Fue en matemáticas...», de *Baal Babilonia,* Barcelona, Destino, 1985, pp. 101 y 102.
RAFAEL ALBERTI, «Los ángeles colegiales», de *Antología poética,* Buenos Aires, Losada, 1969, p. 120.
ROSELLA DI PAOLO, «Profesora de lengua y literatura-ex», de *El bosque de los huesos. Antología de la nueva poesía peruana,* Lima, El Tucán de Virginia, 1994, p. 211.
TERESA DE LA PARRA, «Con el objeto de civilizarnos...», de *Las memorias de mamá Blanca,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, pp. 119-123.
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, «Me hastiaban las clases...», de *Vivir para contarla,* México, Diana, 2002, pp. 264 y 265.
AUGUSTO MONTERROSO, «La escuela nunca me gustó...», de *Los buscadores de oro,* Anagrama, Barcelona, 1993, pp. 43-46, 54-56.
EDUARDO HARO TECGLEN, «Colegio, fútbol», de *El niño republicano,* Madrid, Santillana, 1996, pp. 135-139.
LUIS ANTONIO DE VILLENA, «Vislumbres de hoguera», de *Las herejías privadas,* Tusquets, Barcelona, 2001, pp. 63-64.
ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN, «1946: escuela pública», de *Poeta en Diwau,* Barcelona, Tusquets, 2004, pp. 27-29.

Capítulo 7

JOSÉ LUIS PIQUERO, «Romeo en el internado», de *El buen discípulo,* Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 1992, p. 30.
GONZALO TORRENTE BALLESTER, «Nunca había logrado...», de *Filomeno, a mi pesar,* Barcelona, RBA, pp. 51-54.

TERE IRASTORTZA, «Alcánzame los sueños intercalados», de *Gabeziaren khantoreak,* Pamplona, Pamiela, 1995, p. 53.

LUIS ANTONIO DE VILLENA, «Fernando», de *Ante el espejo,* Barcelona, Argos Vergara, 1982, pp. 17-22.

Capítulo 8

SALUSTIANO MASÓ, «Los castigos», de *Coro concertado,* León, España, Fray Bernardino de Sahagún, 1971, pp. 84-86.

MARIO VARGAS LLOSA, «Javier se adelantó...», de *Los jefes,* Barcelona, Seix-Barral, 1971, pp. 15-19.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ, *AZORÍN,* «Mis aficiones bibliográficas», de *Las confesiones de un pequeño filósofo,* Madrid, Espasa Calpe, 2003.

EDUARDO GALEANO, «La educación», de *Patas arriba. La escuela del mundo al revés,* México, Siglo XXI, 2001, p. 230.

Capítulo 9

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, «Respuesta a Sor Filotea de la Cruz», de *Obras escogidas,* Barcelona, Bruguera, 1968, p. 495-499.

JORGE GUILLÉN, «Comienzo de curso», de *Plaza mayor. Antología civil,* Madrid, Taurus, 1977, pp. 126-127.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, «El gran pedagogo», de *Caprichos,* Madrid, Espasa-Calpe, 1962, p. 168.

ISABEL PÉREZ MONTALBÁN, «Tercera enseñanza», de *Babelia, El País,* 4 de enero de 2003.

ANTONIO MACHADO, «Habla Juan de Mairena a sus alumnos», de *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo,* Madrid, Castalia, 1971, p. 41.

GUADALUPE DUEÑAS, «Al revés», de *Tiene la noche un árbol,* México, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 58-65.

ELENA GARRO, «Una hoja seca marcaba las páginas...», de *La semana de colores,* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1964, pp. 116-119.

LUIS GARCÍA MONTERO, «El cuarto de Irene», de *Almanaque de fabulador,* Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 144-146.

Capítulo 10

LEONARDO ACOSTA, «Tareas», de *El sueño del samurai,* La Habana, Letras Cubanas, 1989, p. 67.
GABRIELA MISTRAL, «Pensamientos pedagógicos», de *Páginas en prosa,* Buenos Aires, Kapelusz, 1965, pp. 59-62.
AUGUSTO MONTERROSO, «Aún hay clases», de *La letra e,* Madrid, Alfaguara, 1998, p. 190.
LUIS BRITTO GARCÍA, «Composición escolar: los seres mayores», de *Abrapalabra,* La Habana, Casa de las Américas, 1979, pp. 82-84, 86-88.
VICENTE ALEIXANDRE, «Como un niño en la tarde brumosa...», de *Antología poética,* Madrid, Alianza, 1992, p. 133.
NURIA AMAT, «Una actriz en peligro de ser feliz», de *Nexos,* enero de 2003, pp. 30-31.
VIRGILIO PIÑERA, «He tenido que ir a pie a la escuela...», de *Presiones y diamantes. Pequeñas maniobras,* México, Unión / Lectorum, 2002, pp. 144-145, 160-161, 180-181.
ANTONIO MACHADO, «Mairena, examinador», de *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo,* Madrid, Castalia, 1971, p. 113.
JULIO TORRI, «El profesor leía el paisaje de Kirké», de Raúl Brasca y Luis Chitarroni (coords.), *Antología del cuento breve y oculto,* Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 89.
BERTA PIÑÁN, «Lección de gramática», de *Un mes,* Oviedo, Trabe, 2003.